

PHILIP
ROTH

THE
MIDWINTER
CARNIVAL
OF
SARATOGA
SPRING

LITTELL AND MONDAGOFF



Corre 1951, el segundo año de la guerra de Corea. Marcus Messner, de Newark, Nueva Jersey, comienza su segundo curso en la bucólica y conservadora Universidad de Winesburg en Ohio. ¿Por qué está ahí? Porque su padre, un esforzado carnicero de barrio, parece haber perdido el juicio, loco de temor y aprensión ante los peligros de la vida adulta, los peligros del mundo, los peligros que en cada esquina acechan a su amado hijo.

Indignación, relato de la formación de un joven en los tremendos riesgos y los extraños obstáculos de la vida, se suma a las agudas exploraciones de Roth sobre el impacto de la historia norteamericana en la vida del vulnerable individuo aislado.



Philip Roth

Indignación

ePub r1.0

German25 15.2.15

Título original: *Indignation*
Philip Roth, 2009
Traducción: Jordi Fibla
Diseño de cubierta: Milton Glaser

Editor digital: German25
ePub base r1.2



Para K. W.

Olaf (sobre lo que rodillas fueron)
repite casi sin cesar
« hay cierta mierda que no voy a tragar» .

E.E. CUMMINGS,
« yo canto a Olaf alegre y corpulento»

BAJO LA MORFINA

El 25 de junio de 1950, unos dos meses y medio después de que las bien adiestradas divisiones de Corea del Norte, armadas por los soviéticos y los chinos comunistas, penetraran en Corea del Sur cruzando el paralelo 38 y se iniciaran los sufrimientos de la guerra de Corea, ingresé en Robert Treat, una pequeña universidad en el centro de Newark bautizada en honor al fundador de la ciudad en el siglo XVII. Era el primer miembro de nuestra familia que trataba de tener una educación superior. Ninguno de mis primos había llegado más allá del instituto, y ni mi padre ni sus tres hermanos habían finalizado la escuela primaria. «Trabajo para ganarme la vida desde que cumplí los diez años», me dijo mi padre. Era un carnicero de barrio para quien repartía los pedidos con mi bicicleta durante los años de instituto, excepto en la temporada de béisbol y las tardes en que debía asistir a los encuentros entre centros docentes como miembro del equipo de debate. Casi desde el día en que abandoné la carnicería, donde había trabajado para él semanas de sesenta horas entre la época en que me gradué en el instituto en enero y el inicio de la universidad en septiembre, casi desde el día en que comencé las clases en Robert Treat, a mi padre empezó a aterrarle la posibilidad de mi muerte. Tal vez su miedo tuviera algo que ver con la guerra, en la que las fuerzas armadas de Estados Unidos, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, habían intervenido de inmediato para ayudar al ejército surcoreano, mal adiestrado y con un equipamiento insuficiente; tal vez tuviera algo que ver con el elevado número de bajas que nuestras fuerzas estaban sufriendo bajo el fuego comunista y su miedo a que, si el conflicto se prolongaba tanto como en la segunda guerra mundial, me llamaran a filas para luchar y morir en el campo de batalla coreano como mis primos Abe y Dave habían muerto durante la segunda guerra mundial. O tal vez su miedo tuviera que ver con sus preocupaciones financieras: el año anterior se había inaugurado el primer supermercado del barrio, a sólo unas pocas calles de la carnicería kosher de nuestra familia, y se había iniciado un continuo declive de las ventas, debido en parte a que las secciones de carne y volatería del supermercado vendían más barato que mi padre, y en parte al descenso general durante la posguerra del número de familias que se molestaban en mantener los preceptos kosher en su vida doméstica y compraban carne y pollos kosher en una tienda certificada por un

rabino cuyo propietario pertenecía a la Federación de Carniceros Kosher de Nueva Jersey. O quizá su miedo por mí se originase en el miedo por sí mismo, pues a los cincuenta años, tras haber gozado de excelente salud durante toda su vida, aquel hombre bajo y robusto había empezado a sufrir unos accesos de tos convulsiva que, por molesta que fuese para mi madre, no le impedía tener todo el día un cigarrillo encendido en la comisura de la boca. Fuera cual fuese la causa o la mezcla de causas que alimentaban el abrupto cambio en su conducta, hasta entonces benévola y paternal, manifestaba su miedo acosándome día y noche acerca de mi paradero. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no estabas en casa? ¿Cómo sé donde estás cuando sales? Eres un chico con un magnífico futuro ante ti... ¿cómo se que no vas a sitios donde podrían matarte?

Las preguntas eran ridículas, puesto que en la época de la secundaria fui un alumno prudente, responsable, diligente, que trabajaba con ahínco y sacaba sobresalientes, que sólo salía con las chicas buenas, que se entregaba a fondo en los debates y era un versátil jugador de cuadro en el equipo de béisbol del instituto, y que vivía bastante satisfecho rigiéndose por las normas de los adolescentes en nuestro barrio y en mi escuela. Las preguntas también me enfurecían, pues era como si el padre al que me había sentido tan cercano durante todos aquellos años, a cuyo lado prácticamente había crecido en la tienda, ya no tuviese ni idea de quién o qué era su hijo. En la carnicería, los clientes deleitaban a mis padres diciéndoles qué agradable resultaba contemplar al pequeño al que antes solían traer galletas —en los tiempos en que su padre le dejaba jugar con un poco de grasa y cortarla como «un gran carnicero», aunque usando un cuchillo de hoja roma—, verle madurar ante sus ojos y convertirse en un jovencito de buenos modales y habla educada que les picaba la carne, que esparcía serrín por el suelo y lo barría, que obedientemente arrancaba las plumas que quedaban en el cuello de los pollos muertos y colgados de ganchos en la pared cuando su padre le gritaba: «Despluma dos pollos, Markie, ¿quieres?, para la señora Tab». Durante los siete meses anteriores a mi ingreso en la universidad, hizo algo más que darme carne para picar y unos cuantos pollos que desplumar. Me enseñó cómo tomar un costillar de cordero y cortar las chuletas, cómo rebanar cada costilla y, al llegar al final, cómo trocear el resto con la cuchilla. Y siempre me enseñaba de la manera más fácil. «No te des en la mano con la cuchilla y todo irá bien», me decía. Me enseñó a ser paciente con los clientes más exigentes, sobre todo los que tenían que ver la carne desde todos los ángulos antes de comprarla, los que querían que alzara el pollo para poder mirar literalmente por el agujero del culo y asegurarse de que estaba limpio. «No te haces una idea de lo que algunas de esas mujeres te harán pasar antes de comprar el pollo», me decía. Y entonces las imitaba: «Dele la vuelta. No, la vuelta. Déjeme ver el trasero». Mi tarea consistía no sólo en desplumar los pollos, sino también en viscerarlos. Les abres un poco el culo, metes la mano,

agarras las vísceras y las sacas. Detestaba esa parte. Asquerosa y repugnante, pero había que hacerlo. Eso es lo que aprendí de mi padre y lo que me gustó aprender de él: que haces lo que tienes que hacer.

Nuestra tienda daba a la avenida Lyons de Newark, a una manzana calle arriba del hospital Beth Israel, y en el escaparate teníamos un lugar donde se podía poner hielo, un ancho estante un poco inclinado hacia abajo, de atrás hacia delante. Venía un camión que vendía hielo picado, lo esparcíamos sobre el estante y colocábamos encima la carne para que la gente pudiera verla cuando pasaba por delante. Durante los siete meses que trabajé en la tienda a jornada completa antes de ir a la universidad, me encargaba de preparar el escaparate. « Marcus es el artista », decía mi padre cuando la gente hacía comentarios sobre el aparador. Ponía allí de todo. Ponía filetes, pollos, piernas de cordero... con todos los productos que vendíamos hacía diseños y arreglos « artísticos » en el escaparate. Utilizaba helechos para decorar, unos helechos procedentes de la floristería que estaba delante del hospital. Y no sólo cortaba y rebanaba y vendía carne y decoraba el escaparate con carne; durante aquellos siete meses en los que sustituí a mi madre como ayudante de mi padre le acompañé al mercado central a primera hora de la mañana y también aprendí a comprarla. Él iba allí una vez a la semana, a las cinco o las cinco y media de la mañana, porque si ibas al mercado, cogías y te llevabas tú mismo la carne a tu tienda y la metías en la cámara frigorífica, te ahorrabas el recargo que había que pagar para que te la llevaran. Comprábamos un cuarto entero de res, y comprábamos un cuarto delantero de cordero para hacer chuletas, y comprábamos un ternero, y comprábamos unos cuantos hígados de vaca, y comprábamos unos pollos e hígados de pollo y, como teníamos un par de clientes que los querían, comprábamos sesos. Abríamos la tienda a las siete de la mañana y trabajábamos hasta las siete o las ocho de la tarde. Yo tenía diecisiete años, era joven, entusiasta y enérgico, y hacía las cinco ya me sentía molido. Y allí estaba él, todavía en plena forma, cargándose cuartos de res de cincuenta kilos al hombro y entrando en la cámara frigorífica para colgarlos de los ganchos. Allí estaba él, cortando y rebanando con los cuchillos, golpeando con la cuchilla de carnicero, todavía preparando pedidos a las siete de la tarde cuando yo estaba a punto de desplomarme. Pero, antes de volver a casa, tenía asignada la tarea final de limpiar los tajos, echarles un poco de serrín y restregarlos con el cepillo metálico, y así, haciendo acopio de la energía que me quedaba, raspaba la sangre para que la tienda cumpliera con los preceptos kosher.

Rememoro esos siete meses como una época admirable... admirable excepto cuando tenía que eviscerar pollos. E incluso eso resultaba admirable a su manera, porque era algo que hacías, y que hacías bien, pero no te gustaba hacer. De modo que contenía una lección. Y me encantaban las lecciones... ¡Adelante con ellas! Y quería a mi padre, y él a mí, más que nunca hasta entonces en

nuestras vidas. En la tienda, yo preparaba el almuerzo para los dos. No sólo comíamos allí, sino que también cocinábamos allí, en una pequeña parrilla que teníamos en la trastienda, al lado del lugar donde cortábamos y preparábamos la carne. Hacía hígados de pollo a la parrilla, hacía pequeños filetes de ijada a la parrilla, y nunca fuimos más felices los dos juntos. Sin embargo, poco después comenzó la lucha destructiva entre nosotros: ¿Dónde estabas? ¿Por qué no estabas en casa? ¿Cómo sé dónde estás cuando sales? Eres un chico con un magnífico futuro ante ti... ¿cómo sé que no vas a sitios donde podrían matarte?

Durante aquel otoño en que inicié el primer curso en Robert Treat, cada vez que mi padre cerraba con doble vuelta las puertas delantera y trasera, y yo no podía abrir con mi llave ninguna de las dos, y tenía que aporrear alguna de ellas para que me dejara entrar si volvía a casa veinte minutos después de la hora que él consideraba límite, tenía la sensación de que había enloquecido.

Y así era: estaba loco por la preocupación de que su querido hijo único estuviera tan poco preparado para los riesgos de la vida como cualquiera que llega a la edad viril, loco por el aterrador descubrimiento de que un chiquillo crece, gana estatura, eclipsa a sus padres, y entonces no puedes retenerlo, tienes que cederlo al mundo.

Abandoné Robert Treat después de apenas un año. Me fui porque de repente mi padre ni siquiera creía en mi capacidad para cruzar la calle yo solo. Me marché porque la vigilancia de mi padre se había vuelto insoportable. La perspectiva de mi independencia hizo que aquel hombre, por lo demás moderado, a quien sólo en raras ocasiones alguien conseguía sacar de sus casillas, pareciera resuelto a emplear la violencia si me atrevía a decepcionarle, mientras que yo, con unas cualidades de persona lógica y juiciosa que me habían convertido en el pilar del equipo de debate en el instituto, me veía reducido a aullar de frustración ante su ignorancia e irracionalidad. Tenía que alejarme de él antes de matarlo: así se lo dije hecho una furia a mi consternada madre, quien ahora, inesperadamente, tenía tan poca influencia sobre él como yo.

Una noche, hacia las nueve y media, volví a casa en el autobús desde el centro de la ciudad. Había estado en la sede central de la biblioteca pública de Newark, ya que Robert Treat carecía de biblioteca. Aquella mañana había salido de casa a las ocho y media, había asistido a las clases y luego había estado estudiando, y lo primero que me dijo mi madre al llegar fue:

—Tu padre te está buscando.

—¿Por qué? ¿Adónde ha ido a buscarme?

—Ha ido a los billares.

—Ni siquiera sé jugar al billar. ¿En qué está pensando? Estaba estudiando, por el amor de Dios. Haciendo un trabajo, leyendo. ¿Qué otra cosa se cree que hago día y noche?

—Estaba hablando de Eddie con el señor Pearlgreen, y eso le hizo

encolerizarse contigo.

Eddie Pearlgreen, cuyo padre era nuestro fontanero, se había graduado conmigo en el instituto y había ido a la Universidad de Panzer, en East Orange, donde estudiaría para ser profesor de educación física de secundaria. Yo había jugado al béisbol con él desde la infancia.

—No soy Eddie Pearlgreen —repliqué. Soy yo.

—Pero ¿sabes qué ha hecho? Sin decírselo a nadie, ha cogido el coche de su padre para ir hasta Pensilvania, a Scranton, a jugar al billar en alguna sala especial que hay allí.

—Pero Eddie es un hacha jugando al billar. No me sorprende que haya ido a Scranton. Eddie no puede cepillarse los dientes por la mañana sin pensar en el billar. No me sorprendería que fuera a la Luna para jugar al billar. Con los tipos que no le conocen Eddie finge estar a su nivel, y cuando se ponen a jugar les gana y los despluma, y se saca hasta veinticinco dólares por partida.

—El señor Pearlgreen ha dicho que acabará robando coches.

—Vamos, mamá, esto es ridículo. Lo que Eddie haga no tiene nada que ver conmigo. ¿Voy a acabar yo robando coches?

—Claro que no, cariño.

—No me gusta ese juego que le gusta a Eddie, no me gusta el ambiente que a él le gusta. No me interesan los bajos fondos, mamá. Me interesan las cosas que importan. No se me ocurriría asomar la cabeza en una sala de billar. Bueno, mira, no voy a dar más explicaciones sobre cómo soy o cómo dejo de ser. Nunca más voy a dar explicaciones sobre mí mismo. No voy a hacer un inventario de mis cualidades según la gente ni a mencionar mi puñetero sentido del deber. ¡No pienso seguir aceptando esta mierda estúpida y ridícula!

En aquel momento, como si siguiera una acotación teatral, mi padre entró en la casa por la puerta trasera, todavía nervioso, apestando a tabaco y ahora enojado no porque me hubiera encontrado en unos billares, sino porque no me había encontrado allí. No se le había pasado por la cabeza ir al centro y buscarme en la biblioteca pública, y el motivo era que en la biblioteca no pueden romperte la crisma con un taco de billar por ser un experto en el juego, ni nadie va a amenazarte con una navaja porque estás ahí sentado leyendo para clase un capítulo de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, de Gibbon, que era lo que yo había estado haciendo desde las seis de aquella tarde.

—Así que estás aquí —me dijo.

—Sí. Extraño, ¿verdad? En casa. Duermo aquí. Vivo aquí. Soy tu hijo, ¿recuerdas?

—¿Lo eres? Te he estado buscando por todas partes.

—¿Por qué? ¿Por qué? Que alguien me diga, por favor, por qué hay que buscarme « por todas partes» .

—Porque si te ocurriera alguna cosa... si alguna vez llegara a pasarte algo...

—Pero no va a pasarme nada, papá. ¡No soy Eddie Pearlgreen, ese terror de la humanidad que juega al billar! No va a pasarme nada.

—Ya sé que no eres él, por el amor de Dios. Sé mejor que nadie que soy afortunado con mi chico.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto, papá?

—Es que, en la vida, el mínimo paso en falso puede tener trágicas consecuencias.

—¡Oh, Dios! Pareces como una de esas galletitas de la suerte.

—Ah, ¿sí? Ah, ¿sí? ¿No parezco un padre preocupado, sino una galletita de la suerte? ¿Es eso lo que parezco cuando hablo con mi hijo acerca de la vida que tiene por delante, un futuro que la cosa más nimia, cualquier minucia, podría destruir?

—¡Oh, al diablo con todo! —grité, y salí corriendo de casa, preguntándome dónde podría robar un coche para ir a Scranton a jugar al billar, y tal vez de paso pillar una gonorrea.

Más tarde me enteré por mi madre de todas las circunstancias de aquel día: por la mañana, el señor Pearlgreen había ido para echar un vistazo al lavabo en la trastienda, y la conversación que habían tenido dejó a mi padre sumido en sus reflexiones hasta la hora del cierre. Su inquietud era tal, me contó mi madre, que debió de fumarse tres paquetes de tabaco.

—No sabes lo orgulloso que está de ti —me dijo mi madre—. A todo el que entra en la tienda le dice lo mismo: « Mi hijo sólo saca sobresalientes. Nunca nos decepciona. Ni siquiera tiene que mirar los libros... sobresalientes, de manera automática ». Cuando no estás presente, cariño, eres el centro de todas sus alabanzas. Tienes que creerme. Presume de ti continuamente.

—Y cuando estoy presente soy el centro de esos nuevos y demenciales miedos, mamá, y estoy ya muy harto de eso.

—Pero le he oído, Markie —replicó mi madre—. Le ha dicho al señor Pearlgreen: « Menos mal que con mi chico no tengo que preocuparme por esas cosas ». Estaba con él en la tienda cuando llegó el señor Pearlgreen para arreglar la fuga de agua. Eso es exactamente lo que dijo cuando el señor Pearlgreen le estaba hablando de Eddie. Ésas fueron sus palabras: « Con mi chico no tengo que preocuparme por esas cosas ». Pero entonces el otro va y le dice, y esto es lo que le sacó de quicio, le dice: « Escúcheme, Messner. Me gusta usted, Messner, se portó bien con nosotros, cuidó de mi mujer durante la guerra procurándole carne, escuche a alguien que sabe de qué va esto porque le está ocurriendo a él. Eddie también estudia en la universidad, pero eso no significa que tenga el buen juicio suficiente para no ir a los billares. ¿Cómo perdimos a Eddie? No es mal muchacho. ¿Y qué hay de su hermano menor... qué clase de ejemplo le puede dar? ¿Qué hicimos mal para que, así sin más, nos enteremos de que está en un salón de billares de Scranton, a tres horas de casa? ¡Con mi coche! ¿De dónde

saca el dinero para la gasolina? ¡De jugar al billar! ¡El billar, el billar! Fijese en lo que le digo, Messner: el mundo espera, relamiéndose, para llevarse a su chico» .

—Y mi padre le cree —repliqué. ¡Mi padre cree no lo que ve con sus propios ojos durante toda una vida, sino lo que le dice el fontanero de rodillas mientras arregla el lavabo en la trastienda! No podía contenerme. ¡Le había desquiciado la observación casual de un fontanero! — Sí, mamá —le dije finalmente, mientras me iba furioso a mi habitación—, la cosa más nimia, cualquier minucia, tiene consecuencias trágicas. ¡Él lo demuestra!

Tenía que marcharme, pero no sabía adónde ir. Todas las universidades me parecían iguales. Auburn. Wake Forest. Ball State. SMU. Vanderbilt. Muhlenberg. Para mí no eran más que nombres de equipos de fútbol americano. Cada otoño escuchaba con avidez los resultados de los partidos universitarios en el resumen deportivo que Bill Stern hacía los sábados por la noche, pero no tenía mucha idea de las diferencias académicas entre los centros docentes que contendían. Louisiana State 35, Rice 20; Cornell 21, Lafayette 7; Northwestern 14, Illinois 13. Ésa era la única diferencia para mí: la diferencia entre marcadores. Una universidad era una universidad: que fueras a una cualquiera y acabaras licenciándote era lo único que le importaba a una familia tan poco mundana como la mía. Asistía a la que estaba en el centro de la ciudad porque se encontraba cerca de casa y nos la podíamos permitir.

Y me parecía bien. Al comienzo de mi vida adulta, antes de que todo resultara de improviso tan difícil, tenía un gran talento para sentirme satisfecho. Lo tuve durante toda la infancia, y en mi primer año en Robert Treat ese talento seguía formando parte de mi repertorio. Estaba emocionado de estar allí. Enseguida empecé a idolatrar a mis profesores y a hacer amigos, la mayoría de ellos de familias trabajadoras como la mía y con pocos más estudios, si tenían, que la mía. Algunos eran judíos y habían ido al mismo instituto que yo, pero la mayoría no, y al principio me entusiasmaba comer con ellos por el mero hecho de que eran irlandeses o italianos y, para mí, una nueva categoría, no sólo de *newarkés* sino también de ser humano. Y me emocionaba estudiar en la universidad; por muy rudimentarios que fueran los cursos, en mi cerebro empezaba a ocurrir algo similar a lo que sucedió la primera vez que mis ojos se posaron en el alfabeto. Y también, después de que el entrenador me enseñara a agarrar el bate unos centímetros más arriba para sostenerlo en alto y que la pelota rebotara y pasara por encima del cuadro y entrase en el jardín, en lugar de golpearla con todas mis fuerzas y a ciegas como hacía en el instituto, aquella primavera había logrado una posición importante en el exiguo equipo de béisbol de primer curso, y jugaba como segunda base junto a un parador en corto

llamado Angelo Spinelli.

Pero sobre todo estaba aprendiendo, descubriendo algo nuevo a cada hora de la jornada lectiva, y por ello incluso me gustaba que Robert Treat fuese tan pequeña y discreta, más como un club de barrio que como una universidad. Estaba oculta y aislada en el extremo norte del ajetreado centro de la ciudad, con sus edificios de oficinas, grandes almacenes y tiendas especializadas de propiedad familiar, embutida entre un pequeño parque triangular de la Revolución Americana, en el que se reunían desastrados mendigos (a la mayoría de los cuales conocíamos por el nombre), y el turbio río Passaic. La universidad consistía en dos edificios anodinos: uno de ellos, de ladrillo tiznado por el humo, era una vieja fábrica de cerveza abandonada cerca de la zona industrial a orillas del río, que había sido reconvertida en aulas y laboratorios de ciencias, donde yo seguía el curso de biología; y, a varias manzanas de distancia, al otro lado de la principal arteria de la ciudad y frente al pequeño parque que teníamos en lugar de campus (y donde nos sentábamos a mediodía para comer los bocadillos que habíamos preparado al amanecer, mientras los mendigos sentados en un banco del parque se pasaban la botella de vino barato), un pequeño edificio neoclásico de cuatro plantas que, con sus columnas en la entrada, ofrecía exactamente el aspecto del banco que había sido durante buena parte del siglo XX. El edificio albergaba el departamento administrativo de la universidad y las improvisadas aulas donde yo estudiaba historia, lengua y literatura inglesas y francés, materias que impartían unos profesores que me llamaban «señor Messner» en lugar de «Marcus» o «Markie», y a cuyos trabajos asignados yo procuraba anticiparme y tenerlos terminados antes de la fecha de entrega. Ansiaba ser un adulto, un adulto instruido, maduro, independiente, que era precisamente lo que aterraba a mi padre, quien, incluso mientras me impedía la entrada en nuestra casa para castigarme porque empezaba a probar las más nimias prerrogativas del adulto joven, no podría haber estado más orgulloso de mi entrega a los estudios y mi singular posición en la familia como estudiante universitario.

Mi primer curso fue el más estimulante y el más terrible de mi vida, y por eso acabé al año siguiente en Winesburg, una pequeña universidad de humanidades e ingeniería ubicada en la región agrícola del centro y norte de Ohio, a unos treinta kilómetros del lago Erie y a unos ochocientos de la puerta trasera de nuestra casa cerrada con doble vuelta de llave. El pintoresco campus de Winesburg, con sus altos y hermosos árboles (más adelante una amiga me dijo que eran olmos) y sus patios interiores con paredes de ladrillo cubiertas de hiedra, que se alzaba espectacularmente sobre una colina, podría haber sido el telón de fondo de uno de aquellos musicales universitarios en tecnicolor en los que todos los estudiantes van cantando y bailando por todas partes en vez de estudiar. Para costear mis estudios universitarios lejos de casa, mi padre había tenido que prescindir de Isaac, el cortés y tranquilo joven ortodoxo con casquete

en la cabeza que había iniciado el aprendizaje como ayudante cuando empecé a ir a la universidad, y mi madre, de cuyo trabajo Isaac debería haberse ocupado con el tiempo, tuvo que volver a ayudar a mi padre detrás del mostrador a jornada completa. Sólo así podían llegar a fin de mes.

Me asignaron una habitación en la residencia de estudiantes Jenkins Hall, donde descubrí que los otros tres muchachos con los que iba a convivir eran judíos. Eso me pareció raro, en primer lugar porque había esperado tener un solo compañero de habitación, y en segundo lugar porque una parte de la aventura que representaba ir a la universidad en el lejano Ohio era la posibilidad que ofrecía de vivir entre personas que no eran judías y de ver qué tal resultaba la experiencia. Semejante aspiración les parecía a mis padres extraña, si no peligrosa, aunque para mí, a los dieciocho años, totalmente lógico. Spinelli, el parador en corto —que iba a especializarse en derecho como yo—, se había convertido en mi mejor amigo en Robert Treat, y cuando me llevó a su casa en el Primer Distrito italiano de la ciudad para conocer a su familia y comer su comida alrededor de la mesa y escucharlos hablar con su acento y bromear en italiano, la experiencia no había resultado menos intrigante que mi curso de dos semestres de civilización occidental, en cada una de cuyas clases el profesor desvelaba algo más de lo acontecido en el mundo antes de que yo existiera.

La habitación de la residencia era alargada, estrecha y maloliente, y estaba mal iluminada, con una litera doble en cada extremo de las desgastadas tablas del suelo y con cuatro anticuados escritorios de madera, maltrechos por el uso, contra las paredes de un verde apagado. Ocupé una de las literas inferiores, cuya parte superior ya había sido reclamada por un chico larguirucho de cabello negro y brillante con gafas llamado Bertram Flusser. No se molestó en estrecharme la mano cuando traté de presentarme, sino que me miró como si yo perteneciera a una especie con la que nunca antes hubiera tenido la suerte de tropezarse. Los otros dos muchachos también me contemplaron, aunque en absoluto con desdén, así que intercambiamos presentaciones de una manera que me dejó medio convencido de que, entre mis compañeros de habitación, Flusser era único en su género. Los tres estudiaban el penúltimo año de lengua y literatura inglesas y pertenecían al grupo teatral de la universidad. Ninguno de ellos era miembro de una asociación estudiantil.

En el campus había doce fraternidades, pero sólo dos admitían judíos, una formada exclusivamente por judíos y que contaba con unos cincuenta miembros, y la otra, más o menos la mitad de grande, una asociación no confesional fundada en la ciudad por un grupo de estudiantes idealistas que aceptaba a todo aquel con quien pudieran arramblar. Las diez restantes estaban reservadas a cristianos blancos, una situación que nadie podría haber imaginado provocadora en un campus que se enorgullecía tanto de la tradición. Los imponentes edificios de las fraternidades cristianas, con sus fachadas de piedra sin labrar y puertas

que parecían entradas de castillos, dominaban la calle Buckeye, la avenida bordeada de árboles dividida por un pequeño prado comunal con un cañón de la guerra civil que, según una picante chanza repetida a los recién llegados, se disparaba cuando una virgen pasaba por delante. La calle Buckeye llevaba desde el campus, a través de las calles residenciales con grandes árboles y antiguas casas de madera bien mantenidas, hasta la única arteria comercial de la ciudad, la calle Main, que abarcaba cuatro manzanas y se extendía desde el puente sobre el riachuelo Wine en un extremo hasta la estación de ferrocarril en el otro. En la calle Main destacaba la New Willard House, el hostel en cuyo bar los exalumnos se reunían los fines de semana en que había partido de fútbol para revivir, achispados por el alcohol, su época estudiantil y donde, a través de la oficina universitaria de colocaciones, obtuve un empleo de camarero los viernes y sábados por la noche, cobrando el salario mínimo de setenta y cinco centavos la hora más propinas. La vida social en la universidad, que tenía unos mil doscientos alumnos, se realizaba principalmente al otro lado de las macizas puertas negras y tachonadas de las fraternidades y en sus amplios céspedes, donde, prácticamente con cualquier clase de tiempo, se podía ver siempre a dos o tres muchachos lanzándose un balón de fútbol.

Flusser, mi compañero de habitación, despreciaba cuanto yo decía y se burlaba de mí sin piedad. Cuando intentaba ser agradable con él, me llamaba Príncipe Encantador. Cuando le decía que me dejara en paz, replicaba: «Qué piel tan delicada para semejante chicarrón». Por la noche, cuando ya me había acostado, él insistía en poner un disco de Beethoven en su tocadiscos, a un volumen que no parecía molestar tanto a mis otros dos compañeros como me molestaba a mí. Yo no sabía nada de música clásica, no me gustaba mucho y, además, necesitaba dormir para poder cumplir con mi trabajo de fin de semana y seguir obteniendo el nivel de calificaciones que me habían situado en la Lista del Decano de Robert Treat los dos semestres que estuve allí. El mismo Flusser nunca se levantaba antes de mediodía, aunque tuviera que asistir a clase, y su litera estaba siempre sin hacer, la ropa de cama colgando descuidadamente a un lado e impidiéndome ver la habitación desde mi litera. Convivir con él era peor que vivir con mi padre durante mi primer año de universidad, porque éste al menos trabajaba durante toda la jornada en la carnicería y, aunque fuese de un modo fanático, se preocupaba por mi bienestar. Mis tres compañeros de habitación iban a actuar aquel otoño en una representación universitaria de *Noche de Reyes*, una obra teatral de la que yo no había oído hablar. Había leído *Julio César* en el instituto, *Macbeth* en el curso general de literatura inglesa del primer curso de la universidad, y eso era todo. En *Noche de Reyes*, Flusser representaría a un personaje llamado Malvolio, y en las noches en que no escuchaba a Beethoven a horas intempestivas, se tendía en la litera encima de la mía y recitaba su papel. A veces se pavoneaba por la habitación practicando las

palabras de su mutis, que eran: « Me vengaré de todos vosotros» . Yo le suplicaba desde la cama: « Flusser, por favor, ¿podrías hablar más bajo?», a lo que él replicaba, gritando, riéndose socarronamente o en un susurro amenazador: « Me vengaré de todos vosotros» , una vez más.

Pocos días después de mi llegada al campus, empecé a buscar en la residencia alguien en cuya habitación hubiera una litera libre y que accediera a alojarme. La búsqueda requirió varias semanas más, un tiempo durante el que llegué al colmo de mi frustración con Flusser y, una noche, más o menos una hora después de haberme acostado, me levanté de la litera lanzando gritos, saqué del plato uno de sus discos y, llevando a cabo el acto más violento que había perpetrado en mi vida, lo hice añicos arrojándolo contra la pared.

—Acabas de destruir el Cuarteto número dieciséis en fa mayor —me dijo, sin moverse de la litera superior en la que estaba fumando, totalmente vestido y todavía calzado.

—¡No me importa! ¡Estoy tratando de dormir!

Uno de los otros muchachos había encendido las desnudas luces del techo. Los dos habían bajado de sus literas y estaban allí, en calzoncillos, esperando de pie a ver qué sucedía a continuación.

—Un chico tan amable y educado —dijo Flusser—. Tan limpio. Tan recto. Un tanto impetuoso con la propiedad ajena, pero por lo demás tan dispuesto y deseoso de ser un ser humano.

—¿Qué tiene de malo ser un ser humano?

—Todo —respondió Flusser con una sonrisa. Los seres humanos apestan a alturas celestes.

—¡Tú sí que apestas! —grité—. ¡Tú, Flusser! ¡No te duchas, no te cambias de ropa, nunca haces la cama... no tienes la menor consideración por nadie! ¡O estás recitando tu papel a las cuatro de la madrugada o poniendo música tan alto como puedes!

—Bueno, no soy un chico tan majo como tú, Marcus.

Entonces uno de los otros intervino por fin.

—Tranquilízate —me dijo. No es más que un coñazo. No le tomes demasiado en serio.

—¡Pero tengo que dormir! —exclamé. ¡No puedo trabajar si no duermo! ¡No quiero acabar enfermo, por el amor de Dios!

—Enfermar —dijo Flusser, y añadió a su sonrisa una risita despectiva— te haría muchísimo bien.

—¡Está loco! —les grité a los otros dos. ¡Todo lo que dice es de loco!

—Destruyes el Cuarteto de Beethoven en fa mayor y soy yo el que está loco —observó Flusser.

—Corta ya, Bert —le dijo uno de los otros chicos. Cállate y déjale dormir.

—¿Después de lo que este bárbaro le ha hecho a mi disco?

—Dile que le restituirás el disco —me pidió el muchacho. Dile que irás al centro y le comprarás uno nuevo. Vamos, díselo para que todos podamos volver a la cama.

—Te compraré uno nuevo —le dije, hirviendo de indignación por la injusticia de todo ello.

—Gracias —replicó Flusser. Muchísimas gracias. Eres un chico majo de veras, Marcus. Irreprochable. Marcus, el chico aseado y pulcramente vestido. Al final haces lo correcto, tal como mamá Aurelius te enseñó.

Pagué el disco con lo que ganaba sirviendo mesas en el bar del hostel. El trabajo no me gustaba. Hacía bastantes menos horas que en la carnicería de mi padre y, sin embargo, debido al estrépito, al exceso de bebida y al hedor a cerveza y humo de tabaco que invadía el local, el trabajo resultaba ser más fatigoso y, a su manera, tan repugnante como las peores cosas que había tenido que hacer en la carnicería. Yo no tomaba cerveza ni ninguna otra bebida alcohólica, jamás fumaba ni gritaba ni cantaba a voz en cuello para impresionar a las chicas, como hacían los borrachos que acudían al hostel con sus citas las noches de los viernes y los sábados. Casi todas las semanas había fiestas «de la insignia» en el bar para celebrar el compromiso informal de un muchacho de Winesburg con una chica de Winesburg: él le ofrecía la insignia de su fraternidad para que ella la llevara en clase prendida del suéter o la blusa. Recepción de la insignia en tercero, compromiso en el cuarto y último curso y casamiento al graduarse: tales eran los inocentes fines que perseguían la mayoría de las vírgenes de Winesburg durante mi propio y virginal período allí.

Detrás del hostel y las tiendas vecinas que daban a la calle Main había un estrecho callejón adoquinado, y durante toda la noche los estudiantes entraban y salían por la puerta trasera del hostel para vomitar o para estar a solas con sus parejas e intentar sobarlas y refregarse hasta descargar en la oscuridad. A fin de interrumpir las sesiones de magreo, más o menos cada media hora, un coche patrulla pasaba lentamente por el callejón con las luces largas encendidas, obligando a los desesperados por eyacular al aire libre a escabullirse y ponerse a cubierto en el interior del hostel. Salvo raras excepciones, las chicas de Winesburg o bien tenían un aspecto sanote o bien eran feas, y todas parecían saber a la perfección cómo comportarse apropiadamente (es decir, parecían no saber cómo comportarse mal o cómo hacer algo que se consideraba indecoroso), de modo que cuando se emborrachaban, en lugar de ponerse ruidosas y broncas, como los chicos, les daba el muermo y se mareaban. Incluso las que se atrevían a salir por la puerta de atrás para morrearse con sus parejas, cuando entraban de nuevo parecía como si hubieran salido al callejón para que les arreglaran el pelo. En ocasiones veía a una chica que me atraía, y mientras iba de un lado a otro con las jarras de cerveza, volvía la cabeza para echarle un buen vistazo. Casi siempre

descubría que su acompañante era el borracho más agresivo y detestable de la noche. Pero como me pagaban el salario mínimo más las propinas, cada fin de semana llegaba puntualmente a las cinco para empezar a prepararlo todo y trabajaba hasta pasada la medianoche, cuando terminaba de limpiar, y durante todo ese tiempo procuraba mantener una actitud de camarero profesional, pese a que los clientes chascaban los dedos para que les atendiera o me lanzaban agudos silbidos con los dedos en la boca, y me trataban más como a un lacayo que como a un discípulo que necesitaba el trabajo. Durante las primeras semanas, en varias ocasiones me pareció oír que desde las mesas de los más alborotadores me llamaban con las palabras: « ¡Eh, judío! ¡Ven aquí!» . Pero, optando por creer que tan sólo me habían dicho: « ¡Eh, tú! ¡Ven aquí!» , perseveraba en mis obligaciones, decidido a regirme por la lección de carnicería que aprendí de mi padre: abre el culo, mete la mano, agarra las vísceras y sácalas; asqueroso y repugnante, pero había que hacerlo.

De forma invariable, tras cada noche de trabajo en el hostel, había cerveza salpicando y derramándose en todos mis sueños: goteando del grifo en el baño, llenando la taza del váter cuando tiraba de la cadena, vertiéndose en mi vaso desde los cartones de leche que bebía con las comidas en la cafetería estudiantil. En mis sueños, el cercano lago Erie, que limitaba por el norte con Canadá y por el sur con Estados Unidos, ya no era el décimo lago de agua dulce más extenso del planeta, sino el depósito de cerveza más grande del mundo, y mi trabajo consistía en ir vaciándolo en jarras para servirlos a chicos de fraternidades que me gritaban con hostilidad: « ¡Eh, judío! ¡Ven aquí!» .

Finalmente encontré una litera libre en una habitación de la planta situada debajo de aquélla en la que Flusser me había desquiciado y, tras llenar los formularios en la secretaría del decano de los alumnos varones, me alojé en el cuarto de un estudiante de ingeniería que cursaba el último año. Elwyn Ayers hijo era un muchacho corpulento, lacónico, decididamente no judío, que estudiaba con ahínco, comía en el edificio de la fraternidad a la que pertenecía y era propietario de un sedán negro LaSalle Touring de cuatro puertas fabricado en 1940, el último año, me explicó, en que General Motors produjo ese gran automóvil. Había sido el coche familiar durante su infancia, y ahora lo tenía aparcado en la parte trasera del edificio de la fraternidad. Sólo a los estudiantes de último año se les permitía disponer de automóvil, y Elwyn parecía tener el suyo principalmente para pasarse las tardes del fin de semana chapuceando con su impresionante motor. Cuando volvíamos de cenar (yo me comía mis macarrones con queso en la triste cafetería estudiantil con los demás « independientes» , mientras él comía rosbif, jamón, bistec y chuletas de cordero con sus hermanos de fraternidad), cada uno se sentaba a su escritorio ante la misma pared desnuda y no intercambiábamos una sola palabra. Cuando

terminábamos de estudiar, nos aseábamos en la hilera de lavabos de los servicios comunitarios, pasillo abajo, nos poníamos el pijama, nos susurrábamos las buenas noches y nos acostábamos, yo en la litera inferior y Elwyn Ayers hijo en la de arriba.

Vivir con Elwyn era muy similar a vivir solo. De lo único que le oía hablar con cierto entusiasmo era de las virtudes del LaSalle de 1940, con una distancia entre ejes superior a la de modelos anteriores y con un carburador más grande que aportaba una mayor potencia en caballos. Cuando me apetecía tomarme un respiro del estudio y charlar durante unos minutos, él, con su acento de Ohio, sosegado y monótono, soltaba una seca chanza para poner fin a la conversación. Sin embargo, por muy solo que me sintiera en ocasiones al compartir habitación con Elwyn, al menos me había librado del destructivo incordio que era Flusser y podía seguir sacando sobresalientes; los sacrificios que estaba haciendo mi familia para enviarme a una universidad lejos de casa exigían que continuara obteniendo sólo sobresalientes.

En el curso preparatorio para el ingreso en la facultad de derecho, especializado en ciencias políticas, estudiaba los principios del gobierno estadounidense y la historia norteamericana hasta 1865, junto con las asignaturas requeridas de literatura, filosofía y psicología. También estaba inscrito en el ROTC, el Cuerpo de Instrucción de Oficiales en Reserva, y tenía grandes esperanzas de que, cuando me graduara, me enviaran a servir como teniente a Corea. Por entonces la guerra estaba en su segundo y horrible año, setecientos cincuenta mil soldados de la China comunista y Corea del Norte emprendían regularmente ofensivas a gran escala y, tras haber sufrido fuertes bajas, las fuerzas de las Naciones Unidas encabezadas por Estados Unidos respondían con grandes contraofensivas. Durante todo el año anterior, el frente se había desplazado arriba y abajo por toda la península coreana, y Seúl, la capital de Corea del Sur, había sido capturada y liberada cuatro veces. En abril de 1951, el presidente Truman destituyó al general MacArthur después de que éste hubiera amenazado con bombardear y bloquear la China comunista, y en septiembre, cuando ingresé en Winesburg, su sustituto, el general Ridgway, se encontraba en las primeras y difíciles etapas de las negociaciones de armisticio con una delegación comunista de Corea del Norte y parecía como si la guerra fuese a prolongarse durante años, con más decenas de miles de norteamericanos que resultarían muertos, heridos o capturados. Las tropas estadounidenses nunca habían luchado en una guerra más aterradora que aquélla, enfrentadas a una oleada tras otra de soldados chinos que parecían ser inmunes a nuestra potencia de fuego, y contra los que a menudo tenían que luchar en las trincheras con bayonetas y sus manos desnudas. Las bajas norteamericanas totalizaban ya más de cien mil, debidas tanto al gélido invierno coreano como al dominio que tenía el ejército chino en el combate cuerpo a cuerpo y la lucha nocturna. Los soldados

de la China comunista, que a veces atacaban a millares, no se comunicaban por radio ni por receptor-transmisor (en muchos aspectos, el suyo era un ejército premecanizado), sino a toque de corneta, y se decía que no había nada más aterrador que esos toques de corneta en la oscuridad absoluta y los enjambres de enemigos que, tras haberse infiltrado sigilosamente en las líneas norteamericanas, caían en cascada con sus armas llameantes sobre nuestros extenuados hombres, postrados por el frío y acurrucados para calentarse en sus sacos de dormir.

La primavera anterior, la confrontación entre Truman y MacArthur había tenido como consecuencia una investigación senatorial sobre la destitución del general por parte de Truman, que yo seguí en la prensa junto con las noticias de la guerra, que había empezado a leer de manera obsesiva desde el momento en que comprendí lo que podría sucederme si el conflicto proseguía con sus vaivenes sin que ninguno de los dos bandos fuera capaz de alzarse con la victoria. Detestaba a MacArthur por su extremismo de derechas, que amenazaba con extender el conflicto coreano y entrar en una guerra total con China, e incluso tal vez con la Unión Soviética, que recientemente se había hecho con la bomba atómica. Una semana después de su destitución, MacArthur habló en una sesión conjunta del Congreso; argumentó a favor de bombardear las bases aéreas chinas en Manchuria y utilizar a las tropas nacionalistas de Chiang Kai—shek en Corea, antes de concluir el discurso con su famosa despedida, afirmando solemnemente que «desaparecería, un viejo soldado que intentó cumplir con su deber como Dios le había dado a entender». Después del discurso, algunos miembros del Partido Republicano empezaron a promocionar al jactancioso general de aires patricios, por entonces ya septuagenario, como su nominado para las elecciones presidenciales de 1952. Como era predecible, el senador Joseph McCarthy anunció que la destitución de MacArthur por parte del demócrata Truman era «tal vez la mayor victoria que los comunistas han obtenido jamás».

Todos los estudiantes varones tenían que seguir obligatoriamente un semestre de ROTC (o «ciencia militar», como se designaba al programa en el catálogo). Para llegar a oficial e ingresar en el ejército como alférez por un período de dos años en el cuerpo de transporte después de graduarse, era preciso cursar por lo menos dos semestres de ROTC. Si te limitabas a cursar el único trimestre requerido, al graduarte no serías más que otro hombre llamado a filas y, tras la instrucción básica, muy bien podías terminar como soldado raso de infantería con un fusil M—1 y una bayoneta fija en una gélida trinchera coreana a la espera del toque de corneta.

Mi clase de ciencia militar me ocupaba una hora y media a la semana. Desde una perspectiva educativa, me parecía una infantil pérdida de tiempo. El capitán que nos daba clase parecía corto de luces en comparación con los otros

profesores (que, por su parte, habían tardado en impresionarme), y el material que leíamos carecía por completo de interés. « Apoya la culata del fusil en el suelo con el cañón hacia atrás. Mantén la base de la culata contra el zapato derecho y alineada con la puntera. Sujeta el fusil entre el pulgar y los demás dedos de la mano derecha...». Sin embargo, me aplicaba en los exámenes y respondía a las preguntas en clase a fin de asegurarme la invitación a seguir el ROTC avanzado. Ocho de mis primos mayores, siete por el lado paterno y uno por el materno, habían combatido en la segunda guerra mundial, dos de ellos fusileros rasos que habían muerto hacía menos de una década, uno en Anzio en 1943 y otro en la batalla de las Ardenas en 1944. Pensé que mis posibilidades de supervivencia serían mucho mayores si ingresaba en el ejército como oficial, sobre todo si gracias a mis calificaciones y mi posición en la clase —pues estaba decidido a ser el primero de mi promoción— lograba que me transfiriesen del cuerpo de transporte (donde podría acabar destinado a una zona de combate) al departamento de inteligencia militar una vez que estuviera sirviendo.

Quería hacerlo todo bien. Si lo hacía todo bien, podría justificar ante mi padre el gasto que suponía asistir a una universidad de Ohio en vez de estudiar en Newark. Podría justificar ante mi madre que tuviera que trabajar de nuevo a jornada completa en la tienda. En el centro de mi ambición estaba el deseo de verme libre de un padre fuerte e imperturbable, al que de repente le había acometido un miedo incontrolable por el bienestar de su hijo adulto. Aunque estudiaba el programa preparatorio para acceder a la facultad de derecho, lo cierto era que no me interesaba ser abogado. Apenas tenía idea de lo que hacía un abogado. Quería sacar sobresalientes, poder dormir y no pelearme con el padre al que quería y cuyo manejo de los largos y afilados cuchillos y de la pesada cuchilla de cortar carne lo había convertido en el primer y fascinante héroe de mi infancia. Cada vez que leía acerca del combate con bayoneta contra los chinos en Corea, imaginaba los cuchillos y demás herramientas cortantes de mi padre. Sabía lo letal que podía ser un buen filo. Y sabía el aspecto que tenía la sangre, coagulada alrededor del cuello de los pollos que habían sido sacrificados ritualmente, que goteaba de la carne sobre mis manos cuando cortaba una chuleta a lo largo del hueso, que rezumaba de las bolsas de papel marrón a pesar del papel parafinado que envolvía la carne en el interior, que se incrustaba en las muescas entrecruzadas del tajo de madera por la fuerza de la cuchilla al golpear. Mi padre llevaba un delantal atado al cuello y la espalda que siempre estaba ensangrentado, un delantal limpio siempre manchado de sangre una hora después de haber abierto la tienda. También mi madre estaba cubierta de sangre. Un día en que estaba rebanando un hígado, que puede resbalar o culebrear bajo tu mano si no lo sujetas con suficiente firmeza, se hizo un profundo corte en la palma y hubo que llevarla corriendo al hospital para que le pusieran doce dolorosos puntos. Y yo mismo, por cuidadoso y atento que fuese, me había cortado

docenas de veces, había sido necesario vendarme y luego mi padre me había reprendido por distraerme mientras estaba trabajando con el cuchillo. Crecí con sangre —con sangre y grasa y afiladores de cuchillos y aparatos para rebanar y dedos amputados o trozos de dedos cortados de las manos de mis tres tíos y también de mi padre—, y jamás me acostumbré a ello ni me gustó. Mi abuelo paterno, muerto antes de que yo naciera, había sido carnicero kosher (el Marcus por el cual recibí mi nombre y a quien, debido a los riesgos de su profesión, le faltaba medio pulgar), al igual que los tres hermanos de mi padre, tío Muzzy, tío Shecky y tío Artie, cada uno de los cuales tenía una tienda como la nuestra en una zona distinta de Newark. Sangre en la tarima de madera con ranuras detrás de las vitrinas refrigeradas de porcelana y vidrio, en las balanzas, en los afiladores, orlando el borde del papel parafinado, en la boca de la manguera que utilizábamos para limpiar el suelo de la cámara frigorífica... el olor a sangre era lo primero que notaba cada vez que visitaba a mis tíos y tías en sus tiendas. Ese olor a animal después de haber sido sacrificado y antes de ser cocinado me asaltaba cada vez. Entonces Abe, el hijo y heredero forzoso de Muzzy, cayó en Anzio, y a Dave, hijo y heredero forzoso de Shecky, lo mataron en la batalla de las Ardenas, y los Messner que los sobrevivieron quedaron empapados en la sangre de aquellos muchachos.

Todo lo que sabía de la profesión de abogado era que se trataba de lo más alejado posible a pasarte la vida laboral llevando un apestoso delantal cubierto de sangre: sangre, grasa, trozos de entrañas, todo se pegaba al delantal debido a que te limpiabas sin cesar las manos en él. Había aceptado de buen grado trabajar para mi padre cuando se esperaba de mí que lo hiciera, y había aprendido obedientemente todo lo referente al oficio de carnicero que él podía enseñarme. Pero jamás me enseñó a que me gustara la sangre o ni siquiera a mostrarme indiferente a ella.

Una noche, mientras Elwyn y yo estábamos estudiando, dos miembros de la fraternidad judía llamaron a la puerta de la habitación y me preguntaron si podíamos charlar un rato en el Owl, el lugar de encuentro y cafetería de los estudiantes. Salí al pasillo y cerré la puerta a mis espaldas para no molestar a Elwyn.

—No creo que me afilie a ninguna fraternidad —les dije.

—Bueno, no tienes por qué hacerlo —replicó uno de ellos.

Era el más alto de los dos; medía varios centímetros más que yo y tenía ese aire suave, confiado y plácido que me recordaba a aquellos muchachos de amabilidad y simpatía casi mágicas que ejercían de presidentes del consejo estudiantil en el instituto y a los que adoraban sus novias, reinas de las animadoras de las majorettes. La humillación jamás afectaba a aquellos jóvenes, mientras que para el resto de nosotros siempre revoloteaba por encima como la mosca o

el mosquito que no te deja en paz. ¿En qué pensaba la evolución al hacer que uno entre un millón fuese como el muchacho que se hallaba ante mí? ¿Cuál era la función de semejante apostura salvo llamar la atención hacia las imperfecciones de todos los demás? Yo no había sido completamente desdeñado por el dios del aspecto físico, y sin embargo el brutal nivel establecido por aquel ejemplar me convertía, por comparación, en una monstruosidad de lo ordinario. Mientras hablaba con él me veía forzado a desviar la vista, tan perfectas eran sus facciones, tan humillantes, tan vergonzantes... tan significativas.

—¿Por qué no cenas una noche con nosotros en la fraternidad? —me preguntó—. Ven mañana por la noche. Habrá rosbif. Cenarás bien, conocerás a los hermanos y no tienes obligación de hacer nada más.

—No —respondí. No creo en las fraternidades.

—¿Crear, dices? ¿Qué hay que creer o dejar de creer en ellas? Un grupo de personas con una mentalidad similar se reúnen por amistad y camaradería. Practicamos deportes juntos, organizamos fiestas y bailes, comemos juntos. De lo contrario, esto puede ser terriblemente solitario. Ya sabes que de los mil doscientos estudiantes de este campus, menos de un centenar son judíos. Es un porcentaje muy pequeño. Si no te afilias a nuestra fraternidad, sólo hay otra en la que admitan a un judío, la no confesional, y no se distingue precisamente por sus instalaciones o su calendario de actos sociales. Mira, déjame que me presente... me llamo Sonny Cottler. —Un simple nombre de mortal, me dije. ¿Cómo era posible tal cosa, con aquellos brillantes ojos negros, aquel profundo hoyuelo en la barbilla y aquella ondulante cabellera oscura? Y, además, con una fluidez tan llena de confianza. Estudió el último curso —siguió diciendo. No quiero presionarte, pero nuestros hermanos han reparado en ti, te han visto por ahí y creen que serías una gran incorporación a la fraternidad. Verás, sólo después de la guerra ha empezado a haber un número considerable de alumnos judíos en esta universidad, por lo que somos una fraternidad relativamente nueva en el campus, y aun así hemos ganado la Copa Académica entre fraternidades más veces que cualquier otra de Winesburg. Muchos de nuestros miembros estudian de firme para entrar en las facultades de medicina y derecho. Piénsalo, ¿quieres? Y llámame a la asociación si decides venir a saludarnos. Y si quieres quedarte a cenar, mejor todavía.

A la noche siguiente me visitaron dos miembros de la fraternidad no confesional. Uno era un muchacho delgado y rubio, cuya homosexualidad desconocía, pues, como la mayoría de los heterosexuales de mi edad, no podía creerme del todo que alguien fuese homosexual, y el otro un chico negro, corpulento y simpático, que era el que llevaba la voz cantante. Era uno de los tres negros de todo el alumnado, mientras que entre el profesorado no había ninguno. Las otras dos personas negras eran chicas, y pertenecían a una pequeña asociación femenina no confesional formada casi por completo por la reducida

población de chicas judías del campus. No se veía por ninguna parte un rostro con rasgos orientales; todos eran blancos y cristianos, excepto yo, aquel chico de color y unas pocas docenas más. En cuanto a los estudiantes homosexuales entre nosotros, no tenía ni idea de cuántos había. A pesar de haber dormido justo encima de mí, no había comprendido que Bert Flusser era homosexual. No caería en la cuenta hasta más adelante.

—Me llamo Bill Quinby —se presentó el negro—, y éste es el otro Bill, Bill Arlington. Somos de Xi Delta, la fraternidad no confesional.

—Antes de que sigas —le dije—, no voy a afiliarme a ninguna fraternidad. Voy a ser independiente.

Bill Quinby se echó a reír.

—La mayoría de los miembros de nuestra fraternidad no pensaban afiliarse a ninguna. La mayoría de ellos no piensan como el estudiante normal y corriente. Están en contra de la discriminación, a diferencia de los chicos cuya conciencia les permite pertenecer a asociaciones que rechazan a otros por su raza o religión. Me parecen la clase de persona que piensa así. ¿Me equivoco?

—Os agradezco que hayáis venido, amigos, pero no voy a unirme a ninguna fraternidad.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Prefiero estar solo y estudiar —respondí. Quinby volvió a reírse.

—Bueno, la mayoría de los miembros de nuestra fraternidad también prefieren estar solos y estudiar. ¿Por qué no nos visitas? No somos en absoluto una asociación convencional de Winesburg. Somos, por decirlo así, un grupo inconfundible: unos cuantos forasteros que se han agrupado porque no pertenecen a las grandes asociaciones ni comparten sus intereses. Creo que te sentirías muy a gusto en una fraternidad como la nuestra.

Entonces intervino el otro Bill, y lo hizo con unas palabras muy parecidas a las que Sonny Cottler me había dirigido la noche anterior.

—La vida en este campus puede ser terriblemente solitaria si vas solo por tu cuenta —dijo.

—Correré el riesgo —repliqué. No me da miedo estar solo. Tengo un empleo y tengo mis estudios, y eso no me deja mucho tiempo para la soledad.

—Me caes bien —dijo Quinby, riendo afablemente. Me gusta tu convicción.

—Y la mitad de los miembros de vuestra fraternidad tienen la misma clase de convicción —repliqué.

Los tres nos reímos. Aquel par de Bills me caía bien. Incluso me gustaba la idea de pertenecer a una fraternidad en la que había un negro (eso sí que sería inconfundible, sobre todo cuando lo llevara a Newark para la gran cena de Acción de Gracias de la familia Messner), pero aun así les dije:

—Debo deciros que no estoy disponible para nada más que no sea estudiar. No puedo permitirme otra cosa. Todo depende de mis estudios. — Estaba

pensando, como pensaba a menudo, sobre todo en unos días en que las noticias de Corea eran especialmente alarmantes, en cómo conseguiría ser transferido del cuerpo de transporte al departamento de inteligencia militar después de graduarme como primero de mi promoción. Para eso he venido aquí y eso es lo que voy a hacer. Gracias de todos modos.

Aquel domingo por la mañana, cuando hice mi llamada semanal a cobro revertido a Nueva Jersey, me sorprendí al enterarme de que mis padres estaban al corriente de la visita que me había hecho Sonny Cottler. A fin de evitar que mi padre se entrometiera en mis asuntos, cuando telefoneaba a la familia les contaba lo menos posible. Básicamente, les aseguraba que estaba bien de salud y que todo iba sobre ruedas. Esto le bastaba a mi madre, pero mi padre me preguntaba invariablemente:

—Bueno, ¿y qué más ocurre? ¿Qué más haces?

—Estudiar. Estudiar, y los fines de semana trabajo en el hostel.

—¿Y qué haces para divertirte?

—Nada, de veras. No necesito diversiones. No tengo tiempo para eso.

—¿Ya sales con una chica?

—Todavía no.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—Ya sabes a qué me refiero —decía él.

—Sí.

—No te metas en ningún lío.

—No lo haré —replicaba, riendo.

—Solo ahí, de esa manera... no me gusta nada —decía mi padre.

—Estoy bien solo.

—Y si cometes un error, sin nadie ahí que te aconseje y vea lo que estás haciendo... ¿entonces qué?

Tal era la conversación habitual, impregnada de principio a fin por su áspera tos. Aquel domingo por la mañana, sin embargo, apenas habíamos empezado a hablar cuando me dijo:

—Tenemos entendido que has conocido a ese muchacho, Cottler. Sabes quién es, ¿verdad? Su tía vive en Newark. Está casada con Spector, el propietario de la tienda de material de oficina en la calle Market. Spector es su tío. Cuando le dijimos dónde estabas, ella nos contó que su apellido de soltera es Cottler, la familia de su hermano vive en Cleveland y su sobrino va a la misma universidad y es presidente de la fraternidad judía. Y presidente del Consejo de Fraternidades. Un judío, presidente del Consejo de Fraternidades. ¿Qué te parece? Donald. Donald Cottler. Le llaman Sonny, ¿no es cierto?

—Es cierto —le confirmé.

—Así que ha ido a verte... estupendo. Tengo entendido que es una figura del

baloncesto, y un estudiante que está en la Lista del Decano. Bueno, ¿qué te dijo?

—Intentó convencerme de que ingresara en su fraternidad.

—¿Y bien?

—Le dije que no estaba interesado en la vida de las fraternidades.

—Pero según su tía es un chico extraordinario. Todo sobresalientes, como tú.

Y parece ser que es muy guapo.

—Es guapísimo —le dije cansinamente. Un bombón.

—¿Qué quieres decir con eso? —replicó.

—No sigas pidiendo a nadie que me visite, papá.

—Pero te pasas todo el día solo. Cuando llegaste te pusieron en una habitación con tres compañeros judíos, y lo primero que hiciste fue buscarte un gentil y mudarte a su cuarto.

—Elwyn es el compañero de habitación perfecto. Silencioso, considerado, limpio y estudioso. No podría pedir nada mejor.

—Sin duda, sin duda, no tengo nada contra él. Pero entonces se presenta ese muchacho, Cottler...

—Papá, no quiero seguir hablando de esto.

—¿Cómo sé lo que te ocurre? ¿Cómo sé qué estás haciendo? Podrías estar haciendo cualquier cosa.

—Sólo hago una cosa —repliqué con firmeza—. Estudio y voy a clase. Y el fin de semana gano unos dieciocho pavos trabajando en el hostel.

—¿Y qué hay de malo en tener algunos amigos judíos en un lugar como ése? Alguien con quien comer, con quien ir al cine...

—Mira, sé lo que estoy haciendo.

—¿A los dieciocho años de edad?

—Papá, voy a colgar ya. ¿Mamá?

—Sí, cariño.

—Voy a colgar. Hablaremos el domingo que viene.

—Pero ¿qué me dices de ese chico, Cottler...? —fueron las últimas palabras que oí.

La verdad es que había una chica, con la que aún no había hablado, pero a la que le había echado el ojo. Estudiaba segundo y, como yo, procedía de otra universidad. Era pálida y esbelta, de cabello castaño rojizo oscuro y, a mi modo de ver, con un aire de distanciamiento y confianza en sí misma que me resultaba intimidante. Asistía a mi clase de historia norteamericana y en ocasiones se sentaba a mi lado, pero como yo no quería arriesgarme a que me dijese que la dejara en paz, no había tenido el valor de saludarla ni siquiera con una inclinación de cabeza, no digamos ya de hablarle. Una noche la vi en la biblioteca. Yo estaba sentado a una mesa en el altillo desde donde se abarcaba la sala de lectura principal; ella estaba en una de las largas mesas de la sala, tomando

diligentemente notas de un libro de consulta. Dos cosas me cautivaron. Una fue la raya de su exquisito cabello. Jamás hasta entonces había sido tan vulnerable a la raya del cabello de alguien. La otra cosa fue su pierna izquierda, que tenía cruzada sobre la derecha y que oscilaba rítmicamente arriba y abajo. La falda le llegaba a la mitad de la pantorrilla, como era la moda, pero aun así, desde donde estaba sentado, podía ver bajo la mesa el incesante movimiento de aquella pierna. Debí de permanecer así durante unas dos horas, tomando notas sin cesar, y todo lo que hice en ese tiempo fue contemplar la manera en que su cabello estaba dividido por la pulcra raya y el incesante movimiento de su pierna arriba y abajo. Me pregunté, y no por primera vez, qué sentiría una chica al mover una pierna de ese modo. Ella estaba absorta en sus deberes, y yo, con la mente de un chico de dieciocho años, estaba absorto en el deseo de meter la mano bajo su falda. El apremio de salir corriendo al lavabo fue sofocado por el temor a ser sorprendido por un bibliotecario, un profesor o incluso un estudiante honorable, ser expulsado de la universidad y acabar de fusilero en Corea.

Aquella noche tuve que permanecer sentado a mi escritorio hasta las dos de la madrugada (y con el flexo lo más bajo posible para que la luz no molestara a Elwyn, que dormía en la litera superior) a fin de terminar la tarea que había dejado a medias, ensimismado en la pierna oscilante de aquella muchacha de cabello castaño rojizo.

Lo que ocurrió cuando salimos juntos superó a cuanto podría haber imaginado en el lavabo de la biblioteca, si hubiera tenido el atrevimiento de retirarme a uno de los cubículos para aliviar temporalmente mi deseo. Las normas que regulaban la vida de las chicas en Winesburg eran del tipo que a mi padre no le habría importado imponerme a mí. Todas las alumnas, incluidas las de último curso, tenían que firmar en el registro al salir de sus residencias por la tarde, aunque sólo fuese para ir a la biblioteca. Los días lectivos no podían estar fuera del centro después de las nueve, y los viernes y sábados pasada la medianoche; ni, por supuesto, se les permitía visitar las residencias estudiantiles masculinas, excepto para asistir a algún acto social acompañadas de carabinas; tampoco los chicos podían entrar en las residencias femeninas, salvo para esperar en el pequeño salón, sentados en un sofá de cretona con flores estampadas, a la chica a quien la celadora de la planta baja avisaba por el teléfono interior, y que sabía el nombre del muchacho gracias al carnet de estudiante que él había tenido que mostrarle. Puesto que los estudiantes, excepto los de último curso, tenían prohibido disponer de automóvil en el campus (y en una universidad entre cuyo alumnado predominaba la clase media sólo unos pocos estudiantes de último curso eran de familias que podían permitirse un coche y su mantenimiento), apenas había ningún lugar en el que una pareja de estudiantes pudiera estar a solas. Algunos iban al cementerio del pueblo y realizaban sus escarceos sexuales entre las lápidas e incluso sobre las mismas

tumbas; otros se contentaban con lo poco que podían conseguir en el cine; pero, en general, cuando la cita se aproximaba a su final, el chico empujaba a la chica contra el tronco de un árbol en la oscuridad de la plaza rodeada por las tres residencias femeninas, y las fechorías que debían impedir las normas de la residencia se perpetraban parcialmente entre los olmos que embellecían el campus. Casi siempre no había más que magreo y torpes manoseos a través de varias capas de ropa, pero entre los muchachos el ansia de una satisfacción incluso tan escasa era ilimitada. Puesto que la evolución aborrece las caricias que no llevan al clímax, el código sexual imperante podía ser físicamente insoportable. La excitación prolongada que no finalizaba en una descarga orgásmica podía hacer que jóvenes robustos anduvieran cojeando como lisiados hasta que las sensaciones de quemazón, pinchazos y calambres, esa generalizada tortura testicular conocida como dolor de huevos, iba remitiendo lentamente hasta desaparecer. En una noche de fin de semana en Winesburg, el dolor de huevos constituía la norma, y afectaba a decenas de chicos más o menos entre las diez y las doce de la noche, mientras que la eyaculación, el más agradable y natural de los remedios, era un acontecimiento siempre huidizo, sin precedentes en el historial erótico de un estudiante cuya libido se hallaba en la cima de su rendimiento.

La noche en que salí con Olivia Hutton, Elwyn, mi compañero de habitación, me prestó su LaSalle negro. Era una noche de entre semana en la que no trabajaba, y tuvimos que salir temprano a fin de estar de regreso en su residencia a las nueve. Fuimos a L'Escargot, el restaurante más lujoso del condado de Sandusky, a unos quince kilómetros de la universidad, siguiendo el curso del riachuelo Wine. Ella pidió caracoles, la especialidad de la casa, y yo no, no sólo porque nunca los había comido y no podía imaginarme haciéndolo, sino también porque procuraba economizar en lo posible. La llevé a L'Escargot porque la chica me parecía demasiado sofisticada para una primera cita en el Owl, donde podías comer una hamburguesa y patatas fritas con una Coca-Cola por menos de cincuenta centavos. Además, por muy fuera de lugar que me sintiese en L'Escargot, me sentía incluso más desplazado en el Owl, cuyos clientes solían apretujarse en reservados junto con miembros de sus propias asociaciones estudiantiles masculinas o femeninas y, por lo que podía distinguir, hablaban sobre todo de acontecimientos sociales de la semana anterior o los que tendrían lugar la próxima semana. Ya tenía suficiente con los comentarios que hacían sobre su vida social mientras servía mesas en el Willard.

Ella pidió los caracoles y yo no. Ella procedía de una rica zona residencial de Cleveland y yo no. Sus padres estaban divorciados y los míos no, ni era posible que llegaran a estarlo. Ella se había trasladado de Mount Holyoke a Ohio por motivos relacionados con el divorcio de sus padres, o eso es lo que me dijo. Y era incluso más bonita de lo que me había parecido en clase. Nunca la había mirado

a los ojos el tiempo suficiente para constatar su tamaño. Tampoco había reparado en la transparencia de su piel, ni me había atrevido a mirarle la boca el tiempo suficiente para darme cuenta de lo hinchido que tenía el labio superior y de cómo le sobresalía provocativamente cuando pronunciaba ciertas palabras con un acento distinto del mío.

Al cabo de unos diez o quince minutos de conversación, ella me sorprendió al extender la mano por encima de la mesa para tocar el dorso de la mía.

—No te pongas tan profundo —me dijo. Relájate.

—No sé cómo hacerlo —repliqué, y aunque lo decía como si fuese una broma desenfadada y tímida, resultaba que era cierto.

Siempre estaba trabajando en mi persona. Siempre estaba persiguiendo un objetivo. Entregar pedidos, desplumar pollos, limpiar tajos de carnicero y obtener sobresalientes para no decepcionar a mis padres. Acortar la zona de sujeción del bate para golpear la pelota y hacerla caer entre los jugadores de cuadro y los jardineros del equipo contrario. Trasladarme de Robert Treat a otra universidad a fin de librarme de las irrazonables restricciones de mi padre. No unirme a una fraternidad para concentrarme exclusivamente en mis estudios. Seguir con toda seriedad el curso del Cuerpo de Instrucción de Oficiales en Reserva a fin de no acabar muerto en Corea. Y ahora el objetivo era Olivia Hutton. La había llevado a un restaurante cuyo coste se acercaba a la mitad de mis ganancias de un fin de semana porque quería que la chica pensara que yo era como ella, sofisticado y mundano, y al mismo tiempo deseaba que la cena finalizara casi antes de comenzar para sentarla a mi lado en el coche, aparcar en alguna parte y tocarla. Hasta entonces, el límite de mi experiencia carnal era tocar. Había tocado a dos chicas en el instituto. Cada una de ellas había sido mi novia durante cerca de un año. Sólo una estuvo dispuesta a tocarme a su vez. Tenía que tocar a Olivia porque hacerlo era el único camino a seguir si quería perder la virginidad antes de licenciarme e incorporarme a filas. He ahí otra meta: pese a las ataduras de las aún rígidas convenciones que imperaban en el campus de una universidad mediana del Medio Oeste en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial, estaba decidido a tener relaciones sexuales antes de morir.

Después de la cena, subimos al coche y fuimos más allá del campus, a las afueras del pueblo, para aparcar en la carretera que bordeaba el cementerio. Ya eran algo más de las ocho, y disponía de menos de una hora para llevarla de vuelta a la residencia antes de que cerraran las puertas. No sabía donde más aparcar, aunque temía que el coche patrulla que circulaba por el callejón trasero del hostel se detuviera detrás del vehículo de Elwyn con las luces largas encendidas, que bajara uno de los agentes y se acercara para iluminar el asiento delantero con una linterna y preguntarle a ella: «¿Va todo bien, señorita?». Eso era lo que decían los policías cuando actuaban, y en Winesburg actuaban

continuamente.

Así pues, tenía que preocuparme por la policía y lo tardío de la hora —las ocho y diez— cuando apagué el motor del LaSalle y me volví para besarla; con total naturalidad, ella me devolvió el beso. Evita el rechazo... ¡detente aquí!, me ordené, pero esa advertencia era necia, y mi erección lo corroboraba. Deslicé con delicadeza la mano bajo su abrigo, le desabroché la blusa y moví los dedos sobre el sujetador. Ella reaccionó a aquel comienzo de acariciarla a través de la copa de tela del sostén abriendo más la boca mientras me besaba, ahora con el incentivo añadido del estímulo de su lengua. Me encontraba solo en un coche aparcado en una carretera a oscuras, una mano moviéndose dentro de la blusa de una muchacha cuya lengua se movía en el interior de mi boca, la misma lengua que vivía sola en la oscuridad de su boca y que ahora parecía el más promiscuo de los órganos. Hasta entonces la única lengua que había estado en mi boca era la mía, y esa idea casi bastaba para que me corriera. Eso sólo sería más que suficiente. Pero la rapidez con la que ella me había permitido actuar (y aquella lengua que se proyectaba, se restregaba, se deslizaba, me lamía los dientes, la lengua, que es como el cuerpo desprovisto de su piel) me impulsó a tratar de poner delicadamente su mano en la entrepierna de mis pantalones. Y, una vez más, no encontré la menor resistencia. *No hubo batalla alguna.*

Durante semanas no paré de dar vueltas a lo que sucedió a continuación. E incluso muerto, como lo estoy desde no sé cuánto tiempo hace, intento reconstruir las convenciones que imperaban en aquel campus y recapitular los penosos esfuerzos por eludir tales convenciones, causantes de la serie de percances que terminaron con mi muerte a los diecinueve años de edad. Incluso ahora (si puede decirse que «ahora» todavía significa algo), más allá de la existencia corpórea, vivo como estoy aquí (si «aquí» o «yo» significan algo) tan sólo como memoria (si «memoria», en rigor, es el medio que todo lo abarca y en el que me mantengo como «yo mismo»), sigo dándole vueltas a las acciones de Olivia. ¿Será éste el fin de la eternidad, rumiar una y otra vez sobre las nimiedades de toda una vida? ¿Quién podría haber imaginado que uno tendría que recordar constantemente cada momento de la vida hasta en su más minúsculo componente? ¿O acaso este más allá sea tan sólo el mío y, de la misma manera que cada vida es única, así también lo es la otra vida, cada una de ellas una huella dactilar imperecedera de un más allá distinto al de cualquier otro? No tengo manera de saberlo. Como en la vida, sólo sé lo que es, y en la muerte lo que es resulta ser lo que fue. No sólo estás encadenado a tu vida mientras la vives, sino que sigues atado a ella cuando te has ido. O, una vez más, tal vez eso sólo me ocurra a mí. ¿Quién podría habérmelo dicho? ¿Y habría sido la muerte menos aterradora si hubiera comprendido que no es una interminable

nada, sino que consiste en memoria que medita durante eones sobre sí misma? Aunque quizá esta perpetua rememoración no sea más que la antesala del olvido. Como no creyente, suponía que la otra vida carecía de reloj, de cuerpo, de cerebro, de alma, de dios... de cualquier cosa con forma, contorno o sustancia, descomposición absoluta. Desconocía que no sólo no carecía de la capacidad de recordar, sino que recordar lo sería todo. Tampoco tengo ni idea de si el recuerdo se produce desde hace tres horas o un millón de años. No es la memoria lo borrado aquí: es el tiempo. No hay interrupción: la otra vida también carece de sueño. A menos que sea todo sueño, y el sueño de un pasado desaparecido permanezca para siempre con el difunto. Pero, sea o no sueño, aquí no hay nada en qué pensar salvo en la vida pasada. ¿Convierte eso el « aquí » en infierno? ¿O en cielo? ¿Mejor que el olvido o peor? Cabría imaginar que al menos en la muerte se desvanecería la incertidumbre. Pero en la medida en que no tengo ni idea de dónde estoy, qué soy ni cuánto tiempo he de permanecer en este estado, la incertidumbre se revela duradera. Sin duda no es este el cielo espacioso de la imaginación religiosa, donde todas las buenas personas volvemos a estar juntas de nuevo, felices plenamente porque la espada de la muerte ya no pende sobre nuestras cabezas. Por cierto, tengo la fuerte sospecha de que aquí también puedes morirte. De lo que no cabe duda es de que aquí no puedes avanzar. No hay ninguna puerta. No hay días. La dirección (¿de momento?), es sólo hacia atrás. Y el juicio es interminable, aunque no porque te juzgue alguna deidad, sino porque tú mismo estás juzgando de forma insistente e incordiante tus acciones.

Si me preguntáis cómo es posible tal cosa, la memoria sobre la memoria y nada más que la memoria, no puedo responderos, desde luego, y no porque no existan un « tú » ni un « yo », como no existen un « aquí » y un « ahora », sino porque todo lo que existe es el pasado recordado, no recuperado, ojo, no aliviado de la inmediatez del reino de la sensación, sino tan sólo reproducido. ¿Y cuánto más de mi pasado puedo soportar? Al contarme una y otra vez mi propia historia todas las horas del día en un mundo sin horas, oculto y descarnado en esta gruta de la memoria, me siento como si llevara haciéndolo un millón de años. ¿Seguiré esto sin cesar jamás, con mis diecinueve añitos por siempre mientras todo lo demás está ausente, mis diecinueve añitos ineludiblemente aquí, presentes con insistencia, mientras que todo cuanto hizo reales los diecinueve años, mientras que todo cuanto le puso a uno directamente « en medio de », sigue siendo un fantasma lejano, muy lejano?

Entonces no podía creer, y, lo que es ridículo, sigo sin poder creerlo, que lo sucedido a continuación sucediera porque Olivia quiso que sucediera. Las cosas no solían funcionar así entre un muchacho criado de una manera convencional y una chica de buena familia cuando yo estaba vivo, corría 1951 y, por tercera vez en poco más de medio siglo, Estados Unidos volvía a estar en guerra. Desde

luego, jamás podría creer que lo sucedido tuviera algo que ver con que ella me encontrara atractivo, no digamos ya deseable.

¿Qué chica encontraba «deseable» a un chico en la Universidad de Winesburg? Yo, por lo menos, nunca había oído decir que las chicas de Winesburg, de Newark o de cualquier otra parte tuvieran tales sentimientos. Que yo supiera, a las chicas no las excitaba el deseo de esa manera; lo que las excitaba eran los límites, las prohibiciones, los tabúes rotundos, todo lo cual redundaba en beneficio de la que, al fin y al cabo, era la ambición primordial de la mayoría de mis condiscípulas coetáneas en Winesburg: reestablecer con un joven provisto de un salario seguro el mismo estilo de vida familiar del que se habían separado temporalmente al ir a la universidad, y hacerlo con la mayor rapidez posible.

Tampoco podía creer que Olivia hizo lo que hizo porque disfrutara con ello. Esa idea era demasiado pasmosa incluso para un chico inteligente y de mentalidad abierta como yo. No, lo que sucedió sólo pudo ser una consecuencia de algo que estaba mal en ella, aunque no necesariamente un defecto moral o intelectual; en clase me parecía dotada de una mente superior a la de cualquier chica a la que hubiera conocido, y durante la cena nada me llevó a pensar que su carácter no fuese totalmente estable. No, lo que hizo debió de haber sido causado por una anomalía. Es porque sus padres están divorciados, me dije. No había ninguna otra explicación a un enigma tan profundo.

Más tarde, cuando llegué a la habitación, Elwyn todavía estudiaba. Le devolví las llaves del LaSalle y él las cogió mientras seguía subrayando el texto de uno de sus libros de ingeniería. Llevaba el pantalón del pijama y una camiseta, y a su lado sobre la mesa había cuatro botellas de Coca-Cola vacías. Se tomaría por lo menos otras cuatro antes de dar por concluida la tarea alrededor de medianoche. No me sorprendió que no me preguntara por mi cita: él nunca salía con chicas ni tampoco asistía a los acontecimientos sociales de su fraternidad. En su instituto de Cincinnati había practicado lucha, pero al entrar en la universidad dejó de lado los deportes para dedicarse por completo a los estudios de ingeniería. Su padre era propietario de una empresa de remolcadores en el río Ohio, y él planeaba sucederle algún día al frente del negocio. En la consecución de su objetivo era incluso más pertinaz que yo.

Pero ¿cómo podía yo e lavarme, ponerme el pijama e irme a dormir sin decir nada a nadie sobre aquello tan extraordinario que me había ocurrido? Sin embargo, eso es lo que me propuse hacer, y casi lo logré, hasta que, después de permanecer unos quince minutos tendido en la litera mientras Elwyn seguía estudiando ante su escritorio, me incorporé de repente y le dije:

—Me la ha chupado.

—Ajá —replicó Elwyn sin volver la cabeza de la página que estaba estudiando.

—Me ha hecho una mamada.

—Ya —dijo Elwyn al cabo de un rato, como si le costara pronunciar la sílaba, para indicarme que iba a mantener su atención concentrada en su tarea sin importar lo que pasara por mi cabeza o me empeñara en contarle.

—Ni siquiera se lo pedí —continuó—. Ni en sueños se me habría ocurrido pedírselo. Ni siquiera la conozco. Y me la ha chupado. ¿Habías oído alguna vez una cosa así?

—No —respondió Elwyn.

—Es porque sus padres están divorciados.

Entonces se volvió a mirarme. Tenía la cara redonda, la cabeza grande, y sus facciones eran tan básicas que su modelo podría haber sido una calabaza de Halloween tallada por un niño. En conjunto, su hechura era tan utilitaria que no daba la impresión de que, como sucedía en mi caso, tuviera que mantener una firme vigilancia de sus emociones, en el supuesto de que tuviese alguna faceta indócil que necesitara control.

—¿Te ha dicho ella eso? —me preguntó.

—No me ha dicho nada. Sólo es una suposición. Lo ha hecho, eso es todo. Le puse la mano en mis pantalones, y ella, por sí sola, sin que yo hiciera nada más, me abrió la bragueta, me la sacó y lo hizo.

—Bien, Marcus, me alegro mucho por ti, pero, si no te importa, tengo trabajo que hacer.

—Quiero darte las gracias por prestarme el coche. Sin él, no habría ocurrido.

—¿Ha funcionado bien?

—Perfectamente.

—Claro. Acababa de engrasarlo.

—Debe de haberlo hecho antes —le dije a Elwyn—. ¿No te parece?

—Es posible —respondió.

—No sé qué pensar de ello.

—Está claro.

—No sé si debería volver a verla.

—Allá tú —dijo él de un modo tajante.

Y así, en silencio, permanecí tendido en la litera, sin poder conciliar apenas el sueño tratando de averiguar por mí mismo qué debía pensar de Olivia Hutton. ¿Cómo era posible que semejante felicidad fuese también una carga tan pesada? Yo, que debería ser el hombre más satisfecho de todo Winesburg, era en cambio el más desconcertado.

Por extraña que resultara la conducta de Olivia cuando pensaba en ella a solas, fue todavía más impenetrable cuando los dos nos presentamos en la clase de historia y, como de costumbre, nos sentamos juntos e inmediatamente empecé a recordar lo que había hecho... y mi reacción. En el coche, mi

sorpesa fue tal que permanecí inmóvil en el asiento contemplando cómo la parte posterior de su cabeza se movía sobre mi regazo, como si viera a una mujer que se lo hacía a alguien que no era yo. Cierta que no había visto hacer aquello hasta entonces, excepto en alguna « foto guarra », siempre con los bordes irregulares y el aspecto raído de haber pasado por las manos de centenares de chicos calientes, una foto que invariablemente se encontraba entre las posesiones más preciadas del muchacho renegado y con las notas más bajas del curso. Estaba como paralizado tanto por la complicidad como por la diligencia y la concentración que Olivia ponía en la tarea. ¿Cómo sabía ella lo que debía hacer o la manera de hacerlo? ¿Y qué pasaría si me corría, cosa que me pareció más que probable desde el primer momento? ¿No debería advertirla... si había tiempo para advertencias? ¿No debería eyacular cortésmente en mi pañuelo? ¿O abrir la portezuela del coche y rociar la calle del cementerio en vez de a alguno de nosotros? Sí, me dije, haría eso, me correría en la calle. Pero, por supuesto, no pude. Correrme en su boca... en cualquier cosa que no fuese el aire o un pañuelo de papel o un calcetín sucio, era algo absolutamente inimaginable, y por ello un aliciente demasiado formidable para que un novicio renunciara a él. Y aun así, Olivia no dijo nada.

Lo único que pude imaginar fue que, siendo hija de padres divorciados, lo que ella hiciera o le hicieran a ella le parecería bien. Transcurriría cierto tiempo antes de que cayera en la cuenta, como por fin ha sucedido (milenios después, por lo que sé), de que hiciera lo que hiciese yo también me parecía bien a mí.

Pasaron los días y no volví a pedirle que saliéramos juntos. Tampoco después de clase, cuando todos nos dispersábamos por el pasillo, intenté hablar de nuevo con ella. Entonces, una fría mañana de otoño, tropecé con Olivia en la librería estudiantil. No puedo decir que no hubiera estado deseando tropezarme con ella en alguna parte, pese al hecho de que cuando estábamos juntos en clase ignoraba por completo su presencia. Cada vez que doblaba una esquina de aquel campus, no sólo esperaba verla sino también oírme decirle: « Tenemos que salir de nuevo. He de verte. ¡Tienes que ser mía y de nadie más!» .

Ella llevaba un abrigo de piel de camello y calcetines altos de lana, y se cubría la cabellera castaño rojizo con un ceñido gorro de lana blanca con una bola roja afelpada en la parte superior. Recién llegada del exterior, con las mejillas enrojecidas y la nariz un poco goteante, parecía la última muchacha del mundo que le haría a alguien una mamada.

—Hola, Marc —me dijo.

—Ah, hola.

—Hice aquello porque me gustabas mucho.

—¿Perdona?

Ella se quitó el gorro y sacudió su melena, espesa y larga, no el cabello corto con una pequeña onda rizada sobre la frente, que era el peinado que llevaba la

mayoría de las alumnas en el campus.

—He dicho que hice aquello porque me gustabas —repitió. Sé que no puedes explicártelo. Sé que ése es el motivo de que no me hayas dicho nada y de que me rehúyas en clase. Así que yo te lo explico. —Separó los labios al sonreír, y pensé: «Con esos labios, sin que le acuciara, de una manera totalmente voluntaria...». ¡Y sin embargo era yo quien se comportaba con timidez!—. ¿Algún otro misterio? —me preguntó.

—Oh, no, así está bien.

—No está bien —replicó ella, ahora con el ceño fruncido, y cada vez que cambiaba de expresión su belleza también cambiaba. No era una sola chica guapa, era veinticinco chicas guapas diferentes. No podrías estar más distanciado de mí. No es cierto que lo ocurrido te parezca bien —dijo. Me gustó tu seriedad. Me gustó tu madurez durante la cena... o lo que tomé por madurez. Bromeé acerca de eso, pero me gustó tu profundidad. Nunca había conocido hasta entonces a un chico tan profundo. Me gustó tu aspecto, Marcus. Me sigue gustando.

—¿Habías hecho eso alguna vez con otro?

—Sí —respondió ella sin vacilación—. ¿No te lo había hecho nunca nadie?

—Ni de lejos.

—Así que piensas que soy una furcia —dijo ella, frunciendo el ceño de nuevo.

—No, de ninguna manera —me apresuré a asegurarle.

—Mientes. Por eso no me hablas. Porque soy una furcia.

—Me quedé sorprendido —repliqué—, eso es todo.

—¿No se te ha ocurrido que también me sorprendió a mí?

—Pero lo has hecho antes. Acabas de decírmelo.

—Ésa fue la segunda vez.

—¿Te sorprendió la primera vez?

—Estudiaba en Mount Holyoke. Fue en una fiesta, en Amherst. Estaba borracha. Todo aquello fue horrible. No sabía nada. Bebía continuamente. Por eso me cambiaron de escuela. Me suspendieron. Pasé tres meses en una clínica, haciendo una cura de desintoxicación. Ya no bebo. No tomo nada de alcohol y no volveré a hacerlo jamás. Esta vez, cuando lo hice, no estaba borracha. No estaba borracha ni loca. Quería hacértelo no porque sea una furcia, sino porque quería hacértelo. Quería darte eso. ¿No puedes comprender que quería darte eso?

—Por lo visto no puedo.

—Quería darte lo que deseabas —dijo enfáticamente. ¿Es imposible comprender esas palabras? No pueden ser más sencillas. Por Dios —añadió con enojo—, ¿qué es lo que te pasa?

La siguiente vez que estuvimos juntos en clase de historia, ella se sentó en una fila al fondo del aula para que no pudiera verla. Ahora que sabía que había tenido

que irse de Mount Holyoke porque bebía y que se había pasado tres meses en una clínica para dejar de beber, tenía razones incluso más poderosas para mantenerme alejado de ella. Yo no bebía, mis padres apenas lo hacían, ¿y qué tenía yo que ver con una persona que, antes de haber cumplido los veinte años, ya había estado hospitalizada por alcoholismo? Sin embargo, pese a mi convencimiento de que no debía tener más contacto con ella, le envié una nota por medio del correo interno de la universidad:

Querida Olivia:

Crees que te he rechazado por lo que ocurrió en el coche aquella noche. No se trata de eso. Como te expliqué, es porque nada ni remotamente parecido me había ocurrido antes. De la misma manera que ninguna chica me ha dicho nunca nada parecido a lo que me dijiste en la librería. He tenido amigas cuyo aspecto me ha gustado y a las que he dicho lo bonitas que eran, pero ninguna chica, antes de conocerte, me había dicho que le gustaba mi aspecto ni expresó su admiración por ninguna otra cosa acerca de mí. No es así como actuaban las chicas que he conocido antes o de las que he oído hablar, algo de lo que sólo me he dado cuenta después de que te sincerases conmigo en la librería. Eres diferente de todas las chicas que he conocido, y lo último que se podría decir de ti es que eres una furcia. Creo que eres maravillosa. Eres guapa. Eres madura. Tienes, lo admito, muchísima más experiencia que yo. Eso es lo que me desconcertó. Estaba desconcertado. Perdóname. Salúdame en clase.

MARC

Pero ella no me respondió; ni siquiera me miraba. Ahora era ella quien no quería tener nada que ver conmigo. La había perdido, y comprendí que no era porque sus padres estuvieran divorciados, sino porque los míos no lo estaban.

Por más que intentara convencerme de que estaba mejor sin Olivia y de que bebía por la misma razón por la que me había hecho una mamada, no podía dejar de pensar en ella. Le temía. Era algo tan penoso como con mi padre. Yo era mi padre. No le había dejado atrás en Nueva Jersey, constreñido por sus aprensiones y desquiciado por tremendas premoniciones. Allí, en Ohio, me había convertido en él.

Cuando la telefoneaba a su residencia, ella no se ponía al aparato. Cuando intentaba que hablara conmigo después de las clases, se marchaba. Volví a escribirle:

Querida Olivia:

Háblame. Mírame. Perdóname. Soy diez años mayor que cuando nos conocimos. Soy un hombre.

MARC

Debido a algo pueril en esas tres últimas palabras, pueril, suplicante y falso, llevé la carta en el bolsillo durante cerca de una semana antes de echarla al buzón del correo interno en el sótano de la residencia.

Recibí esta respuesta:

Querido Marcus:

No puedo verte. Sólo huirás nuevamente de mí, esta vez cuando veas la cicatriz de un lado a otro de mi muñeca. Si la hubieras visto la noche de nuestra cita, te hubiese dado una explicación sincera. Estaba dispuesta a hacerlo. No traté de ocultarla, pero lo que pasó es que no te fijaste en ella. Es la cicatriz dejada por una cuchilla de afeitar. En Mount Holyoke intenté suicidarme. Ése es el motivo de que pasara tres meses en la clínica. Era la clínica Menninger, en Topeka, Kansas. El Sanatorio y Hospital Psicopático Menninger. Te doy el nombre completo. Mi padre es médico y conoce a gente allí, por eso fue donde me ingresó mi familia. Usé la cuchilla de afeitar cuando estaba borracha, pero llevaba mucho tiempo pensando en hacerlo, todo ese tiempo en que no vivía pero iba de una clase a otra pretendiendo que vivía. De haber estado sobria, lo habría conseguido. Así que tres hurras por diez whiskies de centeno con ginger ale: por eso hoy estoy viva. Por eso, y por mi incapacidad de hacer nada bien. Ni siquiera el suicidio está a mi alcance. Ni siquiera de ese modo puedo justificar mi existencia. Culparme a mí misma es mi especialidad.

No lamento haber hecho lo que hice, pero no debemos hacer nada más. Olvidate de mí y sigue tu camino. Aquí no hay nadie como tú, Marcus. No sólo te has convertido en un hombre: es más que probable que lo hayas sido toda tu vida. No puedo imaginarte como un « chico » incluso cuando lo fuiste. Y, desde luego, nunca un chico como los que hay por aquí. No eres un alma cándida y no tiene sentido que estés aquí. Si sobrevives a la rigidez de las convenciones de este odioso lugar, tendrás un futuro excelente. De entrada, ¿por qué has venido a Winesburg? Yo estoy aquí precisamente porque es tan convencional, porque se supone que hará de mí una chica normal. Pero ¿y tú? Deberías estar estudiando filosofía en la Sorbona y viviendo en una buhardilla en Montparnasse. Ambos deberíamos. ¡Adiós, hombre admirable!

Leí la carta dos veces más, y entonces, aunque no me servía de nada, grité: « ¡Aquí no hay nadie como tú! ¡Tú tampoco eres un alma cándida! ». La había visto usar su Parker 51 para tomar apuntes en clase, una pluma de carey marrón y roja, pero hasta entonces no había visto su caligrafía ni cómo firmaba con la punta de aquella pluma, la estrecha forma de la « O », la extraña altura a la que ponía los puntos de las dos « i », la larga y elegante cola curvada hacia arriba al final de la « a » que cerraba la palabra. Me llevé la hoja de papel a los labios y besé la « O ». La besé una y otra vez. Entonces, impulsivamente, con la punta de la lengua me puse a lamer la tinta de la firma, con la paciencia de un gato que bebe de su cuenco de leche lamí hasta que desapareció la « O », la « l », la « i », la « v », la segunda « i », la « a » ... lamí hasta que la cola curvada hacia arriba se esfumó por completo. Me había bebido su escritura. Me había comido su nombre. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no comerme la carta entera.

Aquella noche no pude concentrarme en el estudio, pues seguía fascinado por la carta de Olivia, la leía y releía, la leía de arriba abajo, luego de abajo arriba, empezando por « hombre admirable » y concluyendo con « No puedo verte ». Al final interrumpí a Elwyn en su escritorio y le pedí que la leyera y me dijese qué opinaba. Al fin y al cabo, era mi compañero de habitación, en cuya compañía me pasaba horas estudiando y durmiendo. « Nunca antes había recibido una carta como ésta, le dije ». Tal fue la desconcertante cantinela durante todo aquel último año de mi vida: nunca antes nada como aquello. Darle semejante carta a Elwyn, a Elwyn, que quería dirigir una empresa de remolcadores en el río Ohio, era, por supuesto, un error tan grande como estúpido.

—¿Ésta es la que te la chupó?—me preguntó cuando terminó de leerla.

—Bueno... sí. —¿En el coche?—Bueno, ya lo sabes... sí.

—Estupendo —replicó. Lo único que necesito es que una zorra como ésa se abra las venas en mi LaSalle.

Me enfureció que llamara zorra a Olivia, y en aquel momento decidí buscarme otra habitación y un nuevo compañero. Tardé una semana en descubrir un cuarto libre en la última planta de Neil Hall, la residencia más antigua del campus, que se remontaba a la época de los inicios del centro como seminario baptista, y que era un edificio al que, pese a sus escaleras de incendios exteriores, todo el mundo se refería como la Trampa Incendiaria. La habitación que encontré llevaba años vacante antes de que volviera a cumplimentar los formularios en la secretaría del decano de los alumnos varones y me mudara. Situada en el extremo de un pasillo con un crujiente suelo de madera, era una alta y estrecha buhardilla minúscula, que tenía el aspecto de no haber sido limpiada desde que construyeron Neil Hall, un año después de finalizar la guerra civil.

Había querido recoger mis cosas y abandonar la habitación de Jenkins Hall sin tener que ver a Elwyn y explicarle por qué me iba. Quería desaparecer y no tener que aguantar nunca más aquellos silencios suyos. No podía soportar su silencio y no podía soportar lo poco que decía, y la mala gana con que lo decía, cuando se dignaba hablar. No me había percatado de lo mucho que me desagradaba Elwyn incluso antes de que llamara zorra a Olivia. Los silencios ininterrumpidos me hacían pensar que, por alguna razón, me desaprobaba: porque era judío, porque no estudiaba ingeniería, porque no estaba en ninguna fraternidad, porque no me interesaba chapucear con motores de automóvil o tripular remolcadores, porque no era algo distinto a lo que era, o, sencillamente, porque mi existencia le traía sin cuidado. Sí, me había dejado su preciado LaSalle cuando se lo pedí, algo que por un momento pareció indicar que había entre nosotros más compañerismo del que él era capaz o estaba dispuesto a manifestarme, o tal vez que en ocasiones era lo bastante humano para hacer algo desprendido e inesperado. Pero entonces llamó zorra a Olivia, y le desprecié por ello. Olivia Hutton era una chica extraordinaria que por alguna razón se volvió alcohólica en Mount Holyoke y que intentó trágicamente poner fin a su vida con una cuchilla de afeitar. No era una zorra. Era una heroína.

Aún estaba haciendo mis dos maletas cuando, inesperadamente, en pleno día, entró Elwyn, pasó por mi lado, recogió un par de libros que estaban al final de su mesa, se dio media vuelta y se encaminó a la puerta, como de costumbre sin decir nada.

—Me mudo de habitación —le dije.

—¿Y qué?

—Vete a la mierda —repliqué.

Dejó los libros y me dio un puñetazo en la mandíbula. Tuve la sensación de que iba a desplomarme, luego de que iba a marearme, y entonces, llevándome la mano al lugar donde me había golpeado para comprobar si sangraba o el hueso estaba roto o me había partido los dientes, le vi volver a coger los dos libros y salir del cuarto.

No comprendía a Elwyn, no comprendía a Flusser, no comprendía a mi padre, no comprendía a Olivia... no comprendía nada ni a nadie. (Otro gran tema del último año de mi vida). ¿Por qué una chica tan guapa, tan inteligente y tan sofisticada querría morir a los diecinueve años? ¿Por qué se había vuelto alcohólica en Mount Holyoke? ¿Por qué había querido chupármela? ¿Para «darme» algo, como ella había dicho? No, eso no explicaba del todo lo que había hecho, pero se me escapaba qué otra cosa podría ser. No todo podía achacarse al divorcio de sus padres. ¿Y qué diferencia habría si ésa fuese toda la explicación? Cuanto más me mortificaba pensando en ella, más la quería; cuanto más me dolía la mandíbula, más la quería. En defensa de su honor, me habían golpeado en la cara por primera vez en mi vida, y ella no lo sabía. Me estaba

mudando a Neil Hall por ella, y ella tampoco lo sabía. Estaba enamorado de ella, y ella no lo sabía... yo mismo acababa de descubrirlo. (Otro tema: acabar de descubrir cosas). Me había enamorado de una exalcohólica adolescente e interna de un sanatorio psiquiátrico que había fracasado en su intento de suicidarse con una cuchilla de afeitar, una chica que era hija de padres divorciados, y gentil para más inri. Me había enamorado de ella... o de la locura de enamorarme de ella, la misma chica con la que mi padre debía de haberme imaginado en la cama aquella primera noche en que me cerró la puerta con llave para no dejarme entrar en casa.

Querida Olivia:

Vi la cicatriz durante la cena. No resultaba difícil suponer cómo había llegado ahí. No dije nada, porque si tú no querías hablar de ello, ¿por qué habría de hacerlo yo? También supuse, cuando me dijiste que no querías beber nada, que eras una persona que antes solía beber en exceso. No había nada en tu carta que me cogiera por sorpresa.

Me gustaría mucho que al menos pudiéramos dar juntos un paseo...

Iba a escribir « un paseo por el riachuelo Wine », pero no lo hice por temor a que ella se lo tomara como una perversa alusión a que tal vez quisiera arrojarse a la corriente. No sabía qué estaba haciendo al mentirle sobre que había reparado en la cicatriz, y agravar luego la mentira diciéndole que había comprendido por mi cuenta que tuvo un problema con la bebida. Hasta que me habló de su alcoholismo en la carta, y a pesar de las borracheras que había presenciado cada fin de semana mientras trabajaba en el Willard, no tenía la menor idea de que alguien tan joven pudiera ser alcohólico. Y en cuanto a aceptar con ecuanimidad la cicatriz de su muñeca... bueno, esa cicatriz, en la que no me había fijado la noche de nuestra cita, era ahora lo único en lo que podía pensar.

¿Señalaría ese momento el comienzo de una acumulación de errores en mi vida (si hubiera tenido una vida en la que cometerlos)? Pensé que, en todo caso, señalaba el comienzo de mi edad viril. Entonces me pregunté si ambas cosas habían coincidido. Lo único que sabía era que la cicatriz lo había conseguido. Estaba paralizado de asombro. Nunca antes me había sentido tan excitado por nada. El historial de alcoholismo, la cicatriz, el sanatorio, la fragilidad, la fortaleza... era cautivo de todo ello. Del heroísmo de todo ello.

Finalicé la carta:

Si siguieras sentándote a mi lado en la clase de historia, podría concentrarme en la asignatura. No dejo de pensar en ti, sentada detrás

de mí, en vez de pensar en lo que estamos estudiando. Miro el espacio que antes ocupaba tu cuerpo, y la tentación de volver la cabeza me distrae continuamente... porque, admirable Olivia, no deseo nada más que estar cerca de ti. Adoro tu aspecto y estoy loco por tu exquisito cuerpo.

Consideré si debía escribir « estoy loco por tu exquisito cuerpo, con cicatriz y todo» . ¿Parecería insensible que me tomase a la ligera su cicatriz, o bien parecería un signo de madurez? Para curarme en salud, no escribí « con cicatriz y todo», pero añadí una críptica posdata: « Me mudo a Neil Hall debido a un desacuerdo con mi compañero de habitación», y envié la carta a través del correo interno del campus.

Ella no volvió a sentarse a mi lado en clase, sino que optó por permanecer al fondo del aula, fuera de mi vista. De todos modos, diariamente a mediodía iba corriendo a mi buzón del sótano de Jenkins para ver si me había respondido. Diariamente durante una semana me encontré con un buzón vacío, y cuando por fin apareció una carta era del decano de los varones.

Querido señor Messner:

Ha llegado a mi conocimiento que se ha instalado en Neil Hall tras haber ocupado ya brevemente dos habitaciones distintas en Jenkins. Me preocupan tantos cambios de residencia por parte de un alumno transferido que lleva menos de un semestre en Winesburg como estudiante de segundo curso. ¿Tendría la amabilidad de ponerse en contacto con mi secretaria para concertar una cita en mi despacho un día de esta semana? Sería conveniente que mantuviéramos una pequeña reunión, y estoy seguro de que resultará muy provechosa para ambos.

Sinceramente suyo,

HAWES D. CAUDWELL,
decano de los varones

La reunión con el decano Caudwell quedó fijada para el siguiente miércoles, un cuarto de hora después de que terminara el servicio religioso a mediodía. Aunque Winesburg se convirtió en una universidad no confesional sólo dos décadas después de su fundación como seminario, uno de los últimos vestigios de los primeros tiempos, cuando asistir a los servicios religiosos era una práctica diaria, radicaba en el requisito estricto de que el alumno asistiera al servicio religioso de los miércoles, de once a doce, cuarenta veces antes de graduarse. El

contenido religioso de los sermones se había diluido en, o camuflado como, una charla sobre un elevado tema moral, y los oradores no siempre eran clérigos: en ocasiones había lumbreras religiosas, como el presidente de la Iglesia Luterana Unida de América, pero una o dos veces al mes los oradores eran miembros del profesorado de Winesburg o de universidades cercanas, jueces locales o legisladores de la asamblea estatal. Sin embargo, más de la mitad de las veces quien se colocaba ante el facistol en la iglesia era el doctor Chester Donehower, presidente del departamento de religión de Winesburg y ministro baptista, cuyo tema invariable era «Cómo formarnos un juicio personal a la luz de las enseñanzas bíblicas». Había un coro de unos cincuenta estudiantes vestidos con toga, de los cuales unos dos tercios eran chicas, y todas las semanas cantaban un himno cristiano para abrir y cerrar la sesión. En época navideña y por Pascua el coro interpretaba piezas musicales apropiadas a las festividades, y esas ocasiones eran las más populares del año. A pesar de que por entonces la universidad llevaba ya cerca de un siglo secularizada, los servicios no se celebraban en una de las salas públicas del centro, sino en una iglesia metodista, la más importante de la ciudad, a medio camino entre la calle Main y el campus, y la única lo bastante grande para acomodar al cuerpo estudiantil.

Yo era totalmente contrario a todo lo relacionado con la asistencia al servicio religioso, empezando por el lugar de reunión. No me parecía justo tener que sentarme en una iglesia cristiana a escuchar durante cuarenta y cinco o cincuenta minutos al doctor Donehower o cualquier otro predicándome contra mi voluntad a fin de poder licenciarme por una institución seglar. Me oponía no porque fuese un judío practicante, sino porque era un ferviente ateo.

En consecuencia, al final de mi primer mes en Winesburg, tras haber escuchado un segundo sermón del doctor Donehower incluso más arrogante que el primero sobre el «ejemplo de Cristo», al salir de la iglesia regresé directamente al campus y me dirigí a la sección de referencias de la biblioteca a fin de examinar los catálogos universitarios reunidos allí, en busca de otra universidad en la que matricularme, una donde pudiera seguir estando libre de la vigilancia de mi padre, pero donde no estuviera obligado a comprometer mi conciencia escuchando las chorradas bíblicas a las que no soportaba estar sometido. A fin de librarme de mi padre, había elegido una universidad a quince horas en coche desde Nueva Jersey, a la que era difícil llegar en autobús o tren, y a más de ochenta kilómetros del aeropuerto comercial más cercano, pero sin tener ni idea de las creencias en las que se adoctrinaba a los jóvenes como algo normal en las profundidades del corazón de América.

Para poder aguantar el segundo sermón del doctor Donehower, me parecía necesario evocar mentalmente una canción cuyo brioso ritmo y letra marcial había aprendido en la escuela elemental, cuando la segunda guerra mundial estaba en su apogeo y todas las semanas teníamos una reunión, destinada a

fomentar las virtudes patrióticas, en la que los niños cantábamos al unísono las canciones de las fuerzas armadas. « Las anclas levadas », de la armada, « Las cureñas avanzan », del ejército, « Nos vamos más allá del indómito azul », de la aviación, « Desde las cámaras de Moctezuma », del cuerpo de marines, junto con las canciones de la unidad naval Seabees y el WAC, el Cuerpo Militar Femenino. También cantábamos el que nos dijeron que era el himno nacional de nuestros aliados chinos en la guerra iniciada por los japoneses. Decía así:

*¡Alzaos, los que os negáis a ser esclavos!
¡Con nuestra carne y nuestra sangre
levantaremos una nueva Gran Muralla!
La nación china se enfrenta a su mayor peligro.
La indignación llena los pechos de nuestros compatriotas,
¡alzaos! ¡Alzaos! ¡Alzaos!
¡Millones de corazones que laten al unísono,
desafiando el fuego enemigo,
marchemos!
¡Desafiando el fuego enemigo, marchemos, marchemos adelante!*

Debí de haber cantado ese himno en mi mente unas cincuenta veces durante el segundo sermón del doctor Donehower, y luego otras cincuenta mientras el coro cantaba sus himnos cristianos, y cada vez recalcando con especial énfasis cada una de las cuatro sílabas que se fusionaban para formar el sustantivo « indignación » .

El despacho del decano de los estudiantes varones estaba ubicado entre una serie de oficinas administrativas alineadas a lo largo del corredor de la primera planta de Jenkins Hall. La residencia masculina, donde había dormido en una litera primero debajo de Bertram Flusser y luego debajo de Elwyn Ayers, ocupaba la segunda y tercera plantas. Cuando entré en el despacho desde la antesala, el decano se levantó y rodeó el escritorio para estrecharme la mano. Era delgado y ancho de hombros, carilargo, los ojos de un azul brillante y una espesa cabellera plateada, un hombre alto, probablemente al final de la cincuentena, que aún se movía con la agilidad del joven astro del atletismo en tres deportes que fue en Winesburg poco antes de la primera guerra mundial. De las paredes pendían fotos de los equipos atléticos en los campeonatos de Winesburg, y en una peana detrás de su mesa había un balón de bronce. Los únicos libros visibles en el despacho eran los volúmenes del anuario de la universidad, el *Nido del búho*, colocados por orden cronológico en una vitrina a sus espaldas.

Me indicó con un gesto que me sentara en la silla frente a él, y mientras volvía a su lado de la mesa, me dijo en tono amigable:

—Quería que viniera para poder conocernos y ver si puedo serle de alguna ayuda en su proceso de adaptación a Winesburg. Veo por su expediente académico —alzó de su mesa un dossier de papel marrón claro cuyo contenido había estado hojeando cuando entré— que sus notas no bajaron de sobresaliente durante el primer año. No quisiera que nada en Winesburg interfiriese lo más mínimo en tan espléndido expediente académico.

Yo tenía la camiseta empapada en sudor incluso antes de tomar asiento y pronunciar con fría formalidad mis primeras palabras. Y, naturalmente, estaba todavía sobreexcitado y agitado tras el acto religioso, no sólo por el sermón del doctor Donehower, sino también por mis indómitas vocalizaciones interiores del himno nacional chino.

—Tampoco yo lo quisiera, señor —repliqué.

No había tenido la intención de llamar «señor» al decano, aunque no era algo inusual que la timidez, bajo la guisa de una gran formalidad, me abrumara siempre que me encontraba por primera vez ante una persona de autoridad. No es que tuviera exactamente el impulso de arrastrarme a sus pies, pero me sentía bastante intimidado y la única manera en que podía superarlo era hablando con más franqueza de la que requería la entrevista. Una y otra vez salía de tales encuentros reprochándome la timidez inicial y luego la innecesaria sinceridad con que la vencía, y jurándome que en el futuro respondería con la máxima brevedad a cualquier pregunta que me hicieran y, por lo demás, mantendría la calma con la boca cerrada.

—¿Ve alguna dificultad potencial en el horizonte de sus estudios entre nosotros? —me preguntó el decano.

—No, señor. No veo ninguna, señor.

—¿Cómo le va con las tareas de las clases?

—Creo que bien, señor.

—¿Obtiene de las asignaturas todo lo que esperaba?

—Sí, señor.

En rigor, eso no era cierto. Mis profesores o bien eran demasiado estirados o bien demasiado campechanos para mi gusto, y durante aquellos primeros meses en el campus aún no había encontrado ninguno tan fascinante como los que tuve durante mi primer año en Robert Treat. Casi todos los profesores que tuve allí recorrían a diario los veinte kilómetros desde Nueva York a Newark para darnos clase, y me parecían rebosantes de energía y opiniones (algunas de ellas decididamente y sin reparos opiniones de izquierdas, pese a las presiones políticas imperantes), algo que no caracterizaba a sus colegas del Medio Oeste. Un par de los que tuve en Robert Treat eran judíos, excitables de una manera que no me resultaba nada desconocida, pero incluso los tres que no eran judíos hablaban

mucho más deprisa y de un modo más combativo que los profesores de Winesburg, y traían consigo a la clase, desde el bullicio al otro lado del Hudson, una actitud más mordaz, más dura y más vital, que no ocultaba necesariamente sus aversiones. Por la noche, acostado y con Elwyn dormido en la litera superior, a menudo pensaba en aquellos magníficos profesores que había sido tan afortunado de tener allí, a los que recibí con entusiasmo y que fueron los primeros en proporcionarme el acceso al auténtico conocimiento, y, con unos sentimientos de ternura imprevistos y casi abrumadores, pensaba en los amigos del equipo de primer curso, como mi compinche italiano Angelo Spinelli, a todos los cuales ahora había perdido. En Robert Treat nunca había tenido la sensación de que existiera un estilo de vida antiguo que todos los miembros del profesorado protegían, algo que difería radicalmente de lo que pensaba en Winesburg cada vez que oía a sus guardianes entonar las virtudes de su « tradición ».

—¿Se relaciona usted lo suficiente? —me preguntó Caudwell—. ¿Sale por ahí para conocer a los demás alumnos?

—Sí, señor.

Esperé a que me pidiera enumerar a aquéllos a los que había conocido hasta entonces, suponiendo que entonces anotaría sus nombres en el bloc que tenía delante, en cuya parte superior estaba escrito mi nombre de su puño y letra, y que les haría acudir a su despacho para averiguar si le había dicho la verdad. Pero se limitó a llenar un vaso de agua de una jarra que descansaba sobre una mesita situada detrás de su escritorio, y me lo ofreció.

—Gracias, señor.

Tomé un sorbo de agua con cuidado, para que no se me fuera por el otro lado y me hiciera toser de un modo incontrolable. También noté un intenso rubor al comprender que al decano le había bastado con escuchar mis primeras respuestas para presuponer lo seca que se me había vuelto la boca.

—Entonces el único problema es que parece tener cierta dificultad para adaptarse a la vida de la residencia estudiantil —dijo el decano. ¿Es así? Como le decía en mi carta, estoy un poco preocupado porque ya se ha alojado en tres habitaciones distintas en las pocas semanas que lleva aquí. ¿Podría decirme cuál es, a su juicio, el problema?

La noche anterior había ideado una respuesta, pues sabía que mis continuos cambios de cuarto serían el principal tema de la reunión. Pero ahora no recordaba qué era lo que había planeado decir.

—¿Podría repetir la pregunta, señor?

—Tranquilícese, hijo —respondió Caudwell. Tome un poco más de agua.

Le obedecí. Pensé que iban a expulsarme de la universidad. Iban a pedirme que abandonara Winesburg por haberme mudado demasiadas veces. Así es como iba a acabar todo. Expulsado, llamado a filas, enviado a Corea y muerto.

—¿Cuál es el problema con su alojamiento, Marcus?

—En la primera habitación que me asignaron... —sí, allí estaban, las palabras que había anotado y memorizado—... uno de mis tres compañeros siempre ponía en marcha su fonógrafo después de que me hubiera acostado y no podía dormir. Y necesito dormir para poder estudiar. La situación era insoportable.

En el último momento me había decidido por « insoportable » en lugar de « insufrible », el adjetivo que había ensayado la noche anterior.

—Pero ¿no podían sentarse los dos y acordar una hora para usar el fonógrafo que les conviniera a ambos? —me preguntó Caudwell. ¿Tenía que cambiarse de cuarto? ¿No había otra elección?

—Sí, tenía que cambiarme.

—No hubo modo de llegar a un compromiso.

—Con él no, señor.

No pasé de ahí, confiando en que el decano me considerase digno de admiración por proteger a Flusser al no mencionar su nombre.

—¿Es a menudo incapaz de llegar a un compromiso con personas con las que no está de acuerdo?

—Yo no diría « a menudo », señor. No diría que una cosa así me haya ocurrido antes.

—¿Y qué me dice de su segundo compañero de habitación? Tampoco parece haber ido bien la convivencia con él. ¿Me equivoco?

—No, señor.

—¿Por qué cree que ha sido así?

—Nuestros intereses no eran compatibles.

—De modo que tampoco cabía la posibilidad de llegar a un compromiso.

—No, señor.

—Y, por lo que veo, ahora vive usted solo. Vive solo bajo los aleros de Neil Hall.

—A estas alturas del semestre, ha sido la única habitación libre que he podido encontrar, señor.

—Tome un poco más de agua, Marcus. Le ayudará.

Pero ya no tenía la boca seca, y tampoco seguía sudando. En realidad, estaba enojado por su comentario de « Le ayudará », cuando consideraba que había superado lo peor de mi nerviosismo y estaba actuando tan bien como cabía esperar de alguien de mi edad en aquella situación. Estaba enojado, estaba humillado, estaba resentido, y ni siquiera miré en la dirección del vaso. ¿Por qué debía soportar aquel interrogatorio tan sólo por haberme mudado de una habitación a otra en busca de la tranquilidad que necesitaba para realizar mis tareas académicas? ¿Qué le importaba al decano? ¿No tenía nada mejor que hacer que interrogarme sobre mi alojamiento en la residencia? Era un alumno que sacaba sobresalientes... ¿por qué no era eso suficiente para todos mis mayores siempre insatisfechos (y con eso me refería a dos, al decano y a mi

padre)?

—¿Y qué me dice de la fraternidad a la que quiere unirse? Supongo que es ahí donde come.

—No busco unirme a ninguna fraternidad, señor. No me interesa la vida de esas asociaciones.

—Entonces, ¿cuáles diría que son sus intereses?

—Mis estudios, señor. Aprender.

—Eso es sin duda admirable. Pero ¿nada más? ¿Se ha relacionado con alguien desde su llegada a Winesburg?

—Trabajo los fines de semana, señor. Trabajo en el hostel como camarero del bar. Lo necesito para ayudar a mi padre a cubrir los gastos de mi educación, señor.

—No tiene por qué hacerlo, Marcus... puede dejar de llamarme señor. Llámeme decano Caudwell, o decano si lo prefiere. Winesburg no es una academia militar, y tampoco estamos a comienzos de siglo. Estamos en mil novecientos cincuenta y uno.

—No me molesta llamarle señor, decano.

Pero sí que me molestaba. Lo odiaba. ¡Por eso lo hacía! Quería tomar la palabra «señor» y metérsela por el culo, por haberme elegido para acudir a su despacho y someterme a semejante interrogatorio. Era un alumno que sacaba sobresalientes. ¿Por qué no le bastaba eso a todo el mundo? Trabajaba los fines de semana. ¿Por qué no le bastaba eso a todo el mundo? Ni siquiera podía recibir mi primera mamada sin preguntarme, mientras estaba en ello, qué era lo que había ido mal para permitirme recibirla. ¿Por qué tampoco eso le bastaba a todo el mundo? ¿Qué más tenía que hacer para demostrar mi valía a la gente?

Al momento el decano mencionó a mi padre.

—Aquí dice que su padre es carnicero kosher.

—No lo creo, señor. Recuerdo haber escrito sólo «carnicero». Es lo que escribo en cualquier solicitud, estoy seguro de ello.

—Bueno, eso es lo que escribió. Sólo estoy presuponiendo que es un carnicero kosher.

—Lo es. Pero no es lo que yo puse en la solicitud.

—De acuerdo, pero no es inexacto, ¿verdad?, identificarlo con más precisión como un carnicero kosher.

—Pero tampoco nada de lo que escribí es inexacto.

—Siento curiosidad por saber por qué no puso la palabra «kosher», Marcus.

—No pensé que fuera relevante. Si el padre de un alumno que ingresara en el centro fuese dermatólogo, ortopedista o tocólogo, ¿no se limitaría a poner «médico» o «doctor»? En fin, eso es lo que supongo.

—Pero kosher no pertenece a la misma categoría.

—Si lo que me pregunta, señor, es si trataba de ocultar la religión en la que

nací, la respuesta es no.

—Bien. Desde luego, espero que así sea. Me alegra saberlo. Todo el mundo tiene derecho a practicar abiertamente su credo religioso, y eso es tan cierto en Winesburg como en el resto de este país. Por otro lado, observo que en el apartado « preferencia religiosa » no escribió usted « judío », pese a que es de extracción judía y, en consonancia con el esfuerzo de la universidad por ayudar a los alumnos a alojarse con otros de su mismo credo, a usted se le asignaron inicialmente unos compañeros de habitación judíos.

—No escribí nada en el apartado de preferencia religiosa, señor.

—Ya lo veo. Y me pregunto por qué.

—Porque no tengo ninguna. Porque no prefiero la práctica de una religión a otra.

—¿Qué le proporciona, pues, sustento espiritual? ¿A quién reza cuando necesita consuelo?

—No tengo necesidad de hacerlo. No creo en Dios y no creo en la oración.

—Como miembro del equipo de debates del instituto, me había ganado fama de dejar bien clara mi postura... y eso es lo que hice. Me sustenta lo que es real y no lo imaginario. Rezar, para mí, es ridículo.

—¿Cree que lo es? —replicó el decano con una sonrisa. Y, sin embargo, muchos millones de personas lo hacen.

—Millones de personas creyeron que la Tierra era plana, señor.

—Sí, eso es cierto. Pero ¿puedo preguntarle, Marcus, sólo por curiosidad, cómo se las arregla para ir por la vida, esta vida nuestra inevitablemente llena de padecimientos y tribulación, careciendo de guía religiosa o espiritual?

—Saco sobresaliente en todo, señor.

Esta respuesta provocó una segunda sonrisa, una sonrisa de condescendencia que me gustó todavía menos que la primera. Ahora estaba dispuesto a despreciar al decano Caudwell con todo mi ser por obligarme a pasar por aquella tribulación.

—No le he preguntado por sus calificaciones —me dijo. Sé cuáles son. Tiene todo el derecho a sentirse orgulloso de ellas, y a se lo he dicho.

—En ese caso, señor, conoce la respuesta a su pregunta sobre cómo me las arreglo sin ninguna guía religiosa o espiritual. Me las arreglo muy bien.

Me daba cuenta de que había empezado a irritarle, y de una manera que no podía hacerme ningún bien.

—Pues, si me permite decirlo —replicó el decano—, no me parece que se las arregle tan bien. Al menos no parece llevarse bien con la gente con quien comparte habitación. Por lo visto, en cuanto surge una diferencia de opinión entre usted y uno de sus compañeros, recoge sus cosas y se marcha.

—¿Qué tiene de malo una solución como la de marcharse discretamente? —le pregunté, y dentro de mi cabeza empecé a oírme cantar: « ¡Alzaos, los que os

negáis a ser esclavos! ¡Con nuestra carne y nuestra sangre levantaremos una nueva Gran Muralla!» .

—Nada, por supuesto, de la misma manera que no tiene nada de malo la solución de resolverlo discretamente y quedarse. Mire dónde ha terminado: en la habitación menos codiciada de todo el campus. Una habitación en la que nadie ha querido vivir ni ha vivido desde hace muchos años. Con franqueza, no me gusta la idea de que esté ahí solo. Es el peor cuarto de Winesburg, sin excepción. Ha sido el peor cuarto en el peor piso de la peor residencia durante el último siglo. En invierno está helado y a comienzos de primavera ya es una sauna llena de moscas. Y es ahí donde ha decidido pasar sus días y noches como estudiante de segundo curso.

—Pero no vivo allí, señor, porque no tenga creencias religiosas... si es eso lo que está sugiriendo de una manera indirecta.

—¿Cuál es entonces el motivo?

—Ya se lo he explicado —respondí, mientras en mi cabeza cantaba a voz en cuello: «La nación china se enfrenta a su mayor peligro». En mi primera habitación no podía dormir lo suficiente porque uno de los compañeros insistía en poner discos a horas intempestivas y recitar en voz alta en plena noche, y en la segunda habitación no podía convivir con alguien cuya conducta me parecía intolerable.

—Parece tener usted un problema con la tolerancia, joven.

—Nunca antes había oído decir nada así acerca de mí, señor —dije en el mismo instante en que interiormente cantaba la palabra más hermosa de la lengua inglesa: « ¡In—dig—na—ción!» .

De repente me pregunté cómo se diría en chino. Quería aprenderla e ir por el campus gritándola a pleno pulmón.

—Al parecer, hay varias cosas que nunca antes había oído decir usted acerca de su persona —replicó. Pero « antes » vivía en su casa, en el seno de su familia. Ahora es un adulto y vive entre otros mil doscientos, y aquí, en Winesburg, aparte de sus estudios, ha de aprender a convivir con los demás y ser tolerante con personas que no son calcos de usted.

Estimulado por mi inaudible canto, le espeté:

—Entonces, ¿por qué no muestran ellos alguna tolerancia hacia mí? Lo siento, señor, no es mi intención ser irrespetuoso o insolente. Pero —y, para mi propio asombro, inclinándome hacia delante, golpeé su mesa con el puño— ¿cuál es exactamente el delito que he cometido? Sí, me he mudado un par de veces, me he trasladado de una residencia a otra... ¿Se considera eso un delito en la Universidad de Winesburg? ¿Me convierte eso en culpable?

Se echó agua en un vaso y bebió un largo trago. Ah, si hubiera podido servírsela amablemente. Si hubiera podido ofrecerle el vaso y decirle: « Cállese, decano. Tome un poco de agua, ¿quiere?» .

En sus labios apareció una sonrisa generosa.

—¿Ha dicho alguien que sea un delito, Marcus? Muestra usted un gusto por la exageración histriónica. No le beneficia y es una característica sobre la que debería reflexionar. Ahora dígame, ¿qué tal se lleva con su familia? ¿Va todo bien en casa entre sus padres y usted? Veo en esta solicitud, donde manifiesta carecer de preferencia religiosa, que también dice no tener hermanos. Son tres personas en la familia, si lo que ha escrito aquí es exacto.

—¿Por qué no habría de ser exacto, señor? —Cállate, me dije. ¡Cállate y, a partir de ahora, deja de marchar adelante! Pero no podía. No podía porque el gusto por la exageración no era mío sino del decano: aquel mismo encuentro se debía a que él había dado una importancia exagerada al lugar donde había decidido alojarme—. He sido exacto al indicar que mi padre es carnicero —proseguí. Es carnicero. No soy sólo yo quien diría que lo es. Él mismo diría que es carnicero. Es usted quien lo ha descrito como carnicero kosher, lo cual no me parece mal. Pero eso no justifica la insinuación de que de alguna manera he sido inexacto al rellenar mi solicitud de ingreso en Winesburg. Para mí no ha sido ninguna inexactitud dejar en blanco el apartado de preferencia religiosa...

—Si me permite interrumpirle, Marcus... ¿Qué tal se llevan los tres, desde su perspectiva? Ésa es la pregunta que le he hecho. Usted, su madre y su padre... ¿cómo se llevan? Deme una respuesta sin rodeos, por favor.

—Mi madre y yo nos llevamos perfectamente bien. Siempre ha sido así. Y lo mismo puedo decir con respecto a mi padre durante la mayor parte de mi vida. Desde el último año de la escuela primaria hasta que ingresé en Robert Treat, trabajé para él a tiempo parcial en la carnicería. Estábamos tan unidos como pueden estarlo un padre y un hijo. Últimamente ha habido cierta tensión entre nosotros que nos ha disgustado a ambos.

—¿A qué se debe esa tensión, si puedo preguntárselo?

—Mi independencia le ha preocupado de una manera innecesaria.

—¿Innecesaria porque no tiene ninguna razón de ser?

—Ninguna en absoluto.

—¿Está preocupado, por ejemplo, por su incapacidad de adaptarse a sus compañeros de habitación aquí en Winesburg?

—No le he hablado de mis compañeros. No me ha parecido que eso tuviera importancia. Tampoco «incapacidad de adaptarse» es una manera correcta de describir el conflicto, señor. No quiero que problemas superfluos me distraigan de mis estudios.

—Yo no consideraría sus dos cambios de habitación en menos de dos meses un problema superfluo, y estoy seguro de que tampoco lo haría su padre, si conociera la situación... como tiene todo el derecho de conocerla, por cierto. Para empezar, no creo que usted mismo se hubiera molestado en mudarse si lo considerase un mero «problema superfluo». Pero, sea como fuere, Marcus, ¿ha

salido con chicas en el tiempo que lleva en Winesburg?

Me sonrojé. « Alzaos, los que rehusáis... » .

—Sí —respondí.

—¿Unas pocas veces? ¿Algunas? ¿Muchas?

—Una.

—Sólo una.

Antes de que se atreviera a preguntarme con quién había salido, antes de que tuviera que pronunciar su nombre y verme forzado a responder a una sola pregunta sobre lo que había ocurrido entre los dos, me levanté de la silla.

—Me opongo a esta clase de interrogatorio, señor —le dije. No veo cuál es su finalidad. No veo por qué debería esperarse de mí que responda a preguntas sobre las relaciones con mis compañeros de habitación o mi postura religiosa o mi valoración de la religión de otros. Esos asuntos son privados, como lo es mi vida social y mi manera de enfocarla. No estoy incumpliendo ninguna ley, mi conducta no causa daño ni perjuicio a nadie y en nada de lo que he hecho he vulnerado los derechos de nadie. Si se están vulnerando los derechos de alguien, son los míos.

—Vuelva a sentarse, por favor, y explíquese.

Me senté, y esta vez, por propia iniciativa, torné un largo trago de mi vaso de agua. Aquello empezaba a ser más de lo que podía soportar, pero ¿cómo iba a capitular cuando él estaba equivocado y yo tenía razón?

—Me opongo a tener que asistir a cuarenta servicios religiosos como requisito para obtener la licenciatura, señor. No veo qué derecho tiene la universidad a obligarme a escuchar a un clérigo del credo que sea ni siquiera una sola vez, o a escuchar un himno cristiano que invoca la deidad cristiana ni siquiera una sola vez, dado que soy un ateo que, para ser sincero, se siente profundamente ofendido por las prácticas y las creencias de la religión organizada. —Ahora no podía detenerme, pese a lo debilitado que me sentía. No necesito los sermones de moralistas profesionales para que me digan cómo debería actuar. Y, desde luego, no necesito ningún Dios que me diga cómo debo hacerlo. Soy totalmente capaz de llevar una vida regida por la moralidad sin reconocer creencias que no es posible corroborar y son inverosímiles, que, a mi modo de ver, no son más que cuentos de hadas para niños sostenidos por adultos y que, en realidad, no tienen más fundamento que la creencia en Papá Noel. Supongo, decano Caudwell, que está familiarizado con los escritos de Bertrand Russell, el distinguido matemático y filósofo británico que el año pasado recibió el premio Nobel de literatura. Una de las obras literarias por las que le concedieron el premio Nobel es un ensayo muy difundido, que inicialmente fue una conferencia pronunciada en mil novecientos veintisiete, titulado *Por qué no soy cristiano*. ¿Conoce usted ese ensayo, señor?

—Por favor, vuelva a sentarse —me pidió el decano.

Hice lo que me dijo, pero seguí diciendo:

—Le pregunto si conoce usted ese importante ensayo de Bertrand Russell, y entiendo que la respuesta es no. Bien, yo lo conozco porque me impuse la tarea de memorizar grandes fragmentos del texto cuando era capitán del equipo de debate en mi instituto. Todavía no lo he olvidado, y me he prometido a mí mismo que jamás lo olvidaré. Ese y otros ensayos contienen el argumento de Russell no sólo contra el concepto cristiano de Dios, sino también contra los conceptos de Dios que sostienen todas las religiones del mundo, cada una de las cuales le parece a Russell falsa y nociva. Si leyera usted ese ensayo, y le incito a que lo haga para fomentar su imparcialidad, vería que Bertrand Russell, que es uno de los lógicos más importantes, así como filósofo y matemático, desmonta con una lógica inapelable el argumento de la primera causa, el argumento de la ley natural, el argumento del diseño, los argumentos morales que explican la existencia de una deidad y el argumento de la reparación de la injusticia. Le pondré dos ejemplos. En primer lugar, respecto a que el argumento de la primera causa no puede tener ninguna validez, dice: «Si todo debe tener una causa, entonces Dios debe tener una causa. Si puede existir algo sin causa, tanto podría ser el mundo como Dios». En segundo lugar, respecto al argumento del diseño, dice: «¿Creéis que, si os concedieran omnipotencia, omnisciencia y millones de años en los que perfeccionar vuestro mundo, no habríais producido algo mejor que el Ku Klux Klan o los fascistas?». También comenta los defectos en las enseñanzas de Cristo tal como aparece éste en los Evangelios, aunque señalando que, históricamente, resulta muy dudoso que Cristo haya existido. Para él, el defecto más grave del carácter moral de Cristo es que cree en la existencia del infierno. Russell escribe: «Yo no creo que una persona profundamente humana pueda creer en un castigo eterno», y acusa a Cristo de furia vengativa contra quienes no escucharan sus sermones. Menciona con absoluta franqueza cómo las iglesias han retrasado el progreso humano y cómo, con su insistencia en lo que deciden llamar moralidad, infligen a toda clase de personas un sufrimiento innecesario e innecesario. Declara que la religión se basa fundamentalmente en el miedo: el miedo a lo misterioso, el miedo a la derrota y el miedo a la muerte. El miedo, para Bertrand Russell, es el padre de la crueldad, y, por lo tanto no es de extrañar que la crueldad y la religión hayan ido de la mano a lo largo de los siglos. Conquistad el mundo por medio de la inteligencia, dice Russell, y no por estar sometidos como esclavos bajo el terror que conlleva vivir en él. Llega a la conclusión de que el concepto de Dios es indigno de hombres libres. Ésos son los pensamientos de un ganador del premio Nobel reconocido por sus aportaciones a la filosofía y por su dominio de la lógica y la teoría del conocimiento, y estoy totalmente de acuerdo con ellos. Tras haberlos estudiado y reflexionado a fondo, procuro vivir de acuerdo con ellos, y estoy seguro, señor, de que admitirá que tengo todo el derecho a hacerlo.

—Síntese, por favor —me pidió una vez más el decano.

Lo hice. No me había dado cuenta de que había vuelto a levantarme. Pero eso era lo que la exhortación «¡Alzaos!», repetida de manera incitante tres veces seguidas, podía hacerle a alguien presa de una crisis.

—Así que usted y Bertrand Russell no toleran la religión organizada —me dijo—, ni el clero, ni tan siquiera la creencia en la divinidad, del mismo modo que usted, Marcus Messner, no tolera a sus compañeros de clase... y, por lo que puedo colegir, no tolera a un padre afectuoso y trabajador para quien el bienestar de su hijo es de la máxima importancia. Estoy seguro de que la carga financiera que soporta para enviarle a una universidad tan lejos de casa debe de ser considerable. ¿No es cierto?

—¿Por qué si no trabajaría yo en la New Willard House, señor? Sí, es cierto. Creo que ya se lo he dicho.

—Bien, dígame ahora, y esta vez dejando aparte a Bertrand Russell... ¿tolera usted las creencias de alguien si éstas son contrarias a las suyas?

—Yo diría, señor, que las opiniones religiosas que resultan probablemente más que intolerables para el noventa y nueve por ciento de los alumnos, el profesorado y la administración de Winesburg son las mías.

Entonces el decano abrió una carpeta y empezó a pasar páginas lentamente, tal vez para renovar su conocimiento de mi historial, tal vez (confié) para dominarse y no expulsarme en el acto por la acusación que tan enérgicamente había formulado contra toda la universidad. Tal vez tan sólo para simular que, por muy respetado y admirado que fuese en Winesburg, aun así era alguien capaz de soportar que le contradijeran.

—Aquí dice que está estudiando para convertirse en abogado —comentó. A juzgar por esta entrevista, creo que está destinado a ser un excelente abogado. —Luego, ya sin sonreír, añadió—: Le veo algún día argumentando un caso ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos. Y ganarlo, joven, ganarlo. Admiro su franqueza, su dicción, la estructura de sus frases... Admiro la tenacidad y la confianza con que sostiene cuanto dice. Admiro su capacidad de memorizar y retener unos textos abstrusos, aunque no admire necesariamente al autor que ha escogido leer y la credulidad con que acepta sin más las blasfemias racionalistas vertidas por un inmoralista de la calaña de Bertrand Russell, casado cuatro veces, un flagrante adúltero, un defensor del amor libre, un socialista confeso que perdió su puesto en la universidad por su campaña antibélica durante la primera guerra mundial, y por la que las autoridades británicas lo encarcelaron.

—Pero ¿qué me dice del premio Nobel?

—Incluso le admiro ahora, Marcus, cuando golpea en mi mesa y se levanta para señalarme mientras me pregunta por el premio Nobel. Tiene un espíritu combativo. Es algo que admiro, o que admiraría si lo aplicara a una causa más digna que a la de un hombre considerado por el gobierno de su propia nación un

delincuente subversivo.

—No tenía intención de señalarle, señor. Ni siquiera me he dado cuenta de lo que hacía.

—Pues lo ha hecho, hijo. No ha sido la primera vez y lo más probable es que no sea la última. Pero eso es lo de menos. Descubrir que Bertrand Russell es un héroe para usted no me sorprende gran cosa. En todo campus siempre hay uno o dos jóvenes intelectualmente precoces, que se autoproclaman miembros de una clase culta de élite, que necesitan elevarse y sentirse superiores a sus condiscípulos, superiores incluso a sus profesores, y por ello atraviesan la fase en la que buscan un agitador o iconoclasta al que admirar del estilo de un Russell, un Nietzsche o un Schopenhauer. Sin embargo, no es ese aspecto el que ahora estamos tratando, y desde luego está en su derecho de admirar a quien desee, por muy nociva que me parezca la influencia y por muy peligrosas que sean las consecuencias de las ideas de un supuesto librepensador y sedicente reformador como ése. Lo que hoy nos ha reunido aquí, Marcus, y lo que en este momento me preocupa, no es que haya memorizado palabra por palabra, como un polemista de instituto, el inconformismo de un Bertrand Russell concebido para generar descontentos y rebeldes. Lo que me preocupa son sus aptitudes para la relación social tal como las ha mostrado aquí, en la Universidad de Winesburg. Lo que me preocupa es su aislamiento. Lo que me preocupa es su abierto rechazo a las añejas tradiciones de Winesburg, como demuestra su postura ante los servicios religiosos del centro, un simple requisito para el alumnado que se reduce a poco más de una hora de su tiempo a la semana durante unos tres semestres.

Más o menos el mismo tiempo que el requisito de la educación física, y no más insidioso, por cierto, como usted y yo bien sabemos. En toda mi experiencia en Winesburg, nunca me he encontrado con un alumno que estuviera en contra de cualquiera de esos requisitos, aduciendo que infringen sus derechos o son comparables a una condena a trabajar en las minas de sal. Lo que me preocupa es lo mal que encaja usted en la comunidad de Winesburg. A mi modo de ver, es algo de lo que debemos ocuparnos enseñada y cortarlo de raíz.

Me van a expulsar, pensé. Me van a enviar a casa para que me llamen a filas y me maten. Aquel hombre no había comprendido ni una sola palabra de lo que yo había repetido de *Por qué no soy cristiano*. O sí que lo había comprendido, y precisamente por eso iban a llamarme a filas y matarme.

—Tengo una responsabilidad tanto personal como profesional hacia los estudiantes —decía Caudwell—, hacia sus familias...

—No puedo seguir aguantando esto, señor. Creo que voy a vomitar.

—¿Perdone?

La paciencia de Caudwell se había agotado, y sus ojos de un azul cristalino y un brillo deslumbrante me miraban ahora con una mezcla letal de incredulidad y

exasperación.

—Estoy mareado —le dije. Tengo la sensación de que voy a vomitar. No puedo soportar esta clase de reprimenda. No soy un descontento. No soy un rebelde. Ninguna de esas palabras me describe, y me molesta que las haya pronunciado, aunque sólo me las haya dirigido de una manera indirecta. No he hecho nada que merezca este sermón salvo buscar un cuarto donde pueda dedicarme a mis estudios sin distracciones y dormir lo necesario para realizar mi trabajo. No he cometido ninguna infracción. Tengo todo el derecho a relacionarme o no según me parezca. A eso se reduce todo. No me importa que la habitación sea calurosa o fría... ése es mi problema. No me importa que esté llena de moscas o que no haya ninguna. ¡Ésa no es la cuestión! Además, debo llamarle la atención sobre el hecho de que su argumento contra Bertrand Russell no es un argumento contra sus ideas basado en la razón y apelando al intelecto, sino un argumento contra su manera de ser que recurre al prejuicio, es decir, un ataque *ad hominem*, que, desde el punto de vista lógico, carece de validez. Respetuosamente, señor, le pido permiso para levantarme y salir ahora mismo porque me temo que, si no lo hago, me voy a marear.

—Por supuesto que puede marcharse. Así es cómo se enfrenta usted a todas sus dificultades, Marcus: se marcha. ¿No se le había ocurrido nunca hasta ahora? Con otra de aquellas sonrisas cuya insinceridad fulminaba, añadió: —Lo siento si le he hecho perder su tiempo.

Se levantó de su sillón tras la mesa y así, con su aparente consentimiento, también me levanté de mi silla, esta vez para salir del despacho, pero no sin una última observación para dejar clara mi postura.

—No me enfrento a mis dificultades marchándome. No tiene más que pensar en mi intento de que fuese receptivo a Bertrand Russell. Me opongo firmemente a que diga eso, decano Caudwell.

—Bueno, al menos hemos superado el « señor », por fin... Ah, Marcus —me dijo mientras me acompañaba a la puerta—, ¿qué me dice de los deportes? Aquí consta que durante su primer año jugó en el equipo de béisbol. Así pues, por lo menos, presumo que cree en el béisbol. ¿Qué posición?

—Segunda base.

—¿Y va a intentar ingresar en nuestro equipo de béisbol?

—La universidad de Newark donde jugué en mi primer año era muy pequeña. Casi todos los que querían entrar en el equipo de béisbol lo conseguían. Algunos jugadores, como el receptor y el primera base, ni siquiera habían jugado en el instituto. No creo que sea lo suficientemente bueno para entrar en el equipo de aquí. El lanzamiento será más rápido que al que estoy acostumbrado, y no creo que sostener el bate en alto, como hacía en aquel equipo, resolviera mi problema de batear con una competencia de tanto nivel. Tal vez podría defenderme en el jardín, pero dudo que valiera gran cosa en el puesto de

bateador.

—¿Debo entender entonces que no intentará ingresar en el equipo de béisbol debido a la competencia?

—¡No, señor! —estallé. ¡No intentaré ingresar en el equipo porque soy realista sobre mis posibilidades de llegar a ser uno de sus jugadores! ¡Y no quiero perder el tiempo intentándolo cuando tengo tanto que estudiar! Señor, voy a vomitar. Le dije que pasaría. No es mi culpa. Aquí llega... ¡lo siento!

Entonces vomité, aunque afortunadamente no sobre el decano ni sobre su mesa. Con la cabeza gacha, solté la vomitona sobre la alfombra. Luego, al tratar de evitar la alfombra, arrojé sobre la silla en la que había estado sentado y, cuando intenté apartarme de ésta, vomité sobre el cristal de una de las fotografías enmarcadas que colgaban de la pared, la del invicto equipo de fútbol americano de Winesburg en el campeonato de 1924.

No tenía estómago para luchar contra el decano de los varones, como tampoco lo había tenido para luchar contra mi padre ni contra mis compañeros de habitación. Aun así, luchaba, a pesar de mí mismo.

El decano pidió a su secretaria que me acompañara por el pasillo hasta la puerta del servicio, donde, una vez dentro y a solas, me lavé la cara e hice gárgaras con agua que recogí del grifo en las manos ahuecadas. Escupí el agua en la pila hasta que no me quedó en la boca rastro de sabor a vómito, y luego, usando servilletas de papel empapadas en agua caliente, me restregué lo mejor que pude las salpicaduras en el suéter, los pantalones y los zapatos. Me apoyé en la pila y contemplé en el espejo la boca que no podía cerrar. Apreté los dientes con tanta fuerza que la mandíbula magullada empezó a latirme de dolor. ¿Por qué había tenido que mencionar el servicio religioso? El servicio religioso es una disciplina, informé a mis ojos, unos ojos que, para mi asombro, parecían increíblemente atemorizados. Considera su servicio religioso como parte del trabajo que has de hacer para llegar al final de la carrera como primero de tu promoción; considéralo del mismo modo en que sacabas las vísceras a los pollos. Caudwell tenía razón, adondequiera que vayas siempre habrá algo que te saque de tus casillas —tu padre, tus compañeros de clase, la obligación de asistir a cuarenta servicios religiosos—, ¡así que deja de pensar en cambiarte de nuevo a otra universidad y gradúate como el primero de tu promoción!

Pero cuando me disponía a salir del lavabo para ir a la clase de organización gubernamental norteamericana, me llegó de nuevo cierto tufo a vómito y, al bajar los ojos, vi que había diminutas partículas adheridas a los bordes de las suelas de mis zapatos. Me descalcé y, en calcetines ante la pila, con jabón, agua y toallas de papel, eliminé los últimos restos del vómito y de su olor. Incluso me quité los calcetines y me los llevé a la nariz. Dos estudiantes entraron para usar los urinarios en el momento es que olisqueaba los calcetines. No dije nada, no

expliqué nada, volví a ponerme los calcetines, me calcé los zapatos, até los cordones y salí. « Así es cómo se enfrenta a todas sus dificultades, Marcus: se marcha. ¿No se le había ocurrido nunca hasta ahora? » .

Salí y me encontré en un hermoso campus de una universidad del Medio Oeste en un día espléndido, diáfano, soleado, otro gran día de otoño, y a mi alrededor todo proclamaba gozosamente: « ¡Deléitate en el géiser de la vida! ¡Eres joven y exultante y lleno de entusiasmo! » . Miraba con envidia a los demás alumnos que caminaban por los senderos de ladrillo que se entrecruzaban en la verde plaza. ¿Por qué no podía disfrutar del placer que a ellos les procuraba una pequeña universidad que respondía a todas sus necesidades? ¿Por qué en vez de eso tenía conflictos con todo el mundo?

Empezaron en casa con mi padre, y desde entonces me habían seguido tenazmente hasta allí. Primero Flusser, luego Elwyn, después Caudwell. ¿Y quién tenía la culpa?, ¿ellos o yo? ¿Cómo me había metido en problemas con tanta rapidez, yo, que nunca antes había hecho tal cosa? ¿Y por qué me buscaba más problemas escribiendo cartas aduladoras a una muchacha que sólo un año atrás había intentado suicidarse abriéndose las venas de una muñeca?

Me senté en un banco, abrí mi cuaderno de tres anillas y en una hoja en blanco de papel pautado empecé una vez más: « Por favor, respóndeme cuando te escribo. No puedo soportar tu silencio » . Sin embargo, el tiempo era demasiado hermoso para que el silencio de Olivia me resultara insoportable. ¡Todo era demasiado hermoso, y yo era demasiado joven, y lo único que debía hacer era esforzarme para convertirme en el mejor alumno de mi promoción! Seguí escribiendo: « Me siento al borde de hacer las maletas y marcharme a causa del requisito del servicio religioso. Me gustaría hablar contigo de esto. ¿Estoy siendo un necio? ¿Te preguntas cómo llegué aquí en primer lugar? ¿Por qué elegí Winesburg? Me avergüenza decírtelo. Y ahora acabo de tener una terrible entrevista con el decano, quien está metiendo las narices en mis asuntos de una manera a la que, estoy convencido de ello, no tiene derecho. No, no fue nada acerca de ti, o de nosotros. Fue acerca de mi traslado a Neil Hall » . Entonces arranqué la página del cuaderno tan furiosamente como si fuese mi propio padre, la rompí en pequeños trocitos y me los metí en el bolsillo de los pantalones. ¡Nosotros! ¡No había ningún nosotros!

Llevaba pantalones de franela gris con pinzas, camisa deportiva a cuadros, un suéter granate con cuello de pico y zapatos de gamuza blancos. Era el mismo atuendo que había visto en la portada del catálogo de Winesburg que pedí y recibí por correo, junto con los formularios de solicitud de matrícula. En la foto, el muchacho caminaba al lado de una chica que llevaba un conjunto de dos piezas de punto, falda larga y amplia, calcetines blancos de algodón doblados y mocasines relucientes. Ella le sonreía mientras los dos caminaban juntos como si él le hubiera dicho algo inteligente y divertido. ¿Por qué había elegido yo

Winesburg? ¡Por aquella foto! Había grandes y frondosos árboles a cada lado de los dos felices estudiantes, y caminaban por una pendiente revestida de hierba, con edificios de ladrillo cubiertos de hiedra a lo lejos, detrás de ellos, y la chica sonreía al muchacho de una manera tan apreciativa, y él parecía tan confiado y despreocupado junto a ella, que llené los formularios, los envié y al cabo de unas semanas me aceptaron. Sin decirselo a nadie, saqué de mi cuenta de ahorros un centenar de dólares que había puesto diligentemente a buen recaudo, procedentes de lo que había ganado como empleado de mi padre, y un día, después de las clases, fui a la calle Market, entré en los almacenes más grandes de la ciudad y en su tienda universitaria me compré los pantalones, la camisa, los zapatos y el suéter que llevaba el chico de la foto. Había llevado a la tienda el catálogo de Winesburg; cien dólares era una pequeña fortuna, y no quería cometer un error. También compré allí una chaqueta de tweed de espiguilla. Al final sólo me quedé calderilla suficiente para tomar el autobús de regreso.

Tomé la precaución de llevar las cajas con la ropa a casa cuando sabía que mis padres estaban fuera, trabajando en la carnicería. No quería que supieran que me había comprado esa ropa. No quería que nadie lo supiera. No tenía nada que ver con la que llevaban los alumnos de Robert Treat. Allí vestíamos las mismas prendas que en el instituto. Para entrar en Robert Treat no te renovabas el vestuario. A solas en casa, abrí las cajas y puse las prendas sobre la cama para ver el aspecto que tenían. Las coloqué por orden, tal como las llevaría: camisa, suéter y chaqueta encima, los pantalones debajo, y los zapatos en el suelo cerca del pie de la cama. Entonces me quité todo lo que llevaba puesto, lo dejé caer a mis pies como un montón de trapos, me vestí con las nuevas prendas, fui al baño y, tras bajar la tapa del váter, me subí encima para verme mejor en el espejo del botiquín de lo que me vería en pie sobre las baldosas del suelo, con mis nuevos zapatos de gamuza blancos, con tacones y suelas de goma rosada. La chaqueta tenía dos pliegues cortos en la espalda, una a cada lado. Nunca antes había poseído una chaqueta como aquella. Había tenido dos chaquetas deportivas, una comprada para mi bar mitzvah en 1945, y la otra para la graduación del instituto en 1950. Con sumo cuidado, giré sobre la tapa del lavabo para verme la espalda con aquella chaqueta y sus pliegues. Me metí las manos en los bolsillos de los pantalones para adoptar un aire despreocupado. Pero no había manera de lograrlo subido a la taza de un váter, así que me bajé, fui al dormitorio, me desvestí y metí de nuevo las prendas en las cajas, que escondí en el fondo del armario de mi dormitorio, detrás del bate, las zapatillas con refuerzos metálicos, el guante y una vieja y despellejada pelota de béisbol. No tenía intención de hablarles a mis padres de mi nueva ropa y, desde luego, no iba a lucirla delante de mis amigos de Robert Treat. La guardaría en secreto hasta que me trasladara a Winesburg. Las prendas que había comprado para ponérmelas cuando abandonara el hogar. Las prendas que había comprado para iniciar con ellas una

nueva vida. Las prendas que había comprado para ser un hombre nuevo y poner fin a mi condición de hijo del carnicero.

Bien, aquéllas eran las mismas prendas sobre las que había vomitado en el despacho de Caudwell. Aquéllas eran las prendas que llevaba cuando me sentaba en el servicio religioso procurando no aprender a llevar una buena vida de acuerdo con las enseñanzas bíblicas y me abstraía cantando el himno nacional chino. Aquéllas eran las ropas que había llevado cuando mi compañero de habitación Elwyn me dio un puñetazo que casi me rompió la mandíbula. Aquéllas eran las ropas que llevaba cuando Olivia bajó la cabeza sobre mi regazo en el LaSalle de Elwyn. Sí, ésa es la foto del chico y la chica que debería ilustrar la portada del catálogo de Winesburg: yo vestido con aquellas prendas mientras Olivia me la chupaba y no podía comprender qué la llevaba a hacer tal cosa.

—No tienes buena cara, Marcus. ¿Estás bien? ¿Puedo sentarme?

Sonny Cottler estaba a mi lado, vestido como yo, con la excepción de que el suyo no era un jersey granate corriente como el mío, sino un jersey granate y gris con la inicial de Winesburg estampada, que había ganado jugando a baloncesto universitario. Eso también. La naturalidad con que llevaba aquella ropa parecía de alguna manera una extensión de su profunda voz tan llena de autoridad y confianza. El vigor sereno y despreocupado, la invulnerabilidad que exudaba, me repelían y atraían al mismo tiempo, tal vez porque, con razón o sin ella, me parecía que arraigaban en la condescendencia. El hecho de que aparentemente no tuviera ninguna deficiencia me causaba la extraña impresión de que era una persona deficiente en todo. Claro que esas impresiones podrían ser tan sólo el producto de la envidia y el temor reverencial de un alumno de segundo curso.

—Sí, claro, siéntate —le respondí.

—Parece como si acabaran de machacarte —observó.

Él, desde luego, daba la sensación de que acababa de interpretar una escena con Ava Gardner en una película de MGM.

—El decano me llamó a su despacho. Tuvimos un desacuerdo. Tuvimos una fuerte discusión.

¡Mantén la boca cerrada!, me dije. ¿Por qué has de decírselo? Pero tenía que contárselo a alguien, ¿no es cierto? Tenía que hablar con alguien en aquel lugar, y Cottler no era necesariamente un mal tipo porque mi padre hubiera arreglado las cosas para que me visitara en mi habitación. En cualquier caso, la sensación de que nadie a mi alrededor me comprendía era tan intensa que, si él no hubiera pasado por allí, podría haber alzado la vista al cielo y aullado como un perro.

Con la mayor calma posible, le hablé de la discusión que el decano y yo habíamos tenido por la asistencia al servicio religioso.

—Pero ¿quién asiste al servicio religioso? —me preguntó Cottler. Le pagas a

alguien para que vaya por ti y no tienes necesidad de acercarte a la iglesia.

—¿Es eso lo que tú haces?

Él soltó una risita.

—Y ¿qué otra cosa quieres que haga? Fui una vez, cuando estudiaba el primer curso. En aquel entonces tenían un rabino. Una vez al semestre viene un sacerdote católico, y una vez al año un rabino de Cleveland. Por lo demás, quienes hablan son el doctor Donehower y otros grandes pensadores de Ohio. La apasionada entrega del rabino al concepto de la bondad me hizo perder para siempre las ganas de asistir al servicio religioso.

—¿Cuánto tienes que pagar?

—¿Para qué te sustituyan? Un par de dólares por sesión. No es nada.

—Cuarenta por dos son ochenta dólares. No es moco de pavo.

—Mira, imagina que te pasas un cuarto de hora bajando la colina y caminando hasta la iglesia. Y si eres fiel a ti mismo, al hombre serio que eres, no te hace ninguna gracia estar allí. Nada te hace ninguna gracia. Así que te pasas una hora aguantando el sermón y lleno de rabia. Luego te pasas otro cuarto de hora lleno de rabia mientras regresas colina arriba, hacia donde sea que tengas que ir. En total es una hora y media. Una hora y media multiplicada por cuarenta da sesenta horas de rabia. Eso tampoco es moco de pavo.

—¿Cómo encuentras a alguien que esté dispuesto a hacerlo? Explicame cómo funciona.

—La persona a la que le pagas coge la ficha que le da el conserje al entrar, y al salir se la devuelve con tu firma. Eso es todo. ¿Crees que un grafólogo examina las fichas en el pequeño despacho donde está el archivo? Ponen otra marca junto a tu nombre en algún libro de registro, y listos. Antiguamente, te asignaban un asiento, y un supervisor que conocía las caras de todo el mundo recorría los pasillos arriba y abajo para ver quién faltaba. En aquella época estabas jodido. Pero eso cambió después de la guerra, así que ahora lo único que has de hacer es pagar a alguien para que te sustituya.

—Pero ¿quién?

—Cualquiera. Cualquiera que haya asistido ya a sus cuarenta servicios. Es un trabajo. Tú trabajas de camarero en el bar del hostel, y otro trabaja haciendo sustituciones en la iglesia metodista. Si quieres, te encontraré a alguien. Incluso podría encontrarte a alguien por menos de dos pavos.

—¿Y si esa persona se va de la lengua? Entonces te echan de una patada en el culo.

—Nunca he oído hablar de nadie que se haya ido de la lengua. Es un negocio, Marcus. Se trata de un simple acuerdo comercial.

—Pero sin duda Caudwell está al tanto de lo que ocurre.

—Caudwell es el mayor santurrón del lugar. No puede imaginar por qué a los estudiantes no les encanta escuchar al doctor Donehower en vez de tener la hora

libre cada miércoles para pelársela en sus cuartos. Desde luego, has cometido un gran error al sacar el tema del servicio religioso con Caudwell. Hawes D. Caudwell es el idolo de esta universidad. El mejor mediocampista en fútbol americano, el mejor bateador en béisbol, el mejor base en baloncesto, el mejor exponente en el planeta de «la tradición de Winesburg». Enfréntate a ese hombre por algo relacionado con mantener la tradición en Winesburg y te machacará. ¿Recuerdas el chute a bote pronto, el viejo y típico chute a bote pronto? Caudwell ostenta el récord de Winesburg de puntos conseguidos con esa jugada en una sola temporada. ¿Y sabes cómo lo llamaba cada vez que lograba uno? «Un bote pronto por Cristo». Tienes que evitar a ese tipo de incordios, Marcus. Cierta indiferencia es muy conveniente en Winesburg. Mantén la boca cerrada, cúbrete el culo y sonríe... y luego haz lo que se te antoje. No te lo tomes todo a lo personal, no te lo tomes todo tan en serio, y tal vez entonces descubras que éste no es el peor sitio donde pasar los mejores años de tu vida. Ya has descubierto a la Reina de la Mamada de mil novecientos cincuenta y uno. Eso es un comienzo.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Quieres decir que no te la chupó? Eres la excepción.

—Sigo sin saber a qué te refieres —le dije enojado.

—A Olivia Hutton.

La rabia se apoderó de mí, la misma rabia que experimenté cuando Elwyn llamó zorra a Olivia.

—A ver, ¿por qué dices eso de Olivia Hutton?

—Porque las mamadas escasean en el norte centro de Ohio. Las noticias sobre Olivia se extienden con rapidez: No te sorprendas tanto.

—Esto es increíble.

—Puedes creértelo. La señorita Hutton está un poco chiflada.

—Pero ¿por qué dices algo así? He salido con ella.

—Y yo también.

Eso sí que me sorprendió. Me levanté del banco como impulsado por un resorte y, en un aturdidor estado de confusión sobre lo que había (o no había) en mí que me causaba una dolorosa decepción al relacionarme con los demás, di la espalda a Sonny Cottler y me apresuré hacia la clase de principios gubernamentales, y las últimas palabras que le oí decirme fueron:

—Olvida lo de «chiflada», ¿vale? Díganos que es la clase de bicho raro con una gran pericia sexual, una función derivada de su trastorno, ¿de acuerdo? ¿Marcus? ¿Marc?

Los vómitos se reanudaron aquella noche, acompañados de un dolor punzante en el estómago y diarrea, y cuando por fin comprendí que estaba enfermo y que la causa no era mi entrevista con el decano Caudwell, con las primeras luces del

amanecer me encaminé al Departamento de Salud Estudiantil, donde incluso antes de poder hablar con la enfermera de guardia tuve que ir corriendo al lavabo. Me asignaron una cama, a las siete me examinó el médico de la universidad, a las ocho estaba en una ambulancia camino del hospital comunitario situado a unos cuarenta kilómetros, y a mediodía me habían extirpado el apéndice.

Mi primera visita fue Olivia. La tarde anterior se había enterado de mi operación en la clase de historia, y vino al día siguiente. Llamó a la puerta entreabierta de mi habitación, unos segundos después de que terminara de hablar por teléfono con mis padres, con quienes el decano Caudwell se había puesto en contacto después de que en el hospital decidieran que necesitaba ser intervenido de urgencia.

—Gracias a Dios que has tenido el buen juicio de ir al médico —me dijo mi padre—, y de que te han cogido a tiempo. Gracias a Dios que no ha ocurrido nada terrible.

—Ha sido el apéndice, papá. Me lo han extirpado. Eso es todo lo que ha pasado.

—Supongamos que no te lo hubieran diagnosticado.

—Pero lo hicieron. Todo ha ido perfectamente. Me darán el alta dentro de cuatro o cinco días.

—Te han hecho una apendicectomía de urgencia. ¿Comprendes lo que es una urgencia?

—Pero la urgencia ya ha pasado. No hay ninguna necesidad de que sigas preocupado.

—Hay mucho por lo que preocuparse tratándose de ti. —Mi padre tuvo que hacer una pausa debido a un acceso de tos. Sonaba peor que nunca. Cuando pudo hablar de nuevo, me preguntó—: ¿Por qué te dejan salir tan pronto?

—Cuatro o cinco días es lo normal. No hace ninguna falta que esté más tiempo hospitalizado.

—Voy a coger el tren para ir a verte en cuanto te den de alta. Cierro la tienda y voy a verte.

—No lo hagas, papá. No hables de esa manera. Te agradezco el ofrecimiento, pero en la residencia estaré perfectamente.

—¿Quién cuidará de ti en la residencia? Deberías recuperarte en tu casa, en el lugar de donde eres. No entiendo por qué la universidad no insiste en que lo hagas. ¿Cómo vas a recuperarte lejos de casa sin nadie que cuide de ti?

—Pero ya me levanto y camino. Ya estoy bien.

—¿A qué distancia está el hospital de la universidad?

Sentí la tentación de decirle « A tres mil kilómetros», pero estaba tosiendo de una manera demasiado penosa para ser sarcástico con él.

—A menos de media hora en ambulancia —respondí. Es un hospital

excelente.

—¿No hay ningún hospital en la misma Winesburg? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Papá, dile a mamá que se ponga. Esto no me ayuda en lo más mínimo. Y tampoco te ayuda a ti. Pareces estar fatal.

—¿Yo parezco estar fatal? Eres tú el que está en un hospital a cientos de kilómetros de casa.

—Por favor, déjame que hable con mamá.

Cuando mi madre se puso al aparato, le dije que hiciera algo por contenerle o la próxima vez pediría el traslado a una universidad del Polo Norte, donde no habría teléfonos ni hospitales ni médicos, sólo osos polares rondando por los témpanos de hielo donde los estudiantes, desnudos con temperaturas bajo cero...

—Basta ya, Marcus. Voy a ir a verte.

—Pero no tienes por qué venir. Ninguno de los dos tiene que hacerlo. Ha sido una operación sencilla, ya ha pasado y estoy bien.

—Ya lo sé —replicó ella en un susurro. Pero tu padre no se calmará. Saldré el sábado en el tren de la noche. De lo contrario, nadie en esta casa volverá a dormir jamás.

Olivia. Colgué el aparato tras haber hablado con mi madre y allí estaba ella. Llevaba un ramo de flores en los brazos. Se acercó con ellas hasta donde yo yacía recostado en la cama.

—No es divertido estar solo en un hospital —me dijo. Te he traído estas flores para que te hagan compañía.

—Ha merecido la pena tener apendicitis —repliqué.

—Lo dudo —dijo ella—. ¿Has estado muy enfermo?

—Menos de un día. Lo mejor ocurrió en el despacho del decano Caudwell. Me llamó para interrogarme por mi cambio de residencia y vomité en sus trofeos. Y ahora apareces tú. En conjunto, ha sido un magnífico caso de apendicitis.

—Déjame que busque un florero.

—¿Qué son?

—¿No lo sabes? —respondió, acercando el ramo a mi nariz.

—Conozco el hormigón. Conozco el asfalto. No sé nada de flores.

—Se llaman rosas, querido.

Cuando volvió a la habitación, había quitado el envoltorio de papel y colocado las rosas en un florero de vidrio medio lleno de agua.

—¿Dónde podrás verlas mejor? —me preguntó, mirando a su alrededor en la habitación que, pese a su pequeñez, era más grande y, desde luego, más luminosa que la que yo ocupaba en Neil Hall.

Allí sólo había una pequeña buhardilla bajo los aleros, mientras que la

habitación del hospital contaba con dos ventanas de buen tamaño que daban a un césped bien cuidado donde alguien estaba rastrillando, amontonando las hojas caídas para quemarlas. Era viernes, 26 de octubre de 1951. Había pasado un año, cuatro meses y un día desde el inicio de la guerra de Corea.

—Donde mejor las veo es en tus manos —le dije. Como mejor las veo es contigo, tal como estás. Quédate así y deja que os mire a ti y tus rosas. Para eso he venido aquí.

Sin embargo, al pronunciar « manos », recordé lo que Sonny Cottler me había dicho de ella, y una vez más la rabia se alzó en mí, una rabia dirigida contra Cottler y Olivia. Pero también hizo que se me alzara el pene.

—¿Qué te dan de comer? —me preguntó.

—Gelatina de frutas y cerveza de jengibre. Mañana empezarán a darme caracoles.

—Pareces muy animado.

¡Qué hermosa era! ¿Cómo podía habérsela chupado a Sonny Cottler? Claro que, ¿cómo podía habérmela chupado a mí? Si Cottler había salido con ella una sola vez, entonces ella también se la habría chupado en la primera cita. ¡También, el tormento de ése « también » !

—Mira —le dije, y retiré las sábanas.

Ella bajó las pestañas, recatadamente.

—¿Qué pasaría si entrara alguien, mi amo?

No podía creer que ella hubiera dicho eso, pero tampoco podía creer lo que yo acababa de hacer. ¿Era ella la causante de mi audacia, o era yo quien se la causaba a ella, o nos la causábamos mutuamente?

—¿Se está drenando la herida? —me preguntó. ¿Es ese tubo que cuelga de ahí un drenaje?

—No lo sé. No sabría decirte. Supongo que sí.

—¿Y qué me dices de los puntos?

—Esto es un hospital. ¿Dónde estaría mejor que aquí si se salen?

Se movía con un leve contoneo erótico mientras se acercaba lentamente a la cama señalando mi erección con un dedo.

—Eres raro, ¿sabes? Muy raro —me dijo, cuando por fin llegó a mi lado. Más raro de lo que pienso que te crees.

—Siempre me comporto de forma rara después de que me extirpen el apéndice.

—¿Siempre se te pone tan enorme después de que te extirpen el apéndice?

—Nunca falla.

Enorme. Había dicho enorme. ¿Lo era?

—No deberíamos, claro —susurró pícaramente mientras rodeaba mi polla con su mano. Por una cosa así podrían expulsarnos a los dos de la universidad.

—¡Entonces no lo hagas! —le susurré a mi vez, comprendiendo que, por

supuesto, tenía razón, que eso es exactamente lo que sucedería: pillados y expulsados de la universidad, ella volvería humillada y avergonzada a Hunting Valley, y a mí me llamarían a filas y me matarían.

Pero no tuvo que detenerse, en realidad ni siquiera tuvo que empezar, porque yo ya había eyaculado en el aire y el semen se desparramó sobre la ropa de cama, mientras Olivia recitaba dulcemente: « Disparé una flecha al aire, /cayó a tierra, no supe dónde» , justo en el momento en que la enfermera entraba en la habitación para tomarme la temperatura.

La señorita Clement era una solterona de mediana edad, rechoncha y de cabello gris, el epitome de la enfermera atenta y de habla suave, a la vieja usanza, que incluso llevaba una cofia blanca almidonada, a diferencia de la mayoría de las enfermeras más jóvenes del hospital. Después de la operación, cuando tuve que usar la cuña por primera vez, me tranquilizó discretamente diciéndome: « Estoy aquí para ayudarte cuando lo necesites, y ésta es la ayuda que necesitas ahora, así que no tienes por qué sentirte avergonzado» , todo ello mientras me colocaba suavemente sobre la cuña, luego me limpiaba suavemente con pañuelos de papel humedecidos y finalmente retiraba la cuña con mis heces y volvía a acomodarme bajo las sábanas.

Y aquella era su recompensa por limpiarme el culo con tanta ternura. ¿Y la mía? Por aquella única y rápida caricia de la mano de Olivia, mi recompensa sería Corea. La señorita Clement ya debía de estar telefoneando al decano Caudwell, quien de inmediato telefonaría a mi familia. Y no me costaba nada imaginar a mi padre, tras recibir la noticia, blandiendo la cuchilla de carnicero con suficiente fuerza para partir en dos el tajo no empotrado de más de un metro de grosor sobre el que solía cortar los pedazos de res.

—Perdón —había murmurado la señorita Clement, y, tras cerrar la puerta, desapareció.

Olivia fue rápidamente al baño y regresó con toallas de mano, una para las sábanas y otra para mí.

Esforzándome por mantener una viril serenidad, le pregunté a Olivia:

—¿Qué hará ahora? ¿Qué va a pasar?

—Nada —respondió ella.

—Te tomas todo esto con mucha tranquilidad. ¿Es por la práctica que tienes? Cuando replicó, lo hizo con la voz enronquecida.

—No era necesario que dijeras eso.

—Perdona. Lo siento. Pero todo esto es nuevo para mí.

—¿Y no crees que también es nuevo para mí?

—¿Qué me dices de Sonny Cottler?

—No creo que eso sea asunto tuyo —me espetó.

—¿No lo es?

—¡No!

—Te lo tomas todo con una tranquilidad pasmosa. ¿Cómo sabes que la enfermera no va a hacer nada?

—Está demasiado azorada.

—Dime, ¿cómo te volviste así?

—¿Cómo me he vuelto? —inquirió ella, ahora enojada.

—Tan... experta.

—Ah, sí, Olivia la experta —replicó ella en un tono amargo. Así es como me llamaban en la clínica Menninger.

—Pero lo eres. Tienes un gran dominio de ti misma.

—Eso es lo que crees, ¿verdad? Yo, que cambio de estado de ánimo veinte veces por minuto, que cada una de mis emociones es un tornado, a quien puede des centrar una palabra, qué digo, una sola sílaba... yo... ¿tengo dominio de mí misma? Dios, estás ciego.

Tras decir esto, fue de nuevo al baño con las toallas.

Al día siguiente Olivia hizo el viaje en autobús al hospital —un trayecto de cincuenta minutos tanto de ida como de vuelta—, y en mi habitación tuvo lugar el mismo delicioso acontecimiento, tras lo cual ella se ocupó de la limpieza y, cuando fue al baño a devolver las toallas, cambió el agua del florero para que las rosas se mantuvieran frescas.

Ahora la señorita Clement me atendía sin hablarme. Pese a las palabras tranquilizadoras de Olivia, yo no podía creer que no se lo hubiera dicho a nadie, y tenía la certeza de que el ajuste de cuentas se produciría cuando saliera del hospital y volviese a la universidad. Estaba tan seguro como lo habría estado mi padre de que, a consecuencia de haber sido pillado manteniendo contacto sexual con Olivia en la habitación del hospital, no tardaría en producirse un completo desastre.

A Olivia la fascinaba que fuese hijo de un carnicero. Para ella resultaba mucho más interesante que yo fuera hijo de un carnicero que para mí que ella fuera hija de un médico, lo cual tenía poco interés para mí. Nunca antes había salido con la hija de un médico. Los padres de la mayoría de las chicas que había conocido eran propietarios de una tienda de barrio, como mi padre, o viajantes que vendían corbatas o recubrimiento de aluminio para edificios, o agentes de seguros de vida, o comerciantes... electricistas, fontaneros y demás. En el hospital, después de que yo experimentara el orgasmo, casi de inmediato empecé a preguntarme por la tienda, y enseguida lo comprendí: para ella yo figuraba en la categoría del hijo del encantador de serpientes o del artista de circo criado en la carpa circense.

—Cuéntame más —me pidió. Quiero saber más cosas.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque no sé nada de eso y porque me gustas mucho. Quiero saberlo todo

de ti. Quiero saber qué ha hecho que tú seas tú, Marcus.

—Supongo que la tienda de mi padre es lo que me ha hecho ser como soy, aunque ahora ya no sé muy bien cómo me ha hecho. Desde que llegué aquí, estoy en un estado mental muy confuso.

—Te ha hecho trabajador. Te ha hecho honesto. Te ha dado integridad.

—Ah, ¿sí? —repliqué—. ¿La carnicería?

—No te quepa duda.

—Pues entonces déjame que te hable del hombre de la grasa —le dije. Déjame contarte lo que me dio en el terreno de la integridad. Empezaremos por él.

—Qué bien. La hora del cuento. El hombre de la grasa y cómo le dio integridad a Marcus.

Se echó a reír, expectante. La risa de una niña a la que le hacen cosquillas. Nada excepcional, y aun así me encantaba tanto como todo lo demás.

—Verás, los viernes venía un hombre a recoger toda la grasa. Es posible que tuviera nombre, aunque es igualmente posible que no lo tuviera. Era tan sólo el hombre de la grasa. Venía una vez a la semana, anunciaba: «El hombre de la grasa está aquí», pesaba toda la grasa, pagaba a mi padre y se la llevaba. La grasa estaba en un cubo de basura, un gran cubo de doscientos litros así de alto, en el que cuando cortábamos la carne echábamos la grasa. Antes de las grandes festividades judías, cuando la gente compraba mucha carne, podía haber un par de cubos llenos esperándole. No debía de ser gran cosa lo que pagara aquel hombre por la grasa. Un par de pavos a la semana, como mucho. En fin, nuestra tienda estaba muy cerca de la esquina donde paraba el autobús que iba al centro, el número ocho de la avenida Lyons. Y los viernes, después de que el hombre recogiera la grasa, me tocaba la tarea de limpiar los cubos. Recuerdo que en una ocasión una de las chicas guapas de mi clase me comentó: «Oye, cuando el autobús paró delante de la tienda de tu padre, te vi allí limpiando los cubos de basura». Así que le dije a mi padre: «Esto está arruinando mi vida social. No puedo seguir limpiando esos cubos de basura».

—¿Los limpiabas delante de la tienda? —me preguntó Olivia. ¿En la misma calle?

—¿Dónde si no? —repliqué. Usaba un cepillo de fregar y Ajax, echaba al cubo un poco de agua con el Ajax y restregaba el interior. Si no lo limpiaban bien, empezaba a oler, se volvía rancio. Pero no quieres que te cuente estas cosas.

—Sí quiero, sí.

—Te tenía por una gran mujer de mundo, pero en muchos aspectos eres una niña, ¿no es cierto?

—Claro que sí. ¿No es eso un triunfo a mi edad? ¿Preferirías que fuese de otra manera? Continúa. Limpiabas los cubos de basura después de que el hombre de

la grasa se hubiera ido.

—Bien, vertías agua dentro del cubo, la agitabas y la arrojabas al bordillo de la acera, por donde fluía arrastrando los desechos en ese lado de la calle hasta desaparecer por la rejilla de la cloaca en la esquina. Luego repetías toda la operación una vez más, y el cubo quedaba limpio.

—Así que —dijo Olivia riendo (no, riendo no, más bien mordisqueando el cebo de una risa)— pensaste que de esa manera no te ligarías a muchas chicas.

—Exacto. Por eso le dije al jefe... en la tienda siempre me refería a mi padre como el jefe... le dije: « No puedo seguir limpiando esos cubos de basura, jefe. Las chicas de mi instituto pasan por aquí, el autobús para delante de la tienda, me ven limpiando cubos, y al día siguiente, ¿cómo voy a pedirles salir el sábado por la noche para ir al cine conmigo? No puedo hacerlo, jefe». Y él replicó: « ¿Te avergüenza? ¿Por qué? De lo único que debes avergonzarte es de robar. De nada más. Tú limpias los cubos de basura» .

—Es genial —dijo ella, y entonces me cautivó con una risa totalmente distinta, una risa cargada de amor a la vida por todos sus inesperados encantos. En aquel momento uno habría pensado que la totalidad de Olivia radicaba en su risa, cuando en realidad radicaba en su cicatriz.

También fue « genial» y le divertí de lo lindo cuando le hablé del Gran Mendelson, que trabajaba para mi padre cuando yo era pequeño.

—El Gran Mendelson era un deslenguado —le conté. La verdad es que su sitio estaba en la trastienda, en la cámara frigorífica, y no detrás del mostrador atendiendo a los clientes. Pero yo sólo tenía unos siete u ocho años, y como el suyo era esa clase de humor malicioso y le llamaban el Gran Mendelson, me parecía que era el hombre más divertido del mundo. Al final mi padre tuvo que librarse de él.

—¿Qué hizo el Gran Mendelson para que tuviera que librarse de él?

—Verás, los jueves por la mañana —le conté— mi padre regresaba del mercado de volatería, volcaba los pollos en un montón y la gente elegía el pollo que le gustaba para el fin de semana. Los volcaba encima de una mesa. El caso es que una mujer, la señora Sklon, tenía la costumbre de coger un pollo, olerle la boca y luego olerle el trasero. Entonces cogía otro pollo y le olía la boca y el trasero. Cada semana hacía lo mismo, y cada semana lo hacía tantas veces que un día el Gran Mendelson no pudo contenerse y le preguntó: « ¿Podría pasar usted esa inspección, señora Sklon?», Ella se enfadó tanto que agarró un cuchillo del mostrador y le dijo: « Si vuelves a hablarme de esa manera, te lo clavo» .

—¿Y tu padre le despidió por eso?

—No tuvo más remedio. Para entonces el hombre ya había dicho muchas cosas por el estilo. Pero, con respecto a la señora Sklon, el Gran Mendelson tenía razón. Aquella clienta no era fácil ni siquiera para mí, y eso que yo era el chico más encantador del mundo.

—Nunca lo he dudado —dijo Olivia.

—En fin, para bien o para mal, eso es lo que era.

—Y lo sigues siendo.

—La señora Sklon era la única de nuestras clientas que no estaba deseando que saliera con alguna de sus hijas —proseguí. No podía engañar a la señora Sklon. Nadie podía hacerlo. Le llevaba la compra a casa, y cada vez que lo hacía, ella abría el paquete. Y siempre era un pedido importante. Abría el envoltorio, retiraba el papel parafinado, tomaba todas las piezas y las pesaba para asegurarse de que su peso era el correcto. Yo tenía que quedarme allí y contemplar el numerito. Yo siempre tenía prisa, porque trataba de entregar los pedidos lo más rápido posible y regresar al patio de la escuela para jugar al béisbol. Por eso, llegó un punto en que llegaba a la puerta trasera de la casa, dejaba el paquete en el escalón superior, llamaba una sola vez y ponía pies en polvorosa. Pero no había ocasión en que ella no me atrapara. «¡Messner! ¡Marcus Messner! ¡El hijo del carnicero! ¡Vuelve aquí!». Cuando estaba con la señora Sklon siempre tenía la sensación de encontrarme en el meollo del asunto. Lo mismo que sentía con el Gran Mendelson. Lo digo en serio, Olivia. Así me sentía con las personas de la carnicería. Disfrutaba en aquella tienda. —Pero sólo antes, pensé, antes de que sus pensamientos volvieran a mi padre intratable.

—¿Y la señora Sklon tenía una balanza en la cocina... era eso? —me preguntó Olivia.

—En la cocina, sí. Pero no era una balanza de precisión. Era un pesabebés. Además, nunca encontró ningún error en el peso. Pero siempre pesaba la carne, y siempre me atrapaba cuando yo intentaba huir. Nunca podía librarme de aquella mujer. Siempre me daba un cuarto de dólar de propina. Un cuarto de dólar era una buena propina. En general, te daban monedas de cinco y diez centavos.

—Has tenido unos orígenes humildes. Como Abraham Lincoln. El honesto Marcus.

—La insaciable Olivia.

—¿Y qué me dices de la guerra, cuando la carne estaba racionada? ¿Y del mercado negro? ¿Estaba tu padre en el mercado negro?

—¿Si sobornaba al dueño del matadero? Lo hacía. Pero era porque a veces sus clientes no tenían cartillas de racionamiento, y tenían a gente, les llegaban familiares, y él quería que no les faltara carne, así que cada semana le daba al propietario algo de dinero y podía comprar más carne. No era nada del otro mundo. Algo tan sencillo como eso. Pero por lo demás mi padre era un hombre que jamás infringió la ley. Creo que ésa fue la única ley que infringió en toda su vida, y por aquel entonces todo el mundo hacía eso, más o menos. Mira, cada tres días hay que lavar la carne kosher. Mi padre llenaba un cubo de agua y, con una escobilla, lavaba toda la carne. Pero en ocasiones había una festividad judía,

y aunque no éramos practicantes estrictos, estábamos en un barrio judío y, lo que es más, éramos carniceros judíos, por lo que la tienda estaba cerrada. Pongamos que el Seder pascual cayera en lunes y en martes, y él había lavado la carne el viernes anterior. Tendría que volver el lunes o el martes para hacerlo de nuevo, pero una vez se olvidó. Bueno, nadie se enteró de que se había olvidado, pero él lo sabía, y no iba a venderle aquella carne a nadie. La recogió toda y se la vendió, a muy bajo precio, a Mueller, que era un carnicero no kosher de la calle Bergen. Sid Mueller. Pero él no se la vendió a sus clientes. Prefirió salir perdiendo.

—Así que en la tienda aprendiste de él a ser honesto.

—Probablemente. Desde luego, no puedo decir que aprendiera nada malo de él. Eso habría sido imposible.

—Qué suerte has tenido, Marcus.

—¿Tú crees?

—Lo sé —respondió Olivia.

—Cuéntame cómo es eso de ser hija de un médico.

Ella palideció intensamente al replicar:

—No hay nada que contar.

—Pero...

—Debes tener tacto —me dijo fríamente, y entonces, como si hubieran cerrado un interruptor o quitado un enchufe, como si la tristeza se hubiera desencadenado en su interior como una tormenta, su rostro se apagó. Por primera vez en mi presencia, le ocurrió lo mismo a su belleza. Desapareció. La animación y el brillo se esfumaron de repente, el regocijo con que había reaccionado a las anécdotas de la carnicería desapareció, sustituido por una palidez terrible y enfermiza en el instante en que quise saber más de ella.

Fingí indiferencia, pero estaba conmocionado, hasta tal punto que casi de inmediato relegué aquel momento al fondo de mi mente. Era como si me hubieran hecho girar y girar hasta sentir vértigo y necesitara recuperar el equilibrio antes de poder contestar:

—Tacto quieres, y tacto tendrás.

Pero no era feliz, ¡cuando poco antes lo había sido tanto!, y no sólo porque había hecho reír a Olivia, sino también por la rememoración de mi padre tal como era en otro tiempo (como siempre lo había sido), en aquellos días sin peligros, inalterables, en que todo el mundo se sentía seguro y tranquilo en su casa. Había recordado a mi padre como si todavía fuese así y nuestras vidas nunca hubieran dado aquel extravagante giro. Le había recordado cuando era cualquier cosa menos un hombre intratable: cuando era el jefe indiscutible pero en absoluto tiránico, sino de una manera totalmente natural e inspiradora de confianza, y yo, su hijo y beneficiario, había experimentado una libertad tan asombrosa.

¿Por qué no me respondió Olivia cuando le pregunté cómo era eso de ser hija

de un médico? Al principio relegué aquello sucedido al fondo de mi mente, pero luego reapareció en primer plano y no hubo manera de hacerlo desaparecer. ¿Era del divorcio de lo que ella no quería hablar? ¿O se trataba de algo peor? « Debes tener tacto » . ¿Por qué? ¿Qué quería decir?

El domingo, a última hora de la mañana, llegó mi madre a la solana que se encontraba al final del corredor para poder conversar a solas. Quería que viera lo bien que me mantenía en pie, lo lejos que podía ir caminando y lo bien que me sentía en general. Me alegré de verla allí, fuera de Nueva Jersey, en una región del país donde nunca antes había estado —nada parecido había ocurrido antes—, pero sabía que cuando viniera Olivia tendría que hacer las presentaciones y que mi madre, a quien no se le escapaba nada, vería la cicatriz en la muñeca de Olivia y me preguntaría qué estaba haciendo con una chica que había intentado suicidarse, un interrogante cuya respuesta yo aún desconocía. Rara vez pasaba una hora sin que me lo preguntara yo mismo.

Al principio había pensado decirle a Olivia que no me visitara el día que viniese mi madre. Pero ya la había herido estúpidamente al aludir a la mamada que le hizo a Cottler y luego otra vez, inocentemente, cuando le pregunté cómo era eso de ser hija de un médico. No quería herirla de nuevo, y por eso no hice nada para impedir que mi madre, con sus ojos de lince, viera el corte en la muñeca. No hice nada, es decir, hice exactamente lo que no debía. Una vez más.

Mi madre estaba exhausta tras haber pasado la noche entera en el tren, seguida por una hora de viaje en autobús, y aunque sólo habían pasado un par de meses desde la última vez que la vi en casa, me pareció una madre mucho mayor y más demacrada que la que dejé atrás. Una expresión atormentada que no estaba acostumbrado a ver en ella hacía más profundas sus arrugas, invadía sus facciones y parecía incrustada en su piel. Aunque no paraba de tranquilizarla por mi estado (e intentaba tranquilizarme por el suyo), y aunque le había mentido al comentarle lo contento que estaba con todo lo relacionado con Winesburg, emanaba de ella una tristeza tan impropia de su manera de ser que finalmente tuve que preguntarle:

—¿Ocurre algo que desconozco, mamá?

—Algo que conoces muy bien. Tu padre —respondió, y entonces me desconcertó aún más al echarse a llorar—. A tu padre le pasa algo muy malo, y no sé qué es.

—¿Está enfermo? ¿Qué tiene?

—Creo que está perdiendo el juicio, Markie. No sé de qué otra manera llamarlo. Ya viste cómo estaba cuando habló por teléfono contigo sobre la operación. Pues es así con todo. Tu padre, que era capaz de enfrentarse a cualquier dificultad familiar, sobrevivir a cualquier situación apurada en la tienda, ser agradable con el peor de los clientes... incluso aquella vez, después de

que nos robaran y los ladrones lo encerrasen en la cámara frigorífica y vaciaran la caja registradora, recuerda lo que dijo: «El dinero podemos reemplazarlo. Gracias a Dios que no le ha ocurrido nada a ninguno de nosotros». El mismo hombre que podía decir eso, y creerlo de veras, ahora no puede hacer nada sin preocuparse por todo. Ése es el hombre que cuando mataron a Abe en la guerra logró que tío Muzzy y tía Hilda se mantuvieran en sus cabales, que cuando mataron a Dave en la guerra logró que tío Shecky y tía Gertie se mantuvieran en sus cabales, que hasta la fecha ha mantenido unida a la familia Messner, con todas sus tragedias... y ahora deberías ver lo que pasa cuando va simplemente en la camioneta. Ha conducido durante toda su vida por el condado de Essex, y ahora de repente va a entregar los pedidos como si todo el mundo que circula por la calle fuese un maniaco excepto él. «Mira a ese tipo, mira lo que ha hecho. ¿Has visto a esa mujer? ¿Está loca? ¿Por qué la gente tiene que cruzar en ámbar? ¿Quieren que los atropellen? ¿Quieren vivir para ver cómo crecen sus nietos, van a la universidad y se casan?». Le sirvo la cena y olisquea como si tratara de envenenarlo. Es la pura verdad. «¿Es esto fresco?», me pregunta. «Huélelo». Una comida que he preparado en mi cocina impoluta, y no se la come por miedo a que esté pasada y lo envenene. Estamos sentados a la mesa, solos los dos, y la única que come soy yo. Es horrible. Está ahí sentado sin probar bocado, esperando a ver si caigo desplomada.

—¿Y es así en la tienda?

—Sí. Está siempre atemorizado. «Estamos perdiendo clientes. El supermercado está arruinando nuestro negocio. Venden carne de primera como si fuese de primera especial, no creas que no lo sé. No son honestos en el peso, cobran a los clientes diecisiete centavos la libra de pollo, pero cuando se dan la vuelta manipulan la balanza y les cobran a veinte. Sé cómo lo hacen, sé de buena tinta que están engañando al cliente...». Y así todo el tiempo, cariño. Es cierto que nuestro negocio va mal, pero todos los negocios van mal en Newark. La gente se traslada a las afueras y los negocios van detrás. El barrio está sufriendo una revolución. Newark no es la misma ciudad que fue durante la guerra. Mucha gente lo está pasando mal, pero aun así, no es como si nos estuviéramos muriendo de hambre. Tenemos gastos que cubrir, pero ¿quién no los tiene? ¿Acaso me quejo de tener que volver a trabajar? No. Nunca. Pero verás cómo se comporta. Preparo y envuelvo un pedido de la misma manera que he preparado y envuelto pedidos durante veinticinco años, y él me dice: «Así no... ¡así no les gusta a los clientes! ¡Tienes tanta prisa por volver a casa que no te fijas en cómo lo envuelves!». Incluso se queja de cómo tomo los pedidos por teléfono. A los clientes siempre les encanta hablar conmigo, hacerme a mí los encargos, porque les muestro cierto interés. Pues ahora resulta que hablo demasiado con los clientes. ¡Ya no tiene paciencia conmigo por ser amable con nuestros clientes! Estoy al teléfono tomando un pedido, y digo: «Ah, así que sus nietos van a

visitarla. Estupendo. ¿Qué tal les va en la escuela?». Y tu padre coge el otro teléfono y le dice a la clienta: « Si quiere conversar con mi mujer, llámela por la noche, no durante el horario de trabajo», y cuelga. Si esto continúa, si él sigue de este modo, si he de seguir viéndole remover los guisantes por el plato con el tenedor, como un demente que busca la pildora de cianuro... Cariño, ¿es esto lo que llaman un cambio de personalidad o es que le ha ocurrido algo terrible? ¿Se trata de algo nuevo... es eso posible? ¿Así de repente? ¿A los cincuenta años? ¿O es algo enterrado durante largo tiempo que ha salido a la superficie? ¿He estado viviendo todos estos años con una bomba de relojería? Lo único que sé es que algo ha convertido a mi marido en una persona diferente. Mi querido marido, ¡y ahora estoy completamente confusa sobre si es un solo hombre o son dos!

Al llegar aquí se interrumpió, de nuevo entre lágrimas, la madre que nunca lloraba, nunca flaqueaba, una muchacha norteamericana que hablaba el inglés con gran propiedad y que había aprendido el yiddish de su marido para tratar con los clientes mayores, una graduada por el instituto South Side que había seguido allí el curso comercial y que podría haber trabajado fácilmente como contable ante una mesa en una oficina, pero que aprendió de él a despedazar y preparar la carne para trabajar a su lado en la tienda, una madre cuya fiabilidad fundamental, cuyas juiciosas palabras y pensamientos coherentes, me habían llenado de confianza durante una infancia que no estuvo acuciada por problemas. Y de todos modos, al final fue contable... también fue contable, debería decir, y al volver a casa tras haberse pasado el día entero trabajando en la tienda, por la noche se ocupaba de las cuentas y dedicaba el último día de cada mes a enviar las facturas en papel con el membrete « Carnicería Kosher Messner », que tenía el dibujito de una vaca en la parte superior izquierda y el de un pollo en la derecha. ¿Qué podía levantarme más el ánimo cuando era niño que ver aquellos dibujos en lo alto de los impresos de factura y la fortaleza de mis padres? En otro tiempo fueron una familia admirable, bien organizada y trabajadora, que emanaba unidad, y ahora a él le asustaba todo y ella estaba loca de aflicción por lo que no sabía bien si calificar como « cambio de personalidad» ... y, en cuanto a mí, era como si me hubiese fugado de casa.

—Tal vez deberías habérmelo dicho —observé. ¿Por qué no me dijiste que era un problema tan grande?

—No quería que tuvieras preocupaciones en la universidad. Tenías que estudiar.

—Pero ¿cuándo crees que empezó todo esto?

—La primera noche que cerró la puerta con llave para no dejarte entrar en casa, ése fue el momento. Aquella noche lo cambió todo. No sabes cómo discutí con él aquella noche, antes de que volvieras a casa. Nunca te lo había dicho. No quería avergonzarte más. « ¿Qué consigues cerrando la puerta con doble vuelta de llave?», le pregunté. « ¿De veras no quieres que tu hijo entre en casa, por eso

la cierras con llave? Crees que le estás dando una lección», le dije. «¿Qué harás si es él quien te da una lección y se va a otra parte a dormir? Porque eso es lo que hace una persona juiciosa cuando ve que le han cerrado la puerta... no se queda ahí fuera, con el frío que hace, esperando a pillar una pulmonía. Se levanta y va a donde estará caliente y será bien recibido. Se irá a casa de un amigo, ya verás. Se irá a casa de Stanley o a de Alan, y sus padres le dejarán pasar la noche. Él no lo aceptará quedándose de brazos cruzados, Markie no hará eso». Pero tu padre se negó a ceder. «¿Cómo sé dónde está a estas horas? ¿Cómo sé que no está en alguna casa de putas?». Estamos acostados y eso es lo que grita: si mi hijo está en una casa de putas o no. «¿Cómo sé que en estos momentos no está echando su vida a perder?». No pude apaciguarlo, y éste es el resultado.

—¿Cuál es el resultado?

—Que ahora tú vives en el centro de Ohio y él va de un lado a otro de la casa gritando: «¿Por qué tienen que quitarle el apéndice en un hospital a ochocientos kilómetros de aquí? ¿No hay hospitales en Nueva Jersey para quitarle el apéndice? ¿Los mejores hospitales del mundo están aquí, en este estado! ¿Qué está haciendo allí, para empezar?». El miedo Marcus, el miedo le sale por cada uno de sus poros, la rabia le sale por cada uno de sus poros, y no sé cómo atajar ninguna de las dos cosas.

—Llévale a un médico, mamá. Llévale a uno de esos magníficos hospitales de Nueva Jersey y que averigüen lo que le ocurre. Tal vez puedan recetarle algo para que se tranquilice.

—No te lo tomes a broma, Markie. No te burles de tu padre. Esto tiene todos los signos de una tragedia.

—Pero si lo digo en serio. Da la impresión de que debería ver a un médico. Tiene que ver a alguien, a quien sea. No puedes apechugar tú sola con esto.

—Mira, tu padre es tu padre. No se toma una aspirina aunque le duela la cabeza. No cederá. Ni siquiera irá al médico para que le trate la tos. A su modo de ver, la gente mira demasiado por su salud. «Es de fumar», responde, y asunto zanjado. «Mi padre fumó durante toda su vida. Yo he fumado durante toda mi vida. Shecky, Muzzy y Artie han fumado durante toda su vida. Los Messner fuman. No necesito que un médico me diga cómo debo cortar una paletilla, ni tampoco necesito que me hable acerca del tabaco». Ahora no puede conducir entre el tráfico sin tocar la bocina a todo el que se le acerque, y cuando le digo que no hay necesidad de que lo haga, me grita: «¿Que no la hay? ¿Con las calles llenas de locos al volante?». Pero es él... él es el loco en las calles. Y no aguantando más.

Pese a lo preocupado que estaba por el bienestar de mi madre, lo turbado que estaba al verla tan afectada, ella que era el sostén principal de nuestro hogar, que, detrás del mostrador de la carnicería, tenía el mismo arte en el manejo de la cuchilla que él, al escucharla recordé por qué me encontraba en Winesburg.

Olvidate de los servicios religiosos, olvidate de Caudwell, olvidate de los sermones del doctor Donehower y del horario de retreta conventual de las chicas y de todo lo demás que está mal en este lugar: soporta lo que hay y sácale el máximo provecho. Porque al marcharte de casa has salvado la vida. Has salvado la de tu padre. Porque le habría pegado un tiro para que se callara. Podría pegárselo ahora por lo que le está haciendo a ella. Y aun así, lo que se estaba haciendo a sí mismo era peor. ¿Y cómo vas a pegarle un tiro a un hombre que, al volverse loco a los cincuenta años de edad, no sólo trastornaba la vida de su mujer y alteraba de un modo irreparable la vida de su hijo, sino que destruía la suya propia?

—Tienes que llevarle al doctor Shildkret, mamá. Él confía en ese médico, tiene una fe ciega en él. Escuchemos la opinión del doctor Shildkret.

A decir verdad, yo no tenía en alta estima a Shildkret, sobre todo por su manera de pensar; era nuestro médico tan sólo porque había ido a la escuela primaria con mi padre y se había criado sin un centavo en la misma calle de un pobre barrio de Newark. Como el padre de Shildkret eran «un cabrón y un flojo» y su madre una sufrida mujer a la que mi padre consideraba con amable estimación como «una santa», el imbécil de su hijo era nuestro médico de cabecera. Que Dios nos asista, pero no sabía qué otra recomendación hacerle aparte de consultar a Shildkret.

—No quiere ir —dijo mi madre. Ya se lo he planteado. Se niega a ir. A él no le pasa nada: es el resto del mundo el que está mal.

—Entonces ve a ver tú a Shildkret. Cuéntale lo que está ocurriendo. Escucha lo que dice. Tal vez podría enviarlo a un especialista.

—¿Un especialista en curar casos como el de conducir por Newark tocando la bocina a todos los coches que están cerca? No. No podría hacerle eso a tu padre.

—¿Hacer qué?

—Avergonzarle de esa manera delante del doctor Shildkret. Si supiera que he hablado de esto a sus espaldas... Eso lo destrozaría.

—¿Y en cambio él te destroza a ti? Mírate. Estás hecha un despojo. Una persona tan fuerte como tú, y te has convertido en un despojo. La clase de despojo en que me habría convertido yo de haberme quedado en casa un día más.

—Cariño... —al decir esto me tomó la mano—, ¿debería hacerlo, cariño? ¿Puedo hacerlo? He venido hasta aquí para preguntártelo. Eres el único con quien puedo hablar de esto.

—¿Si puedes qué? ¿Qué me estás preguntando?

—No puedo pronunciar la palabra.

—¿Qué palabra?

—Divorcio.

Y entonces, con mi mano aun en la suya, se cubrió la boca con nuestras

manos juntas. El divorcio era desconocido en nuestro barrio judío. Me habían hecho creer que era casi desconocido en el mundo judío. El divorcio era vergonzoso. El divorcio era escandaloso. Deshacer una familia por medio del divorcio era prácticamente un acto criminal. En mi infancia y juventud, nunca había conocido una sola familia entre mis amigos o compañeros o entre las amistades de mis padres en las que los progenitores se hubieran divorciado, fuesen alcohólicos o, para el caso, tuvieran un perro. Me habían educado para pensar que estas tres cosas eran repugnantes. Mi madre sólo podría haberme dejado más asombrado si me hubiera dicho que se había comprado un gran danés.

—Estás temblando, mamá. Estás en estado de shock —Como yo. ¿Por qué no iba a estarlo ella? Yo había huido a Winesburg... ¿por qué no iba ella a divorciarse? —Llevas veinticinco años casada con él. Le quieres.

Ella sacudió enérgicamente la cabeza.

—¡No! ¡Le odio! ¡Estoy sentada a su lado en el coche mientras él conduce y me grita que todo el mundo se equivoca menos él, y le detesto con toda mi alma!

Semejante vehemencia nos sorprendió a los dos.

—Eso no es cierto —repliqué. Aunque ahora parezca cierto, no es un estado permanente. Sólo se debe a que me he ido, os habéis quedado los dos solos y no sabes qué hacer con él. Ve a ver al doctor Shildkret, por favor. Al menos para empezar. Pídele consejo.

Al mismo tiempo, temía que el doctor Shildkret le dijera: «Tiene razón. La gente ya no sabe conducir. Yo mismo lo he observado. Hoy en día, montar en coche es jugarte la vida». Shildkret era un zopenco y un mal médico, y yo había tenido la suerte de sufrir un ataque de apendicitis sin que él estuviera cerca. Podría haberme prescrito una lavativa y me habría matado.

Matado. Mi padre me lo había contagiado. No pensaba más que en las maneras en que podrían matarme. «Eres raro, ¿sabes? Muy raro. Más raro de lo que crees». Y Olivia debía de ser una experta en percibir la rareza, ¿no?

—Me he puesto en contacto con un abogado —me dijo entonces mi madre.

—No.

—Sí. Ya he hablado con él. Tengo un abogado —dijo, en el tono de impotencia en que uno diría: «Estoy en bancarrota» o «Van a hacerme una lobotomía». Fui a verle por mi cuenta. No puedo seguir viviendo con tu padre en esa casa. No puedo trabajar con él en la tienda. No puedo ir con él en el coche. Ya no puedo seguir durmiendo con él en la misma cama. No quiero tenerlo cerca de mí en ese estado... es una persona demasiado airada para acostarte a su lado. Me asusta. Eso es lo que he venido a decirte.

Ya no lloraba. De repente volvía a ser ella, compuesta y dispuesta a presentar batalla, y era yo el que estaba al borde de las lágrimas, consciente de que nada de aquello habría sucedido si me hubiera quedado en casa.

Hay que tener músculos para ser carnicero, y mi madre los tenía: los noté cuando me estrechó entre sus brazos mientras yo lloraba.

Cuando abandonamos la solana de regreso a la habitación, pasando ante el puesto de la señorita Clement, que, como la santa que ella sí era, tuvo la delicadeza de desviar la mirada, Olivia estaba allí, arreglando un segundo ramo de rosas que había traído consigo cuando llegó unos minutos antes. Se había subido las mangas del suéter para que no se mojaran con el agua de un segundo florero que había encontrado, de modo que allí estaba la cicatriz, la cicatriz en la muñeca de la misma mano que había hecho enmudecer a la señorita Clement, la misma mano con la que perseguíamos nuestros indecentes fines en una habitación de hospital, mientras a nuestro alrededor, en las demás habitaciones, la gente se comportaba de acuerdo con unas reglas que ni siquiera permitían hablar demasiado alto. Ahora la cicatriz de Olivia me parecía tan prominente como si se hubiera cortado las venas sólo unos días antes.

Cuando era niño, en ocasiones mi padre me llevaba al matadero, que estaba en la calle Astor del Ironbound, el extenso barrio de clase obrera de Newark, y también me llevaba al mercado de volatería, al final de la calle Bergen. En este último les veía sacrificar los pollos. Les veía matar a millares de pollos de acuerdo con las leyes kosher. Primero, mi padre elegía los pollos que quería. Estaban en una jaula, tal vez de cinco compartimientos de altura, y él metía la mano para sacar uno, lo agarraba por la cabeza para que no le picara y palpaba el esternón. Si éste se movía, el pollo era joven y su carne no sería dura; si estaba rígido, es más que probable que el pollo fuera viejo y estuviera duro. También le soplaban las plumas para verle la piel: quería que la carne fuese amarilla y un poco grasa. Colocaba a los seleccionados en una de las cajas que tenían allí, y entonces el *shochet*, el matarife, procedía a sacrificarlos ritualmente. Doblaba el cuello hacia atrás, sin romperlo, sólo arqueándolo, tal vez arrancaba algunas plumas para que el cuello estuviera al descubierto y poder ver lo que estaba haciendo, y entonces, con el cuchillo afilado como una navaja de afeitar, lo degollaba. Para que el pollo fuese kosher, tenía que degollarlo de un solo golpe certero y letal. Una de las imágenes más extrañas que recuerdo de mi niñez era la matanza de los pollos no kosher, a los que decapitaban sin más. ¡Chas! ¡Plaf! Entonces ponían el pollo sin cabeza boca abajo en un embudo. Tenían unos seis o siete embudos en un círculo. Así la sangre del pollo muerto podía verterse en un gran barril. A veces las patas de los pollos aún se movían, y en ocasiones un pollo se caía del embudo y, como se suele oír, correteaba de un lado a otro con la cabeza cortada. Esos pollos podían chocar contra una pared, pero seguían corriendo de todos modos. También a los pollos kosher los metían en el embudo. El derramamiento de sangre, la matanza... mi padre estaba acostumbrado a esas

cosas, pero a mí al principio, como es natural, me turbaban, por más que intentara disimularlo. Era pequeño, tenía seis o siete años, pero aquél era nuestro negocio, y pronto acepté que el negocio era un gran estropicio. Lo mismo que el matadero, donde, para que el animal fuese kosher, tenían que dejar que la sangre se derramara. En un matadero no kosher pueden pegarle un tiro al animal, pueden golpearle hasta dejarlo inconsciente, pueden matarlo de la manera que quieran. Para ser kosher, en cambio, el animal ha de desangrarse hasta morir. Y en mis días como hijo pequeño de un carnicero que aprendía en qué consiste la matanza, colgaban al animal de una pata para que se desangrara. Primero le rodean la pata trasera con una cadena, para que quede atrapado. Pero esa cadena también sirve para alzarlo, y rápidamente lo levantan y se queda colgado de la pata, de modo que toda la sangre baje a la cabeza y la parte superior del cuerpo. Entonces están listos para matarlo. Entra *el shochet* con su bonete. Se sienta en una especie de hueco en la pared, o al menos así lo hacía en el matadero de la calle Astor, coge la cabeza del animal, la coloca sobre sus rodillas, toma una hoja bastante grande, dice una *bracha* (una bendición) y corta el cuello. Si lo hace de un solo tajo, corta la tráquea, el esófago y las carótidas, y no toca el espinazo, el animal muere al instante y es kosher; si necesita dos cortes o el animal está enfermo o incapacitado o el cuchillo no está perfectamente afilado o simplemente roza el espinazo, el animal no es kosher. El *shochet* rebana el cuello de oreja a oreja y luego cuelga al animal, y lo deja así hasta que toda la sangre se ha derramado. Es como si tomara un cubo de sangre, como si tomara varios cubos, y los vertiera todos al mismo tiempo, porque con esa rapidez sale la sangre a borbotones de las arterias y cae al suelo, un suelo de hormigón que tiene un desagüe. El hombre está ahí con sus botas, con la sangre hasta los tobillos a pesar del desagüe... y yo veía todo eso cuando era pequeño. Lo presencié muchas veces. Mi padre consideraba importante que lo viera: el mismo hombre que ahora estaba atemorizado por todo cuanto pudiera ocurrirme y, por la razón que fuese, atemorizado por sí mismo.

A lo que quiero llegar con todo esto es que aquello era lo que Olivia había tratado de hacer: matarse de acuerdo con los preceptos kosher, vaciando su cuerpo de sangre. De haber tenido éxito, de haber completado expertamente la tarea con un solo y perfecto corte de la hoja, se habría convertido en kosher según la ley rabínica. La reveladora cicatriz de Olivia se debía al intento de realizar su propia matanza ritual.

Mi estatura me venía de mi madre. Era una mujer robusta que medía metro ochenta y se alzaba no sólo por encima de mi padre, sino por encima de todas las madres del barrio. Con las cejas pobladas y oscuras y el áspero cabello gris (y, en la tienda, con sus ásperas ropas grises debajo de un delantal blanco

ensangrentado), encarnaba el papel de la trabajadora de un modo tan convincente como cualquier mujer soviética en los carteles de propaganda sobre los aliados de ultramar de Estados Unidos que estaban fijados a las paredes de nuestra escuela de primaria durante la segunda guerra mundial. Olivia era esbelta y de cabello claro, e incluso con una estatura de algo más de metro setenta parecía bajita al lado de mi madre, de modo que cuando la mujer que trabajaba con un ensangrentado delantal blanco blandiendo largos cuchillos afilados como espadas, y abriendo y cerrando la puerta de la cámara frigorífica tendió la mano a Olivia para estrechar la suya, vio no sólo el aspecto que Olivia debió de tener en su infancia, sino también lo poco protegida que estaba contra la confusión cuando la asaltaba con toda su fuerza. No sólo su delicada mano parecía una chuleta de cordero lechal en la manaza, como una garra de osa, de mi madre, sino que se veía todavía atenazada por lo que fuese que, sólo pocos años después de dejar atrás la infancia, la había impulsado primero a beber y luego la había llevado al borde de la destrucción. Era blanda y frágil hasta la médula de los huesos, una chiquilla realmente herida, y por fin lo comprendí sólo porque mi madre, incluso bajo los ataques de mi padre y dispuesta a hacer algo tan extremo como divorciarse, lo cual equivaldría a matarlo (sí, ahora también lo veía a él muerto), era cualquier cosa menos blanda y frágil. Que mi padre pudiera haberle hecho tomar la iniciativa de ir a un abogado para pedir el divorcio no era una medida de la debilidad de ella, sino del aplastante poder de la inexplicable transformación que él había sufrido, de los implacables indicios de catástrofe que le habían hecho cambiar por completo.

Mi madre llamó a Olivia «señorita Hutton» durante los veinte minutos que estuvieron juntas en mi habitación de hospital. Por lo demás su comportamiento fue impecable, al igual que el de Olivia. No le hizo a ésta preguntas embarazosas, no fisgó acerca de su procedencia, ni tampoco sobre el tipo de relación que podíamos tener para que ella estuviera arreglando flores en mi habitación. Ella sí que tuvo tacto. Le presenté a Olivia como una compañera que me informaba de los trabajos asignados en la universidad y se los llevaba una vez hechos, a fin de mantenerme al día en los estudios. Ni una sola vez la sorprendí mirando las muñecas de Olivia, ni tampoco evidenció la menor suspicacia ni desaprobación acerca de la muchacha. Si mi madre no se hubiera casado con mi padre, habría conseguido sin dificultad empleos que exigieran muchas más habilidades de diplomacia y aplicación de la inteligencia que las requeridas para trabajar en una carnicería. Su formidable figura ocultaba la delicadeza de la que era capaz cuando las circunstancias requerían una astucia mundana de la que mi padre carecía.

Como he dicho, tampoco Olivia me defraudó. Ni siquiera torció el gesto al oír que mi madre la llamaba repetidamente «señorita Hutton», aunque yo lo hice en cada ocasión. ¿Qué era lo que había en ella que requiriese tal formalidad? No

podía ser el hecho de que no fuese judía. Aunque mi madre era una provinciana judía de Newark como correspondía a su clase, su época y su procedencia, no era una provinciana estúpida, y sabía muy bien que, al vivir en el corazón del Medio Oeste norteamericano a mediados del siglo XX, era más que probable que su hijo buscara la compañía de chicas educadas en el predominante, omnipresente y casi oficial credo norteamericano. ¿Era entonces el aspecto de Olivia lo que la había desconcertado, el aire de privilegio que tenía, como si nunca hubiera experimentado una sola penalidad? ¿Era el esbelto y joven cuerpo femenino? ¿No estaba mi madre preparada para la flexible delicadeza física coronada por la abundancia de aquel cabello castaño rojizo? ¿Por qué le decía una y otra vez «señorita Hutton» a una chica de diecinueve años bien educada que, por lo que ella sabía, no había hecho más que ayudar a su hijo a recuperarse mientras convalecía de una operación en el hospital? ¿Qué la había ofendido? ¿Qué la había alarmado? No podían haber sido las flores, aunque éstas no ayudaban precisamente. Sólo podía haber sido un rápido atisbo de la cicatriz lo que había hecho indecible e impronunciable el nombre de Olivia. Era la cicatriz junto con las flores.

La cicatriz había tomado posesión de mi madre, y tanto Olivia como yo lo sabíamos. Todos lo sabíamos, lo cual hacía casi insoportable escuchar las palabras que se dijeran sobre cualquier otra cosa. Que Olivia hubiera aguantado en la habitación con mi madre durante veinte minutos era una desgarradora hazaña de valentía y fortaleza.

En cuanto Olivia se hubo marchado para tomar el autobús de regreso a Winesburg, mi madre fue al baño, no para asearse sino para limpiar el lavabo, la bañera y el váter con jabón y toallas de papel.

—No hagas eso, mamá —le grité desde la cama. Acabas de bajar de un tren. Todo está suficientemente limpio.

—Estoy aquí, necesita que lo limpien y voy a hacerlo —replicó ella.

—No hace falta. Esta mañana han hecho la limpieza.

Pero ella necesitaba hacerlo más de lo que el baño necesitaba ser limpiado. El trabajo... ciertas personas anhelan trabajar, cualquier trabajo, por duro o desagradable que sea, para disipar la dureza de su vida y ahuyentar de su mente los pensamientos letales. Cuando terminó, volvía a ser la madre de siempre, fregar y restregar le habían devuelto el calor femenino que siempre tenía a su disposición para darme. Recordé que de niño, cuando iba a la escuela, la idea de que «Mamá está en el trabajo» siempre acudía a mi mente cada vez que pensaba en ella, «Mamá está en el trabajo», pero no porque el trabajo fuese una carga para ella. Para mí, su grandeza materna radicaba en que su formidable energía como carnicera no era inferior a la de mi padre.

—Bueno, háblame de tus estudios —me pidió, mientras se sentaba en la silla

del rincón y yo me incorporaba y me apoyaba en las almohadas. Háblame de lo que estás aprendiendo aquí.

—La historia norteamericana hasta mil ochocientos sesenta y cinco. Desde los primeros asentamientos en Jamestown y la bahía de Massachusetts hasta el final de la guerra civil.

—¿Y te gusta?

—Sí, mamá, me gusta.

—¿Qué más estudias?

—Los principios del gobierno norteamericano.

—¿De qué se trata?

—De cómo funciona el gobierno. Sus fundamentos. Sus leyes. La Constitución. La separación de poderes. Las tres ramas. En el instituto estudié educación cívica, pero nunca la organización del gobierno de un modo tan exhaustivo. Es una buena asignatura. Leemos documentos. Leemos algunos de los casos célebres del Tribunal Supremo.

—Eso es estupendo. Es lo que se te da mejor. ¿Y los profesores?

—Están bien. No son genios, pero son bastante buenos. En cualquier caso, ellos no son lo más importante. Tengo los libros para estudiar, dispongo de la biblioteca... tengo todo lo que un cerebro requiere para educarse.

—¿Eres más feliz lejos de casa?

—Estoy mejor, mamá —respondí, y pensé que estaba mejor porque ella no lo estaba.

—Léeme algo, cariño. Léeme algo de uno de tus libros de texto. Quiero escuchar lo que estás aprendiendo.

Tomé el primer volumen de *El desarrollo de la república norteamericana*, que Olivia me había traído de mi habitación en la residencia y, abriéndolo al azar, di con el inicio de un capítulo que ya había estudiado, «La administración de Jefferson», subtítulo «I. La Revolución de 1800».

Empecé a leer:

—«Años después, al reflexionar sobre los acontecimientos de una vida tan llena de actividad, Thomas Jefferson pensó que su elección como presidente señaló una revolución tan auténtica como la de mil setecientos setenta y seis. Había salvado al país de la monarquía y el militarismo, y le había devuelto la sencillez republicana. Pero la monarquía nunca había supuesto ningún peligro; fue John Adams quien salvó al país del militarismo; y un poco de sencillez no se puede considerar algo revolucionario».

Seguí leyendo:

—«Fisher Ames predijo que, con un presidente “jacobino”, Estados Unidos no podría librarse de un auténtico reinado de terror. Sin embargo, los cuatro años que siguieron constituyeron una de las Olimpiadas Republicanas más tranquilas, marcada no por reformas radicales o tumultos populares...».

Y cuando me interrumpí a media frase y alcé la vista, vi que mi madre se había quedado adormilada en la silla. Había una sonrisa en su rostro. Su hijo le estaba leyendo en voz alta lo que estudiaba en la universidad. Sólo por eso valía la pena el viaje en tren, el recorrido en autobús y tal vez incluso haber visto la cicatriz de la señorita Hutton. Por primera vez en varios meses se sentía feliz.

Para que siguiera así, reanudé la lectura:

—«... sino por la adquisición pacífica de un territorio de nuevo tan grande como Estados Unidos. Las elecciones de mil ochocientos—mil ochocientos uno supusieron un cambio de hombres más que de medidas, y la transferencia del poder federal desde la latitud de Massachusetts a la de Virginia...».

Ahora estaba completamente dormida, pero no me detuve. Madison. Monroe. J. Q. Adams. Habría seguido leyendo hasta llegar a Harry Truman si de ese modo hubiera podido aliviar la congoja de haberla dejado atrás, sola con un marido al que ahora era imposible dominar.

Mi madre pasó la noche en un hotel no lejos del hospital y me visitó de nuevo al día siguiente, lunes, por la mañana, antes de partir en autobús hacia la estación donde tomaría el tren para regresar a casa. Yo también abandonaría el hospital aquel día, después de comer. Sonny Cottler me había telefonado la noche anterior. Acababa de enterarse de mi apendicectomía y, pese a lo desagradable que había sido nuestro último encuentro en el patio de la universidad, al que ninguno de los dos aludió, insistió en venir a buscarme para llevarme en su coche del hospital a la universidad, donde el personal del decano Caudwell había arreglado las cosas para que, durante la semana siguiente, durmiera en una cama de la pequeña enfermería anexa al Departamento de Salud Estudiantil. Allí descansaría cuando lo necesitara durante el día y podría retomar todas mis clases, excepto la de educación física. Al cabo de ese tiempo debería estar en condiciones de subir los tres tramos de escalera hasta mi habitación en la planta superior de Neil Hall. Y en un par de semanas podría reanudar mi trabajo en el hostal.

Aquel lunes por la mañana mi madre se había recuperado, y era la mujer entera e inquebrantable de siempre. Una vez que la hube tranquilizado contándole las disposiciones que había tomado la universidad para mi regreso, lo primero que me dijo fue:

—No me voy a divorciar, Marcus. Lo he decidido. Le soportaré. Haré cuanto pueda por ayudarle, si es que algo puede ayudarle. Si eso es lo que deseas de mí, eso es lo que yo también deseo. No quieres tener unos padres divorciados, y no quiero que los tengas. Ahora lamento de veras haber tenido tales pensamientos. Siento habértelo dicho. La manera en que lo hice, aquí en el hospital, cuando acababas de levantarte y empezabas a caminar sin ayuda... no estuvo bien. No fue justo. Te pido disculpas. Me quedaré con él, Marcus, a las duras y a las

maduras.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y de inmediato me los cubrí con la mano, como si de ese modo pudiera ocultarlas o conseguir contenerlas con los dedos.

—Puedes llorar, Markie. Te he visto llorar antes.

—Sé que me has visto. Sé que puedo, pero no quiero. Es que me siento tan feliz... —Tuve que parar un momento, para recobrar la voz y recuperarme tras haber sido reducido por sus palabras a la diminuta criatura que no es más que su necesidad de atención y cuidado perpetuos—. Me siento muy feliz por lo que acabas de decirme. Es posible que su comportamiento sea sólo algo temporal, ¿sabes? Esta clase de cosas pueden ocurrirle a uno cuando llega a cierta edad, ¿no es cierto?

—Claro que sí —respondió ella, tranquilizadamente.

—Gracias, mamá. Esto es un gran alivio para mí. No podía imaginarle viviendo solo. Sin más que la tienda y su trabajo, y nadie que le espere en casa cuando vuelva por la noche, sin compañía los fines de semana... era inimaginable.

—Es peor que inimaginable, así que no te lo imagines —me dijo. Pero ahora debo pedirte algo a cambio. Porque hay algo que es inimaginable para mí. Nunca hasta ahora te había pedido nada. Nunca te he pedido nada porque no tenía necesidad de hacerlo, porque, como hijo, eres perfecto. Lo único que siempre has querido es ser un chico que hace las cosas bien. Has sido el mejor hijo que una madre podría tener. Pero voy a pedirte que dejes de relacionarte con la señorita Hutton. Porque me resulta inimaginable que estés con ella. Markie, aquí has venido para estudiar, a estudiar el Tribunal Supremo y a Thomas Jefferson y a prepararte para seguir la carrera de derecho. Estás aquí para que algún día seas una persona respetada en la comunidad a la que los demás acudan en busca de ayuda. Estás aquí para no tener que ser un Messner como tu abuelo, tu padre y tus primos y trabajar en una carnicería durante el resto de tu vida. No estás aquí para meterte en líos con una chica que se ha cortado las muñecas con una cuchilla de afeitar.

—Una muñeca —puntualicé. Se cortó una muñeca.

—Una es suficiente. Sólo tenemos dos, y una es demasiado. Seguiré con tu padre, Markie, y a cambio te pediré que la dejes antes de que las cosas se compliquen demasiado y no sepas cómo salir de ésta. Quiero que hagamos un trato. ¿Harás ese trato conmigo?

—Sí —contesté.

—¡Ése es mi chico! ¡Mi alto y maravilloso chico! El mundo está lleno de muchachas que no se han cortado ninguna muñeca... que no se han cortado nada. Las hay a millones. Búscate una de ellas. Puede ser una gentil, puede ser cualquier cosa. Estamos en mil novecientos cincuenta y uno. No vives en el viejo

mundo de mis padres, ni en el de mis abuelos, ni en el de los padres que les precedieron. ¿Por qué habrías de hacerlo? Ese viejo mundo queda lejos, muy lejos, y todo cuanto lo formaba hace mucho que desapareció. Lo único que queda es la carne kosher. Con eso basta. Es suficiente. Tiene que serlo. Probablemente debe de serlo. Todo lo demás puede desaparecer. Nosotros tres nunca hemos vivido como habitantes de un gueto, y no vamos a empezar ahora. Somos americanos. Sal con quien quieras, cástate con quien quieras... siempre que no haya intentado quitarse la vida con una cuchilla de afeitar. Una chica tan herida que llega a hacer una cosa así no te conviene. Querer borrarlo todo antes de que haya empezado tu vida... ¡de ninguna manera! No tienes nada que ver con una persona así, no la necesitas para nada, por más que te parezca una diosa y por muchas flores bonitas que te traiga. Es una chica guapa, de eso no hay ninguna duda, y resulta evidente que es de buena familia, aunque tal vez no la hayan criado tan bien como parece a simple vista. Esas cosas nunca se saben. Nunca sabes la verdad de lo que ocurre en las casas de los demás. Cuando un niño se tuerce, lo primero que hay que hacer es fijarse en la familia. De todos modos, me compadezco de esa chica. No tengo nada contra ella. Le deseo suerte. Ruego, por su bien, que pueda abrirse camino en la vida. Pero tú eres mi único hijo, te he tenido sólo a ti, y soy responsable de ti, no de ella. Tienes que cortar de raíz la relación. Debes buscarte otra novia.

—Entendido —le dije.

—¿De veras? ¿O me lo dices para evitar una discusión?

—No me asustan las discusiones, mamá. Ya lo sabes.

—Sé que eres fuerte. Te enfrentaste a tu padre, y él no es ningún alfeñique. Y tuviste razón al enfrentarte a él; entre nosotros, me sentí orgullosa de que le plantaras cara. Pero confío en que eso no signifique que, cuando me marche de aquí, cambiarás de idea. No lo harás, ¿verdad, Markie? Cuando vuelvas a la universidad, cuando ella vaya a verte, cuando empiece a llorar y veas sus lágrimas, ¿no cambiarás de idea? Es una chica de lágrima fácil, eso se ve en cuanto la miras. Por dentro es un pozo de aflicción. ¿Podrás hacer frente a sus lágrimas, Marcus?

—Sí.

—¿Podrás hacer frente a sus gritos histéricos, si llega a ese extremo? ¿Podrás hacer frente a sus súplicas desesperadas? ¿Podrás mirar a otro lado cuando una persona que sufre te ruega una y otra vez lo que quiere de ti y tú no vas a darle? Sí, a un padre puedes decirle: «No es asunto tuyo... ¡déjame en paz!». Pero ¿tienes la clase de fortaleza que hace falta para actuar así? Porque también tienes conciencia. Una conciencia que me enorgullece que tengas, pero que puede ser tu enemiga. Tienes conciencia y eres compasivo, y también dulce... así que dime, ¿sabes cómo hacer con esa chica lo que tal vez debas hacer? Porque la debilidad del prójimo puede destruirte tanto como su fuerza. Los débiles no son

inofensivos. Su debilidad puede ser su fuerza. Una persona tan inestable es una amenaza para ti, Markie, y una trampa.

—No es necesario que sigas, mamá. Déjalo ya. Hemos hecho un trato.

Entonces me rodeó con aquellos brazos suyos, unos brazos tan fuertes como los míos, si no más, y me dijo:

—Eres un chico muy emocional, como lo son tu padre y todos sus hermanos. Eres un Messner como todos los Messner. En otro tiempo tu padre fue el juicioso, el razonable, el único que tenía la cabeza sobre los hombros. Ahora, por la razón que sea, está tan loco como los demás. Los Messner no son sólo una familia de carniceros. Son una familia de vocingleros y chillones que no dan su brazo a torcer y se empeñan en darse cabezazos contra la pared, y ahora, de repente, tu padre cojea del mismo pie que ellos. Que no te ocurra a ti. Debes estar por encima de tus sentimientos. No soy yo quien te lo exige: es la vida. De lo contrario los sentimientos te arrastrarán. Te arrastrarán al mar y desaparecerás para siempre. Los sentimientos pueden ser el mayor problema de la vida. Los sentimientos pueden jugarte las más terribles pasadas. Lo han hecho conmigo, cuando te he dicho que iba a divorciarme de tu padre. Ahora me he enfrentado a esos sentimientos. Prométeme que te enfrentarás de la misma manera a los tuyos.

—Lo haré, te lo prometo.

Nos besamos y abrazamos y, pensando al unísono en mi padre, nos sentimos como fundidos por un ansia desesperada de que ocurriera un milagro.

En la enfermería, me asignaron la estrecha cama de hospital, una de las tres que había en la pequeña y luminosa habitación que daba a los árboles del campus, que ocuparía durante la siguiente semana. La enfermera me enseñó a tirar de la cortina que rodeaba la cama para disponer de intimidad, aunque, como me dijo, las otras dos camas estaban desocupadas, por lo que de momento tendría toda la habitación para mí solo. Me indicó el baño al otro lado del pasillo, donde había un lavabo, un váter y una ducha. La visión de aquello me evocó a mi madre limpiando el baño del hospital después de que Olivia se hubiera ido para regresar al campus... después de que Olivia se hubiera ido y, si yo cumplía la promesa que le había hecho a mi madre, quedara para siempre al margen de mi vida.

Sonny Cottler estaba conmigo en la enfermería y me ayudaba a colocar mis pertenencias —libros de texto y unos pocos artículos de aseo personal— para que, a fin de cumplir con las instrucciones del médico que me dio el alta, no tuviera que acarrear ni levantar ningún peso. Cuando regresábamos en su coche desde el hospital, Sonny me había dicho que podía llamarle para cualquier cosa que necesitara y me invitó a cenar aquella noche en su fraternidad. Estuvo de lo más amable y atento, y me pregunté si mi madre le habría hablado de Olivia y

se mostraba tan solícito para impedir que siguiera colgado por ella y rompiera el trato con mi madre, o si en secreto planeaba llamarla y salir de nuevo con ella, ahora que yo la había repudiado. A pesar de la ayuda que me prestaba, no podía evitar mi desconfianza.

Todo cuanto veía u oía hacía que mis pensamientos volvieran a Olivia. Rechacé la invitación a cenar en la fraternidad con Sonny y tomé mi primera comida de vuelta al campus solo en la cafetería, con la esperanza de ver a Olivia comiendo también sola en una de las mesas pequeñas. Di un largo rodeo para volver a la enfermería, pasando ante el Owl, al que me asomé para ver si estaba comiendo sola en el mostrador, aunque sabía que el local le desagradaba tanto como a mí. Y mientras buscaba la oportunidad de tropezar con ella, mientras descubriría que todo, empezando por el baño de la enfermería, me la recordaba, le hablaba mentalmente: «Ya te echo de menos. Siempre te echaré de menos. ¡Nunca habrá nadie como tú!». Y de manera intermitente, como respuesta, me llegaba su melódico y desenfadado: «Disparé una flecha al aire, / cayó a tierra, no supe dónde». «Ah, Olivia», pensaba, y empecé a escribirle otra carta, también en mi cabeza, «eres tan extraordinaria, tan hermosa, tan inteligente, tan noble, tan lúcida, con un atractivo sexual tan fuera de lo corriente. ¿Qué más da que te cortaras las venas? La herida se curó, ¿no? ¡Y tú también! Sí, me la chupaste... ¿dónde está el crimen? Sí, se la chupaste a Cottler, ¿dónde...?». Pero esa idea, y la instantánea que la acompañaba, no era tan fácil de asimilar y no fue poco el esfuerzo que requirió borrarla. «Quiero estar contigo. Quiero estar cerca de ti. Eres realmente una diosa... mi madre tenía razón. ¿Y quién abandona a una diosa porque su madre le pide que lo haga? Y mi madre no se divorciará de mi padre haga yo lo que haga. Es impensable que lo envíe a vivir a la trastienda con los gatos. Su anuncio de que se divorciaba de él y de que había consultado con un abogado no ha sido más que una treta para engañarme. Aunque puede que no fuera una treta, porque ya me había hablado del divorcio aun antes de conocerte. A menos que los parientes de Cottler en Newark ya la hubieran informado acerca de ti. Pero mi madre nunca me engañaría de esa manera. Ni yo podría engañarla a ella. Estoy atrapado... ¡he hecho una promesa que jamás podré romper, una promesa que mantener me destruirá!».

O tal vez, pensé, podría romper la promesa sin que ella se enterase... Pero el martes, cuando fui a clase de historia, desapareció toda posibilidad de traicionar la confianza de mi madre, porque Olivia no estaba allí. Tampoco se presentó el jueves en clase. Como tampoco la había visto en la iglesia, cuando asistí el miércoles al servicio religioso. Comprobé todos los asientos de todas las hileras, y ella no estaba. Y yo que había pensado: Nos sentaremos uno junto al lado del otro durante el servicio religioso, y todo lo que me desquicia se volverá de repente una fuente de diversión, con Olivia riendo encantadoramente a mi lado.

Pero ella había abandonado por completo la universidad. Lo supe en cuanto vi

que no asistía a la clase de historia, y tuve la confirmación cuando telefoneé a su residencia y dije que quería hablar con ella. La persona que se puso al aparato me dijo: « Se ha ido a casa », educadamente, pero en un tono que me hizo pensar que había pasado algo más que el hecho de que Olivia se hubiera « ido a casa » ... algo de lo que se suponía que no debían hablar. Como no la había llamado ni me había puesto en contacto con ella, había intentado de nuevo suicidarse... eso tenía que ser lo que había sucedido. Después de que mi madre la hubiera llamado « señorita Hutton » una docena de veces en veinte minutos, después de haber esperado en vano que la telefonease cuando regresé a la universidad y me instalé en la enfermería, ella había tomado la clase de medidas sobre las que precisamente me había advertido mi madre. Así pues, era un tipo con suerte, ¿no? Me había librado de una novia suicida, ¿no? Sí, y jamás me había sentido más desolado.

¿Y si el suicidio no se había quedado en intento...? ¿Y si había tenido éxito? ¿Y si esta vez se había cortado ambas muñecas y se había desangrado hasta morir en la residencia...? ¿Y si lo había hecho en el cementerio junto al que aparcamos aquella noche? No sólo la universidad haría todo lo posible por mantenerlo en secreto, sino también su familia. De ese modo nadie en Winesburg sabría jamás lo que había pasado, y nadie excepto yo sabría el porqué. A menos que hubiera dejado una nota. Entonces todo el mundo me culparía del suicidio... a mi madre y a mí.

Tuve que volver a Jenkins y bajar al sótano, para encontrar, frente a la estafeta de correos, una cabina con puerta plegable que pudiera cerrar y efectuar la llamada sin que nadie oyera lo que decía. En la estafeta de correos no había encontrado ninguna nota de Olivia: fue lo primero que comprobé después de que Sonny me dejara instalado en la enfermería. Antes de hacer la llamada volví a comprobarlo, y esta vez encontré un sobre con el membrete de la universidad que contenía una carta manuscrita del decano Caudwell:

Querido Marcus:

Todos nos alegramos de que esté de regreso en el campus y de que el médico nos haya asegurado que se está recuperando de este trance de forma óptima. Espero que ahora reconsidere su decisión de no formar parte de nuestro equipo de béisbol la próxima primavera. Para esta nueva temporada el equipo necesita un jugador de cuadro alto y ágil, como el Marty Marion de los Cards, y creo que usted reúne las condiciones ideales para ese puesto. Sospecho que es un gran corredor y, como sabe, hay maneras de llegar a la base y ayudar a anotar carreras que no requieren golpear la pelota por encima de la valla. Un toque de bola para alcanzar una base puede ser una de las jugadas más hermosas que cabe contemplar en el mundo del deporte. Ya he hablado

con el entrenador Portzline y está deseando verle cuando se realicen las pruebas el día 1 de marzo. Ha vuelto usted renovado a la comunidad de Winesburg, y le damos la bienvenida. Quisiera pensar que éste es el momento de su regreso al redil. Confío en que así lo piense usted también. Si puedo serle de alguna ayuda, por favor, no dude en acudir a mi despacho.

Sinceramente suyo,

HAWES D. CAUDWELL,
decano de los varones

En la ventanilla de la estafeta cambié un billete de cinco dólares en monedas de veinticinco centavos, y luego, tras cerrar la pesada puerta de vidrio, me acomodé en la cabina, donde dispuse las monedas en rimeros de cuatro sobre el estante curvo debajo del teléfono, donde un tal «G. L.» se había atrevido a grabar sus iniciales. De inmediato me pregunté cómo castigaron a G. L. cuando lo atraparon.

Estaba preparado para no sabía qué, y ya tan empapado en sudor como lo había estado en el despacho de Caudwell. Marqué el número de información interurbana y pedí el número del doctor Hutton de Hunting Valley. Había uno, en efecto, un doctor Tyler Hutton. Anoté dos números, el del consultorio del doctor Hutton y el de su domicilio. Aún era de día, y, como ya me había convencido de que Olivia estaba muerta, decidí llamar al consultorio, suponiendo que, debido al fallecimiento de un familiar, su padre no estaría en el trabajo y que, hablando con una recepcionista o una enfermera, podría tener una idea de lo que había ocurrido. No quería hablar con su padre o su madre por miedo a que me dijeran: «De modo que eres tú, tú eres el muchacho... tú eres el Marcus de la nota de suicidio». Después de que la operadora interurbana me pasara con el consultorio y de que yo hubiera introducido un torrente de monedas en la ranura apropiada, dije: «Hola, soy amigo de Olivia», pero no supe qué decir a continuación. «Éste es el consultorio del doctor Hutton», me informó la mujer al otro extremo de la línea. «Sí, quisiera informarme acerca de Olivia», repliqué. «Éste es el consultorio», dijo la mujer, y colgué.

Desde el patio principal caminé cuesta abajo hacia los edificios de las residencias femeninas y subí las escaleras de Dowland Hall, donde Olivia había vivido y donde la recogí en el LaSalle de Elwyn la noche de la cita que selló su condenación. Entré, y sentada a la mesa que bloqueaba el acceso a la planta baja y la escalera estaba la estudiante de guardia. Le mostré mi carnet estudiantil y le pregunté si podía telefonear al piso de Olivia para decirle que la estaba esperando abajo. Ya había llamado a Dowland el jueves, cuando por segunda vez Olivia no asistió a la clase de historia. Fue entonces cuando me dijeron: «Se ha ido a casa». «¿Cuándo volverá?». «Se ha ido a casa». Por eso fui a preguntar de

nuevo por ella, esta vez en persona, y, una vez más, recibí un abrupto rechazo. «¿Se ha ido para siempre?» , pregunté. La chica de guardia se limitó a encogerse de hombros. «¿Sabes si está bien?» . Se pasó largo rato meditando una respuesta, para, finalmente, decidir no darme ninguna.

Era viernes, 2 de noviembre. Llevaba cinco días fuera del hospital y estaba previsto que el lunes subiera de nuevo los tres tramos de escaleras hasta mi habitación en Neil Hall, pero me sentía más débil de lo que me sentí cuando me hicieron levantar de la cama para dar los primeros pasos después de la operación. ¿A quién podía llamar para que me confirmara que Olivia estaba muerta sin que también me acusara de ser quien la había matado? ¿Habrían publicado los periódicos la noticia de que una estudiante de Winesburg se había suicidado? ¿No debería ir a la biblioteca y hojear los diarios de Cleveland para averiguarlo? Sin duda la noticia no habría aparecido en el periódico de la ciudad, el *Winesburg Eagle*, ni en el de los estudiantes, el *Owl's Eye*. Podías suicidarte veinte veces en el campus y no aparecer jamás en aquel insípido periodicucho. ¿Qué estaba haciendo yo en un lugar como Winesburg? ¿Por qué no estaba comiendo mi almuerzo en su envoltorio de papel junto a Spinelli, un tanto apartados de los borrachos en el parque municipal, por qué no estaba jugando como segunda base para Robert Treat y participando en todos aquellos grandes cursos que impartían mis profesores de Nueva York? ¿Si mi padre, si Flusser, si Elwyn, si Olivia...!

Salí de Dowland, volví apresuradamente a Jenkins y recorrí a toda prisa el pasillo de la planta baja hasta llegar al despacho del decano Caudwell, donde pregunté a su secretaria si podía verle. La mujer me hizo esperar en una silla frente a su escritorio en el antedespacho hasta que finalizara la reunión que mantenía el decano con otro alumno. Éste resultó ser Bert Flusser, a quien no había visto desde que me mudé desde la primera de mis habitaciones. ¿Por qué razón estaría reunido con el decano? O más bien, ¿por qué razón no estaba en su despacho cada día? Sus discusiones con él debían de ser constantes. Sus discusiones con todo el mundo debían de ser constantes. Provocación, rebelión y censura. ¿Cómo representas ese drama un día tras otro? ¿Y quién, salvo alguien como Flusser, querría estar continuamente equivocado, querría que le reprendieran y juzgaran, que le despreciaran por su singularidad, por sentir repugnancia hacia todo el mundo y ser peculiar de una manera tan abominable? ¿Qué mejor lugar que Winesburg para que un Bertram Flusser gozara sin moderación del lujo de ser rechazado? Allí, en el mundo de los probos, él estaba como pez en el agua siendo objeto de anatema... más de lo que podría decirse de mí. Sin importarle la presencia de la secretaria, Flusser me dijo:

—El vómito... buen trabajo. —Se dirigió hacia la puerta y, antes de salir al pasillo, se volvió y dijo entre dientes—: Me vengaré de todos vosotros.

La secretaria fingió no haber oído nada, y se limitó a levantarse para

acompañarme a la puerta del decano.

—El señor Messner —dijo tras llamar con los nudillos.

El decano se levantó y rodeó su mesa para estrecharme la mano. Para entonces hacía ya tiempo que no quedaba rastro del hedor que había dejado a mis espaldas. ¿Cómo se habría enterado Flusser? ¿Porque todo el mundo lo sabía? ¿Porque la secretaria del decano se había dedicado a difundir la noticia? Aquella universidad queapestaba a santurronería... cómo la odiaba.

—Tiene buen aspecto, Marcus —me dijo el decano—. Ha perdido unos pocos kilos, pero por lo demás se le ve muy bien.

—Decano Caudwell, no sé a quién más dirigirme acerca de algo que es muy importante para mí. Por cierto, no fue mi intención vomitar aquí.

—Se puso usted enfermo y se mareó, eso es todo. Ahora está conveciente y pronto se habrá recuperado del todo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Se trata de una alumna —respondí. Iba a mi clase de historia. Y ahora se ha marchado. Cuando le dije que había salido con una chica, me refería a ella. Olivia Hutton. Ahora ha desaparecido. Nadie me dice adónde ha ido ni sus motivos para marcharse. Tengo miedo de que algo terrible pueda haberle ocurrido. Tengo miedo —añadí— de que yo pueda tener algo que ver con ello.

No deberías haber dicho eso, pensé. Te expulsarán por haber contribuido a cometer un suicidio. Hasta podrían entregarte a la policía. Probablemente entregaron a G. L. a la policía.

Aún tenía en el bolsillo la carta del decano en la que saludaba mi regreso a la universidad « renovado » . Acababa de recogerla. Eso era lo que me había atraído a aquel despacho: de aquella manera tan absurda me había dejado embaucar.

—¿Qué hizo usted que le lleve a pensar algo así?

—Salimos juntos una vez.

—¿Ocurrió algo en esa cita de lo que quiera hablarme?

—No, señor.

Me había atraído allí tan sólo con una amable carta manuscrita. « Un toque de bola para alcanzar una base puede ser una de las jugadas más hermosas que cabe contemplar en el mundo del deporte. Ya he hablado con el entrenador Portzline y está deseando verle cuando se realicen las pruebas... » . No, era Caudwell quien estaba deseando verme para hablar de Olivia. Había caído directamente en su trampa.

—Decano —dijo él en tono amable. Para usted soy el « decano » , por favor.

—La respuesta es no, decano —repetí. No sucedió nada de lo que quiera hablarle.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Ahora podía imaginar su nota de suicidio y comprendí cómo me había enredado para cometer perjurio: « Marcus Messner y yo mantuvimos un

contacto sexual, y luego él me abandonó como si fuese una furcia. Prefiero estar muerta que vivir con esa vergüenza» .

—¿Dejó embarazada a esa joven, Marcus?

—¿Qué...? ¡No!

—¿Está seguro?

—Completamente seguro.

—Que usted sepa, no estaba embarazada.

—No.

—Me está diciendo la verdad.

—¡Sí!

—Y no la forzó. No forzó a Olivia Hutton.

—No, señor. Nunca.

—Ella le visitó en su habitación del hospital, ¿no es cierto?

—Sí, decano.

—Según un miembro del personal del hospital, algo ocurrió allí entre ustedes dos, algo sórdido que fue observado y quedó debidamente registrado. Y aun así mantiene que no la forzó en su habitación.

—Acababan de extirparme el apéndice, decano.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Nunca he empleado la fuerza, decano Caudwell. Con nadie. Nunca he tenido que hacerlo —añadió.

—Nunca ha tenido que hacerlo. ¿Puedo preguntarle qué significa eso?

—No, no, señor, no puede. Es muy difícil hablar de esto, decano Caudwell. Creo que tengo derecho a creer que lo que sucedió en la intimidad de mi habitación de hospital, fuera lo que fuese, es algo que sólo nos concierne a Olivia y a mí.

—Tal vez sí o tal vez no. Creo que todo el mundo coincidirá conmigo en que, si alguna vez ha sido un asunto estricto entre ustedes dos, a la luz de las circunstancias ya no lo es. Creo que convendrá conmigo en que ése es el motivo por el que ha venido a verme.

—¿Por qué?

—Porque Olivia Hutton ya no está aquí.

—¿Dónde está?

—Olivia ha sufrido un colapso nervioso, Marcus. Han tenido que llevársela en ambulancia.

¿A ella, con aquella imagen que tenía, se la habían llevado en ambulancia? ¿Aquella chica agraciada con una inteligencia, una belleza, un porte, un encanto y un ingenio como los suyos? Eso era casi peor que su muerte. ¡A la chica más brillante del lugar se la llevan en ambulancia debido a un colapso nervioso, mientras que todos los demás en el campus se contemplan a sí mismos a la luz de las enseñanzas bíblicas y acaban sintiéndose estupendamente!

—No sé muy bien qué es eso de sufrir un colapso nervioso —admitió a Caudwell.

—Uno pierde el control de sí mismo. Todo se le hace una montaña y cede, se derrumba de todas las maneras concebibles. No tiene más control de sus emociones que un niño pequeño, y hay que hospitalizarle y cuidarlo como a un niño hasta que se recupera. Si llega a recuperarse. La universidad corrió un riesgo con Olivia Hutton. Conocíamos su historial psiquiátrico. Sabíamos que había sido sometida a tratamiento de electroshock y que lamentablemente había sufrido una recaída tras otra. Pero su padre es un cirujano de Cleveland y un distinguido exalumno de Winesburg, y la aceptamos a petición del doctor Hutton. No ha sido beneficioso ni para el doctor Hutton ni para la universidad, y sobre todo no lo ha sido para Olivia.

—Pero ¿se encuentra bien?

Y al formularle la pregunta tuve la sensación de que yo también estaba al borde del colapso. Por favor, me dije, por favor, decano Caudwell, hablemos juiciosamente acerca de Olivia y no sobre «una recaída tras otra» y «electroshock». Entonces comprendí que eso era lo que estaba haciendo.

—Se lo he dicho —replicó—, la chica ha sufrido un colapso nervioso. No, no está bien. Olivia está embarazada. A pesar de su historial, alguien fue más allá y la dejó preñada.

—Oh, no —dije—. ¿Y dónde está?

—En un hospital especializado en atención psiquiátrica.

—Pero no es posible que además esté embarazada.

—Es posible y lo está. Alguien se ha aprovechado de una joven indefensa, una persona profundamente desdichada que tiene trastornos mentales y emocionales desde hace mucho tiempo, incapaz de protegerse adecuadamente de los escollos que se presentan en la vida de una mujer joven. Alguien con mucho que explicar.

—No he sido yo —repliqué.

—Los informes que tenemos sobre su conducta como paciente en el hospital sugieren otra cosa, Marcus.

—Me trae sin cuidado lo que «sugieran». No voy a ser condenado sin pruebas. Una vez más me ofende el retrato que hace de mí, señor. Falsifica mis motivos y falsifica mis hechos. No he tenido ninguna relación sexual con Olivia. —Rojos de ira, añadió—: Nunca he tenido relaciones sexuales con nadie. Ninguna mujer en el mundo puede estar embarazada de mí. ¡Es imposible!

—Dado lo que todos sabemos —dijo el decano—, eso también es difícil de creer.

—¿Y qué más? ¡Váyase a la mierda!

Sí, beligerante, furiosa, impulsivamente, y por segunda vez en Winesburg. Pero no iban a condenarme sin pruebas. Estaba harto de que todo el mundo

hiciera eso.

Él se levantó, no para retroceder como Elwyn y darme un puñetazo, sino para hacerse ver en toda la majestad de su cargo. No movía nada excepto los ojos, que escrutaban mi rostro como si fuese en sí mismo un escándalo moral.

Abandoné el despacho, y comencé la espera de mi expulsión. No podía creer que Olivia estuviera embarazada, de la misma manera que no podía creer que se la hubiera chupado a Cottler ni a nadie más en Winesburg, aparte de a mí. Pero tanto si era cierto como si no que estaba embarazada —embarazada sin informarme; embarazada, por así decirlo, de la noche a la mañana; embarazada tal vez incluso antes de ingresar en Winesburg; embarazada, algo totalmente imposible, como su Virgen María—, yo mismo había sido arrastrado a la insipidez no sólo de las tradiciones de la Universidad de Winesburg, sino también de la rectitud que tiranizaba mi vida, la limitadora rectitud que, me inclinaba a concluir, había enloquecido a Olivia. No busques la causa en la familia, mamá... ¡mira lo que el mundo convencional juzga intolerable! ¡Mírame a mí, tan patéticamente convencional al llegar aquí que no pude confiar en una chica porque me la había chupado!

Mi habitación. Mi habitación, mi hogar, mi ermita, mi diminuto refugio en Winesburg... cuando entré en ella aquel viernes, después de la subida más fatigosa de lo esperado de tan sólo tres tramos y medio de escaleras, encontré las sábanas, mantas y almohadas desparramadas en todas direcciones, y sobre el colchón y el suelo el contenido de los cajones de la cómoda, todos ellos completamente abiertos. Camisetas, calzoncillos, calcetines y pañuelos se amontonaban y esparcían por el desgastado suelo de madera, junto con las camisas y los pantalones sacados con sus perchas del pequeño hueco en la pared que era mi armario, y que estaban tirados por todas partes. Entonces la vi; en el rincón bajo el alto ventanuco del cuarto, vi la basura: corazones de manzana, pieles de plátano, botellines de Coca—Cola, cajas de galletas saladas, envoltorios de caramelos, frascos de gelatina, sándwiches a medio comer y trozos de pan de molde embadurnados con lo que primero me pareció mierda, pero por suerte sólo era mantequilla de cacahuete. Un ratón apareció entre la basura, correteó hasta meterse bajo la cama y se perdió de vista. Entonces salió un segundo ratón. Luego un tercero.

Olivia. Enfurecida con mi madre y conmigo, Olivia había venido a saquear y ensuciar mi habitación, para acto seguido suicidarse. Me horrorizó pensar que, enloquecida de furia como estaba, podría haber finalizado aquel lunático desastre cortándose las venas allí mismo, sobre mi cama.

Flotaba un hedor a comida putrefacta, y otro olor, igualmente fuerte, pero que no pude identificar enseguida, tan pasmado estaba por lo que veía y suponía. Junto a mis pies había un calcetín sólo vuelto del revés. Lo recogí y me lo

acerqué a la nariz. El calcetín, una masa arrugada y tiesa, no olía a pies, sino a esperma seco. Todo lo que entonces cogí y husmeé olía del mismo modo. Todo había sido rociado con esperma. La ropa por valor de cien dólares que había comprado en la tienda universitaria sólo se había salvado porque la llevaba puesta cuando fui a la enfermería con apendicitis.

Mientras estuve ingresado en el hospital, alguien se había instalado en mi habitación y se había masturbado día y noche, corriéndose sobre casi todas mis pertenencias. Y, por supuesto, no se trataba de Olivia. Era Flusser. Tenía que ser Flusser. «Me vengaré de todos vosotros». Y aquella bacanal de un solo hombre era la venganza contra mí.

De repente me entraron arcadas, tanto por la conmoción como por los olores, y salí al pasillo desierto para gritar qué daño le había hecho yo a Bertram Flusser para que hubiera perpetrado el acto vandálico más brutal contra mis humildes posesiones. En vano traté de comprender el placer que le habría procurado mancillar cuanto era mío. Caudwell en un extremo y Flusser en el otro; mi madre en un extremo y mi padre en el otro; la Olivia juguetona y encantadora en un extremo y la Olivia desmoronada en el otro. Y en medio de todos ellos, yo defendiéndome importunamente con mis fatuos «a la mierda».

Cuando Sonny Cottler vino a buscarme en su coche y lo llevé arriba para enseñarle la habitación, me lo explicó todo. De pie junto a mí en el umbral, Sonny me dijo:

—Te quiere, Marcus. Esto son muestras de su amor.

—¿La basura también?

—Sobre todo la basura —dijo Sonny—. El John Barrymore de Winesburg está perdidamente enamorado.

—¿Es eso cierto? ¿Flusser es maricón?

—Está loco de atar y es más maricón que un palomo cojo. Deberías haberle visto con calzones de satén hasta las rodillas actuando en *La escuela del escándalo*. En el escenario, Flusser es divertidísimo: un mimo perfecto, un brillante comediante. Fuera del escenario, está completamente chiflado. Fuera del escenario, Flusser es una máscara grotesca. Hay tipos así, Marcus, y ahora has tropezado con uno de ellos.

—Pero eso no es amor... eso es absurdo.

—Hay mucho de absurdo en el amor —dijo Cottler—. Te está demostrando lo poderoso que es.

—No —repliqué—. En todo caso, es odio. Es antagonismo. Flusser ha convertido mi habitación en un vertedero porque me odia. ¿Y qué le he hecho yo? ¡Le rompí el puñetero disco con el que me mantenía toda la noche en vela! Pero eso pasó hace semanas, eso pasó cuando llegué aquí. Y le compré un disco nuevo... ¡fui a buscarlo y se lo restituí! Pero que haya hecho una barbaridad tan destructiva y repugnante como ésta, que me la haya estado guardando tanto

tiempo... eso no tiene sentido. Parecía que estaba muy por encima de todo para preocuparse por alguien como yo... ¡y en cambio, esta confrontación, esta pelea, este odio! ¿Y ahora qué? ¿Qué será lo siguiente? ¿Cómo puedo seguir viviendo aquí?

—De momento no puedes. Esta noche te instalaremos un catre en la fraternidad. Y te prestaré algo de ropa.

—¡Pero mira este sitio, huele este sitio! ¡Quiere que me revuelque en esta mierda! Joder, ahora tendré que hablar con el decano, ¿no? Tendré que informarle de esta venganza, ¿no?

—¿Al decano? ¿A Caudwell? No te lo aconsejo. Flusser no se irá con el rabo entre las piernas, Marcus, si eres tú quien le acusa. Habla con el decano y le dirá a Caudwell que tú eres el hombre de su vida. Habla con el decano y le dirá a Caudwell que habéis tenido una riña de amantes. Flusser es nuestro bohemio abominable. Sí, incluso Winesburg tiene uno. Nadie puede refrenar a Bertram Flusser. Si expulsaran a Flusser por esto, te arrastraría consigo, eso te lo garantizo. Lo último que debes hacer es ir al decano. Mira, primero una apendectomía te deja fuera de combate, luego Flusser mancilla todos tus bienes mundanos... es natural que no puedas pensar con claridad.

—¡No puedo permitirme que me expulsen de la universidad, Sonny!

—Pero tú no has hecho nada —dijo él, cerrando la puerta de mi apestosa habitación. Es a ti a quien le han hecho algo.

Sin embargo, no era poco lo que yo y mi animosidad habíamos hecho, después de que Caudwell me acusara de haber dejado embarazada a Olivia.

Cottler no me gustaba y no confiaba en él, y en cuanto subí a su coche para aceptar su ofrecimiento de un catre y algo de ropa, supe que estaba cometiendo otro error. Era locuaz, era engreído, se consideraba superior no sólo a Caudwell, sino probablemente también a mí. Criado en el barrio residencial judío más elegante de Cleveland, con unas pestañas largas y oscuras y un hoyuelo en el mentón, premiado con dos emblemas distintivos en baloncesto y, pese a ser judío, presidente por segundo año consecutivo del Consejo de Fraternidades, Sonny Cottler, el hijo de un padre que no era carnicero sino propietario de una agencia de seguros, y de una madre que tampoco era carnicera sino heredera de la fortuna de unos grandes almacenes de Cleveland, era demasiado refinado para mí, estaba demasiado pagado de sí mismo, rápido e inteligente a su manera, pero en conjunto era un joven de apariencia perfectamente ejemplar. Lo más sensato que podía hacer era largarme cuanto antes de Winesburg, regresar a Nueva Jersey y, aunque ya había transcurrido un tercio del semestre, tratar de matricularme de nuevo en Robert Treat antes de que me llamaran a filas. Dejar atrás a los Flusser, los Cottler y los Caudwell, dejar atrás a Olivia, y mañana tomar el tren con destino a casa, donde tan sólo hay un confuso carnicero al que

hacer frente, y lo demás es la trabajadora, tosca, cuajada de sobornos, medio xenófoba, irlandesa, italiana, alemana, eslava, judía y negra Newark

Pero, como me hallaba e semejante estado, en lugar de eso fui al edificio de la fraternidad, y allí Sonny me presentó a uno de sus miembros, Marty Ziegler, un muchacho de habla suave que aún no parecía tener necesidad de afeitarse, un estudiante de penúltimo año de Dayton que idolatraba a Sonny, que haría cualquier cosa que le pidiera Sonny, un seguidor nato de un líder nato, quien, en la intimidad de la habitación de Sonny, accedió de inmediato, por sólo un pavo y medio la sesión, a sustituirme en el servicio religioso, estampar mi nombre en la tarjeta de asistencia, entregarla en la puerta de la iglesia a la salida y no mencionarle a nadie el acuerdo, tanto mientras duraba el trabajo como una vez terminado. Tenía la sonrisa confiada de alguien poseído por el anhelo de resultar inofensivo para los demás, y parecía tan deseoso de complacerme a mí como de complacer a Sonny.

Estaba seguro de que ese Ziegler era un error: el error definitivo. No el maligno Flusser, el misántropo de la universidad, sino el amable Ziegler: él era el destino que ahora pendía sobre mí. Me asombraba lo que estaba haciendo. No era un seguidor, ni nato ni hecho a sí mismo, pero también yo cedía al líder nato tras una jornada como aquélla, demasiado exhausto y perplejo para no hacerlo.

—Bueno —dijo Sonny, cuando mi sustituto recién contratado hubo salido de la habitación—, ya hemos resuelto el asunto del servicio religioso. Ha sido sencillo, ¿verdad?

Eso dijo el Sonny seguro de sí mismo, aunque yo sabía sin la menor duda, incluso entonces, sabía como el hijo de mi padre cargado de miedos que era, que aquel muchacho judío de increíble apostura, con un privilegiado porte modélico y aristocrático, acostumbrado a inspirar respeto, a ser obedecido, a congraciarse con todo el mundo, a no pelearse con nadie y atraer la admirada atención de la gente, acostumbrado a deleitarse en ser la persona más importante de aquel pequeño mundo de las fraternidades, resultaría ser el ángel de la muerte.

Nevaba ya con fuerza mientras Sonny y yo estábamos en mi habitación de Neil Hall, y para cuando llegamos al edificio de la fraternidad el viento soplaba a más de sesenta kilómetros por hora y, semanas antes de Acción de Gracias, la ventisca de noviembre de 1951 ya había empezado a cubrir con su manta los condados septentrionales del estado, así como los vecinos Michigan e Indiana, luego el oeste de Pensilvania y el norte de Nueva York, y finalmente gran parte de Nueva Inglaterra, antes de llegar al mar. A las nueve de la noche habían caído sesenta centímetros de nieve, y seguía nevando, de una manera mágica, ahora sin un viento que aullara por las calles de Winesburg, sin que los viejos árboles se agitaran y crujieran y sus ramas más débiles, azotadas por el viento y bajo la carga de la nieve, cayeran en los patios y bloquearan las carreteras y los

senderos de acceso a las casas; ahora sin un murmullo del viento ni de los árboles, sólo los irregulares cuajos que caían girando sin cesar como con la intención de enterrar todo cuanto estaba descompuesto al norte de Ohio.

Poco después de las nueve oímos el rugido. Llegaba desde el campus, que se encontraba a unos ochocientos metros subiendo por la calle Buckeye desde el edificio de la fraternidad judía donde había cenado, me habían ofrecido un catre y una cómoda (y Sonny me había prestado algo de ropa recién lavada para guardar en ella) y me había instalado como compañero de habitación del gran Sonny, por aquella noche y por todo el tiempo que deseara. El rugido que oíamos era como el del público en un partido de fútbol americano después de anotar un tanto, sólo que no cesaba. Como el rugido de la multitud cuando se ha ganado un campeonato. Como el rugido que se alza de una nación victoriosa al final de una guerra ganada con esfuerzo.

Todo empezó a muy pequeña escala y de la manera juvenil más inocente: con una pelea de bolas de nieve en el desierto patio delantero de Jenkins entre cuatro chicos de primero procedentes de pequeñas poblaciones de Ohio, muchachos de extracción rural todavía con impulsos infantiles que habían escapado de su habitación en la residencia para retozar en la primera nevada de su primer semestre de otoño en la universidad. Al principio, los estudiantes de primer año que corrieron a unírseles salieron sólo de Jenkins, pero cuando los inquilinos de las dos residencias perpendiculares a Jenkins vieron desde sus ventanas lo que estaba sucediendo en el patio, empezaron a salir de Neil, luego de Waterford, y pronto docenas de muchachos felices e hipercinéticos libraban una briosa batalla correteando en pantalón y camiseta, en sudadera, en pijama, y algunos incluso en ropa interior. Al cabo de una hora se arrojaban unos a otros no sólo bolas de nieve, sino también las latas de cerveza cuyo contenido engullían mientras peleaban. Gotas de sangre salpicaban de rojo la límpida nieve allí donde algunos habían sufrido cortes debido a los objetos que volaban, entre los que ahora también había libros de texto, papeleras, lápices, sacapuntas y tinteros abiertos; la tinta, diseminándose lejos y en una amplia extensión, manchaba la nieve de un negro azulado a la luz de las antiguas farolas de gas electrificadas que se alineaban con elegancia en los senderos. Pero la sangre no reducía en lo más mínimo su ardor. Tal vez incluso la visión de su propia sangre sobre la blanca nieve les incitara a transformarse, y pasaran de ser unos niños juguetones que gozaban atolondradamente de la sorpresa de una nevada impropia de la estación a convertirse en un ruidoso ejército de amotinados azuzados por un grupito de sediciosos alumnos de los últimos cursos para transformar su bullicioso y frívolo arranque en pasmosa perversidad y, en un estallido de cuanto seguía en ellos sin domar (pese a que asistían con regularidad a los servicios religiosos), tambalearse y rodar y resbalar por la espesa nieve de la colina para iniciar la tremenda noche que nadie de su generación de winesburguanos olvidaría jamás,

y que al día siguiente el *Winesburg Eagle*, en un editorial de gran carga emocional que expresaba la airada repulsa de la población, bautizaría como « el Gran Saqueo de Bragas Blancas de la Universidad de Winesburg» .

Irumpieron en las tres residencias femeninas, Dowland, Koons y Fleming, avanzando con violento ímpetu a través de la espesa nieve que cubría los senderos, subiendo luego por las escaleras de entrada también cubiertas de nieve hasta las puertas ya cerradas, rompiendo el cristal para descorrer los pasadores o derribándolas con puños, pies y hombros, y llenando el suelo de montoncillos de nieve revuelta y fangosa al entrar por fin en las residencias vedadas. Volcaron con facilidad las mesas de recepción que impedían el acceso a las escaleras, subieron a los pisos y entraron en los dormitorios y las suites de las asociaciones femeninas.

Mientras las alumnas corrían en todas direcciones buscando un lugar donde esconderse, los invasores entraron y saquearon las habitaciones, abrieron todos los cajones de las cómodas para sacar cuantas bragas blancas pudieron encontrar y arrojarlas por las ventanas al patio pintorescamente blanqueado, donde para entonces varios centenares de chicos de las fraternidades situadas fuera del campus, que habían llegado abriéndose paso entre los grandes montones de nieve que cubrían la calle Buckeye hasta el patio de las chicas, se habían congregado para disfrutar de aquella gloriosa jugua desmadrada tan impropia de Winesburg.

« ¡Bragas! ¡Bragas! ¡Bragas!» . La palabra, que todavía excitaba a los estudiantes universitarios como lo hiciera al comienzo de la pubertad, era la única que repetían exultantes los que estaban abajo, mientras en las habitaciones de las alumnas varias decenas de muchachos bebidos, con la ropa, las manos, el pelo muy corto y las caras manchados de tinta negra azulada y sangre carmesí, y goteando cerveza y nieve fundida, reinterpretaban en masa lo que un inspirado Flusser había hecho por su propia cuenta en mi pequeña habitación bajo los aleros de Neil. No todos ellos, ni muchísimo menos, sino tan sólo los zopencos más destacados —tres en total, dos de primer curso y uno de segundo, que fueron los primeros en ser expulsados al día siguiente—, se masturbaron con bragas robadas, se masturbaron con la rapidez con que uno chasca los dedos antes de arrojar las bragas desvirgadas, húmedas y fragantes a eyaculación a las manos alzadas de la jubilosa reunión de estudiantes de los últimos cursos que, con las mejillas enrojecidas y el pelo cubierto de nieve, exhalaban vapor como dragones y les incitaban desde abajo.

De vez en cuando una sola y profunda voz masculina, que se expresaba en nombre de cuantos eran incapaces de atenerse al sistema imperante de disciplina moral, gritaba sin ambages la verdad: « ¡Queremos chicas!» , pero en general era una muchedumbre dispuesta a conformarse con bragas, bragas que muchos

de ellos pronto se pusieron en la cabeza como si fuesen gorras o por cuyas aberturas deslizaron los pies a fin de lucir la prenda íntima del otro sexo sobre los pantalones como si se hubieran vestido al revés. Entre la miriada de objetos que aquella noche salieron volando por las ventanas abiertas había sostenes, fajas, compresas higiénicas, tubos de ungüento, barras de labios, enaguas enteras y de cintura para abajo, camiones, unos pocos bolsos, algunos billetes de banco y una colección de sombreros con bonitos adornos. Entretanto, en el patio, habían hecho una gran muñeca de nieve con pechos y engalanada con ropa interior y un tampón higiénico airosamente fijado en la boca pintada de rojo, como un puro blanco, y rematada por un bonito sombrero típico de Pascua sobre un peinado hecho con un puñado de billetes de dólar húmedos.

Probablemente nada de esto habría ocurrido si la policía hubiera podido llegar al campus antes de que la inofensiva batalla con bolas de nieve delante de Jenkins hubiera comenzado a desmandarse. Pero las calles de Winesburg y los senderos de la universidad no empezaban a despejarse hasta que cesara la nevada, de modo que los agentes de los tres coches patrulla del pueblo y los guardias de los dos vehículos del servicio de seguridad del campus sólo pudieron acceder al lugar a pie. Y cuando llegaron al patio de las mujeres, las residencias eran un desastre y el caos era incontenible.

Fue necesaria la presencia del decano Caudwell para que no llegara a producirse algún otro escándalo incluso más grotesco: el decano Caudwell, con sus casi dos metros de estatura en el porche delantero de Dowland Hall, con abrigo y bufanda, gritando por un megáfono que sostenía con la mano sin enguantar: « ¡Alumnos de Winesburg, alumnos de Winesburg, volved a vuestras habitaciones! ¡Volved inmediatamente si no queréis arriesgaros a ser expulsados!» . Fue necesaria esa seria advertencia del decano más reverenciado y veterano de la universidad (y el hecho de que el ejército estuviera engullendo a jóvenes de dieciocho, diecinueve y veinte años sin prórroga por estudios) para que la alegre multitud de estudiantes varones apretujados en el patio de las chicas empezara a dispersarse y volviera lo más rápido posible al lugar del que hubieran venido. En cuanto a los que seguían en el interior de las residencias femeninas todavía revolviendo en los cajones de las cómodas, sólo cuando la policía municipal y la del campus entró y empezó a perseguirlos de una habitación a otra dejaron de arrojar las últimas bragas por las ventanas, unas ventanas que seguían abiertas de par en par pese a la temperatura nocturna de siete grados bajo cero, y fue entonces cuando los invasores empezaron a arrojarlos ellos mismos por las ventanas de los pisos inferiores de Dowland, Koons y Fleming al cojín de densa nieve acumulada debajo para, si no se habían roto algún miembro al intentar huir —como les sucedió a dos de ellos—, encaminarse a sus residencias colina arriba.

Más tarde, aquella misma noche, Elwyn Ayers se mató. Siendo como era, Elwyn no había tenido nada que ver con el saqueo de las bragas, pero, una vez finalizadas sus tareas (según los testimonios aportados por una media docena de sus hermanos de fraternidad), se había pasado el resto de la noche en la parte de atrás del edificio dentro del LaSalle, con el motor en marcha para mantenerlo caliente, saliendo sólo para retirar la nieve que rápidamente se acumulaba en el techo, el capó y el maletero, y luego para quitarla con una pala de las cuatro ruedas, a fin de poder colocar unas flamantes cadenas en los neumáticos. Para disfrutar de la aventura automovilística, para comprobar el buen comportamiento por las calles de Winesburg cubiertas de espesa nieve del poderoso sedán turismo de cuatro puertas modelo 1940 con una mayor distancia entre ejes, un carburador más grande y ciento treinta caballos de potencia, el último de los prestigiosos vehículos fabricados por General Motors con el nombre del explorador francés, Elwyn decidió dar una vuelta de prueba. En el centro del pueblo, donde el jefe de estación y su ayudante habían mantenido despejadas las vías férreas durante la nevada, parece ser que Elwyn había intentado correr más deprisa que el tren de carga que pasaba a medianoche por el paso a nivel que separaba la calle Main de Lower Main, perdió el control del LaSalle, que derrapó y dio dos vueltas de campana hasta caer de lado sobre las vías e impactar contra el quitanieves de la locomotora procedente del este en dirección a Akron. El coche en el que yo había llevado a Olivia a cenar y luego al cementerio (un vehículo histórico, incluso en cierto modo un monumento, en la historia del advenimiento de la felación al campus de Winesburg en la segunda mitad del siglo XX) fue arrastrado de lado y dio más vueltas de campana por Lower Main hasta explotar envuelto en llamas, y Elwyn Ayers hijo falleció, al parecer debido al impacto, y luego ardió rápidamente dentro del amasijo de hierros del coche que había cuidado por encima de cualquier cosa en su vida y al que había amado en lugar de amar a hombres o mujeres.

Resultó que Elwyn no era el primero, ni siquiera el segundo, sino el tercer alumno de último curso de Winesburg que en los años posteriores a la introducción del automóvil en la vida norteamericana no había llegado a graduarse por haber perdido en su intento de correr más rápido que el tren de carga de medianoche. Pero había tomado la tremenda nevada como un desafío digno de él y del LaSalle, y así, al igual que yo, mi excompañero de habitación entró en el reino del recuerdo eterno en vez de hacerlo en el negocio de los remolcadores, y aquí tendrá que meditar por siempre en la diversión de conducir aquel gran coche. En mi mente no paraba de imaginar el momento del impacto, cuando la cabeza en forma de calabaza de Elwyn chocó con el parabrisas y se partió de una manera muy parecida a una calabaza en un centenar de gruesos fragmentos de carne y hueso, sesos y sangre. Habíamos dormido en la misma habitación y estudiado juntos, y ahora, a los veintiún años, estaba muerto. Había

llamado zorra a Olivia, y ahora, a los veintinueve años, estaba muerto. Lo primero que pensé al enterarme del fatal accidente de Elwyn fue que no me habría mudado de haber sabido de antemano que iba a morir. Hasta entonces, las dos únicas personas conocidas que habían muerto eran mis dos primos mayores, caídos en la guerra. Elwyn era la primera persona que moría a la que yo odiaba. ¿Debía ahora dejar de odiarle y lamentar su pérdida? ¿Debía ahora fingir que sentía su muerte y estaba horrorizado por la manera en que había muerto? ¿Debía adoptar una expresión de tristeza para ir al servicio fúnebre en su fraternidad y dar el pésame a sus hermanos de fraternidad, a muchos de los cuales conocía como los borrachos que me silbaban con los dedos en la boca y me llamaban algo que sonaba sospechosamente como «judío» cuando querían que los atendiera en el hostel? ¿O debería reclamar la habitación de Jenkins Hall antes de que acabaran dándosela a otro?

—¡Elwyn! —grito. ¿Puedes oírme, Elwyn? ¡Soy Messner! ¡También estoy muerto!

No hay respuesta. No, aquí no hay compañeros de habitación. Claro que, de estar aquí, tampoco me habría respondido, aquel silencioso, violento y serio capullo que jamás sonreía. Elwyn Ayers, en la muerte como en la vida, todavía opaco para mí.

—¡Mamá! —grito a continuación. ¿Estás aquí, mamá? ¿Estás aquí, papá? ¿Mamá? ¿Papá? ¿Olivia? ¿Está aquí alguno de vosotros? ¿Has muerto, Olivia? ¡Contéstame! Fuiste el único regalo que me dio Winesburg. ¿Quién te dejó embarazada, Olivia? ¿O acabaste poniendo fin a tu vida, encantadora e irresistible chiquilla?

Pero aquí no hay nadie con quien hablar. Sólo puedo hablar conmigo mismo acerca de mi inocencia, mis estallidos, mi franqueza y la extrema brevedad de la dicha en el primer auténtico año de mi virilidad juvenil y último año de mi vida. ¡Tantas ganas de que me escuchen, y nadie que lo haga! Estoy muerto. La impronunciable sentencia ha sido pronunciada.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Olivia! ¡Pienso en vosotros!

Ninguna respuesta. No provocar respuesta alguna por muy doloroso que sea el intento de desenredarme y revelarme. Todas las mentes desaparecidas excepto la mía. Ninguna respuesta. Una profunda tristeza.

A la mañana siguiente, el *Winesburg Eagle*, en una «doble» edición sabatina dedicada por completo a cubrir todo lo que la ventisca de nieve había desatado en la universidad, informó de que Elwyn Ayers hijo, de la promoción de 1952, la única víctima mortal de aquella noche, había sido de hecho el desencadenante del saqueo de bragas, y que había cruzado el paso a nivel pese a los parpadeantes semáforos en rojo, en su intento de evitar ser capturado por la policía; una

historia absolutamente absurda de la que se retractaron al día siguiente, aunque no sin antes ser recogida y publicada en primera plana por el periódico de su localidad, el *Cincinnati Enquirer*.

También aquella mañana muy temprano, a las siete, empezó el ajuste de cuentas en el campus, y a todos los estudiantes de los cursos inferiores que admitieron haber participado en el saqueo de las bragas se les daba una pala para retirar nieve —cuyo coste se cargaba a la tarifa semestral de la residencia— y se les obligaba a integrarse en equipos quitanieves para despejar las calles y los senderos del campus, cubiertos por unos ochenta centímetros de nieve y que en algunos puntos alcanzaban los dos metros de altura. Cada brigada estaba vigilada por estudiantes de los últimos cursos pertenecientes a los equipos de atletismo, y la empresa era supervisada por profesores del departamento de educación física. Al mismo tiempo, durante todo el día se llevaron a cabo interrogatorios en el despacho de Caudwell. Al anochecer, once alumnos de los cursos inferiores, nueve de primero y dos de segundo, habían sido identificados como cabecillas y, denegándoles la posibilidad de absolución cumpliendo su penitencia en un equipo quitanieve (o de ser castigados con suspensiones de un semestre, como las familias de los acusados confiaban en que sería lo peor que deberían soportar sus hijos por lo que intentaban argumentar que no había sido más que una mera travesura estudiantil), fueron expulsados de la universidad con carácter permanente. Entre ellos estaban los dos que se habían roto algún miembro al saltar por las ventanas de las residencias femeninas y que se habían presentado escayolados ante el decano, ambos, según se decía, con lágrimas en los ojos y deshaciéndose en excusas. Pero rogaron en vano por compensación, y no digamos ya por misericordia. Para Caudwell eran las dos últimas ratas que huían del barco, y los expulsó para siempre. Y todo el que compareció ante el decano y negó su participación en el saqueo de las bragas, y más adelante se descubrió que mentía, también fue expulsado sumariamente, con lo que el total de expulsiones fue de dieciocho antes de que hubiera terminado el fin de semana. «No podéis engañarme —les decía el decano Caudwell a los que convocaba a su despacho—, y no me engañaréis». Y tenía razón: nadie lo hizo. Ni uno solo. Ni siquiera yo al final.

El domingo por la noche, después de cenar, nos reunieron a todos los alumnos varones de Winesburg en el auditorio del edificio Williamson, donde se enseñaba literatura, para escuchar las palabras del presidente de la universidad, Albin Lentz. Aquella noche, cuando nos dirigíamos a pie al lugar de reunión —se había prohibido que los vehículos de los estudiantes circularan por el pueblo, en gran parte cubierto todavía por la nieve—, Sonny me informó de la carrera política de Lentz y de lo que se especulaba en la zona sobre sus aspiraciones. Había sido

elegido durante dos mandatos gobernador de la vecina Virginia Occidental, cargo en el que destacó por su dureza y la firmeza con que ponía fin a las huelgas, antes de ejercer como subsecretario en el Departamento de la Guerra durante la segunda guerra mundial. En 1948, tras haberse presentado sin éxito por ese estado para ocupar un escaño en el Senado estadounidense, unos camaradas de negocios en el consejo de administración universitaria le ofrecieron la presidencia de la Universidad de Winesburg, y llegó al campus decidido a convertir la bonita y pequeña universidad del norte y centro de Ohio en lo que, en su discurso inaugural, denominó « un caldo de cultivo de la corrección ética, el patriotismo y los elevados principios de la conducta personal que se requerirán de todos los jóvenes de este país si queremos ganar la batalla global por la supremacía moral que estamos librando contra el ateo comunismo soviético» . Algunos creían que Lentz había aceptado la presidencia de Winesburg, un cargo educativo que no encajaba precisamente con sus aptitudes, como un trampolín para optar al gobierno de Ohio en 1952. Si triunfaba, se convertiría en el primer hombre en la historia del país que habría gobernado dos estados, ambos muy industrializados, y en consecuencia promovería su candidatura para la nominación presidencial republicana de 1956 intentando hacer perder a los demócratas sus votantes tradicionales de clase obrera. Entre los estudiantes, por supuesto, apenas se conocía a Lentz por su vertiente política, sino por su acento claramente rural (era el hijo hecho a sí mismo de un minero del condado de Logan, Virginia Occidental) que traspasaba su rotunda oratoria como un clavo y luego te la traspasaba a ti. Era bien conocido por no tener pelos en la lengua y por ser un fumador empedernido de puros, una predilección que le había valido en el campus el apodo de « Todopoderoso Tagarnino» .

Situado no detrás del atril como un profesor que diera una conferencia, sino plantado firmemente ante él, con las cortas piernas algo separadas, empezó a hablar en un ominoso tono interrogativo. No había nada suave en aquel hombre: tenías que escucharle por fuerza. No aspiraba a ser una figura poderosa y dominante como el decano Caudwell, sino a atemorizar a la audiencia con su desenfrenada brusquedad. Su vanidad era una especie de fuerza muy distinta a la del decano: no había defecto de inteligencia en ella. Desde luego, coincidía con el decano en que nada había más serio en la vida que las reglas, pero expresaba sus sentimientos básicos de condena sin el menor disfraz (pese a los adornos retóricos intermitentes). Nunca antes había presenciado yo semejante sobrecogimiento, seriedad y concentración absoluta en una reunión del cuerpo estudiantil de Winesburg. Era impensable imaginarse a ninguno de los presentes atreviéndose a gritar: « ¡Esto es impropio! ¡Esto no es justo!» . El presidente podría haber bajado del estrado y hacer estragos con un garrote entre el alumnado sin incitar a la huida ni encontrar resistencia. Era como si ya nos hubieran apaleado —y, por todas las ofensas cometidas, aceptado agradecidamente la paliza— antes de que

el ataque hubiera empezado siquiera.

Probablemente el único estudiante que había rechazado asistir a la convocatoria de varones anunciada como obligatoria fuera Bert Flusser, aquel siniestro espíritu libre y lleno de despecho.

—¿Sabe alguno de los aquí presentes —empezó el presidente Lenz— lo que ocurrió en Corea el día en que vosotros, valientes hombretones, decidisteis causar el descrédito y el oprobio de una distinguida institución de enseñanza superior que tiene sus orígenes en la Iglesia baptista? Ese día los negociadores de las Naciones Unidas y de los comunistas alcanzaron en Corea un acuerdo provisional para establecer una línea de tregua en el frente oriental de ese país devastado por la guerra. Doy por sentado que sabéis lo que significa «provisional». Significa que una lucha tan bárbara como la que hemos conocido en Corea, tan bárbara como la que ninguna fuerza norteamericana haya conocido jamás en ninguna guerra en ninguna época de nuestra historia, esa misma lucha puede reanudarse en cualquier momento del día o de la noche y arrebatar la vida a más millares de jóvenes estadounidenses. ¿Sabe alguno de vosotros lo que ocurrió en Corea hace unas pocas semanas, entre el sábado, trece de octubre y el viernes diecinueve del mismo mes? Sé que sabéis lo que ocurrió aquí en esos días. El sábado trece nuestro equipo de fútbol americano derrotó a nuestro rival tradicional, Bowling Green, por cuarenta y uno a catorce. Al sábado siguiente, el día veinte, derrotamos inesperadamente a mi antigua Universidad de Virginia Occidental, en un emocionante partido en el que nosotros, los débiles, los más pobres y desvalidos, ganamos por un marcador de veintiuno a veinte. ¡Qué partidazo de Winesburg! Pero ¿sabéis lo que sucedió en Corea esa misma semana? La Primera División de Caballería de Estados Unidos, la Tercera División de Infantería y mi antigua unidad en la primera guerra mundial, la Vigésimoquinta División de Infantería, junto con nuestros aliados británicos y nuestros aliados de la República de Corea, efectuaron un pequeño avance en la zona de Old Baldy. Un pequeño avance que costó cuatro mil bajas. Cuatro mil jóvenes como vosotros, muertos, mutilados y heridos, entre el momento en que vencimos a Bowling Green y el momento en que derrotamos a la Universidad de Virginia Occidental. ¿Tenéis una idea de lo afortunados y lo privilegiados que sois al estar aquí viendo partidos de fútbol los sábados y no allí, bajo el fuego enemigo, los sábados y también los lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y domingos? Al comparar vuestra situación con los sacrificios que llevan a cabo unos jóvenes norteamericanos de vuestra edad en esta brutal guerra contra la agresión de las fuerzas de Corea del Norte y la China comunista, al compararos con eso, ¿os hacéis una idea de lo infantil, estúpida e idiota que les resulta vuestra conducta a los habitantes de Winesburg y los habitantes de Ohio y los habitantes de todo Estados Unidos de América, a quienes sus periódicos y la televisión han informado de los vergonzosos sucesos de la noche del viernes? Decídmelo,

¿pensasteis que erais heroicos guerreros al asaltar las residencias femeninas y dejar a las chicas que había allí medio muertas de miedo? ¿Pensasteis que erais heroicos guerreros al violar la intimidad de sus habitaciones y poner las manos en sus pertenencias personales? ¿Pensasteis que erais heroicos guerreros al tomar y destruir unas posesiones que no eran vuestras? Y aquellos de vosotros que los animasteis, que no alzasteis un dedo para detenerlos, que os regocijasteis con su coraje viril, ¿qué me decís de vuestro propio coraje viril? ¿De qué os servirá cuando un millar de soldados chinos se abalancen aullando como un enjambre sobre vuestras trincheras, en el caso de que se rompan esas negociaciones en Corea? ¡Como lo harán, os lo garantizo, tocando sus cornetas y bayoneta en ristre! ¿Qué voy a hacer con vosotros, muchachos? ¿Dónde están los adultos entre vosotros? ¿Es que ninguno de vosotros pensó en defender a las chicas que residen en Dowland, Koons y Fleming? ¡Habría esperado que cien, doscientos, trescientos de vosotros, sofocaran esta infantil insurrección! ¿Por qué no lo hicisteis? ¡Respondedme! ¿Dónde está vuestro valor? ¿Dónde está vuestro honor? *¡Ni uno solo de vosotros mostró un ápice de honor! ¡Ni uno solo!* Ahora voy a deciros algo que nunca pensé que tendría que decir: hoy me avergüenza ser el presidente de esta universidad. Me siento avergonzado, repugnado y enfurecido. No quiero que quede ninguna duda de mi enojo. Y no dejaré de estar enojado durante largo tiempo, de eso podéis estar seguros. Tengo entendido que cuarenta y ocho de nuestras alumnas, cifra que se aproxima al diez por ciento del total, cuarenta y ocho de ellas ya han abandonado el campus en compañía de sus consternados y estremecidos padres, y todavía no sé si regresarán o no. Por las llamadas que he recibido de otras familias preocupadas, y los teléfonos tanto de mi despacho como de mi casa no han dejado de sonar desde la medianoche del viernes, deduzco que otras muchas de nuestras alumnas están pensando en suspender sus estudios durante lo que resta de curso o en marcharse de Winesburg. No puedo decir que las culpe. No puedo decir que esperaría de una hija mía que guardara fidelidad a una institución docente en la que se ha visto sometida no sólo al menosprecio, la humillación y el miedo, sino también a una amenaza física real por parte de un ejército de rufianes que, al parecer, imaginaban que se estaban emancipando. Porque eso es lo que sois, a mi modo de ver, los que habéis participado y los que no habéis hecho nada por detenerlos: una pandilla ingrata, irresponsable e infantil de rufianes detestables y cobardes. Una horda de niños desobedientes. Niños en pañales y desbocados. Ah, y una última cosa. ¿Sabe alguno de vosotros cuántas bombas atómicas han hecho estallar los soviéticos en mil novecientos cincuenta y uno? La respuesta es dos. En total son ya tres las bombas atómicas que nuestros enemigos comunistas de la URSS han probado con éxito desde que descubrieron el secreto de cómo provocar una explosión nuclear. Como nación, nos enfrentamos a la muy clara posibilidad de una impensable guerra atómica con la Unión Soviética, mientras

los valientes hombretones de la Universidad de Winesburg llevan a cabo sus heroicos asaltos a los cajones de las cómodas de sus inocentes y jóvenes condiscípulas. Más allá de vuestras residencias hay un mundo en llamas, y a vosotros os enciende la ropa interior. Más allá de vuestras fraternidades, la historia se despliega a diario: guerra, bombardeos, matanza sistemática, y vosotros estáis totalmente ajenos a todo eso. ¡Pues bien, no estaréis ajenos durante mucho más tiempo! Podéis ser todo lo estúpidos que queráis, incluso podéis dar todas las señales, como hicisteis aquí el viernes por la noche, de querer ser apasionadamente estúpidos, pero al final os atraparé la historia. Porque la historia no es el telón de fondo... ¡la historia es el escenario! ¡Y vosotros estáis en el escenario! ¡Ah, qué deprimente es vuestra terrible ignorancia de la época en que vivís! Lo más deprimente de todo es que, en teoría, estáis en Winesburg para erradicar esa ignorancia. En todo caso, ¿a qué clase de época creéis pertenecer? ¿Podéis responderme? ¿Lo sabéis? ¿Tenéis acaso idea de pertenecer a una época? He pasado gran parte de mi larga carrera profesional dedicado a la contienda política, una lucha republicana moderada entre los fanáticos de izquierdas y los de derechas. Pero para mí, esta noche, esos fanáticos no son nada comparados con vosotros en vuestra bárbara búsqueda de una diversión insensata. «¡Volvámonos locos, divirtámonos! ¡Qué tal si luego probamos con el canibalismo!» . Pues bien, aquí no, caballeros. Quienes dentro de estos muros recubiertos de hiedra tenemos la responsabilidad de mantener los ideales y los valores de esta institución que vosotros habéis pisoteado, no consentiremos el disfrute de esa transgresión intencionada. ¡No se puede permitir que esto continúe, y no se permitirá! Es posible regular la conducta humana, y será regulada. La insurrección ha terminado. La rebelión ha sido sofocada. A partir de esta noche, cada cosa y cada persona volverán a ocupar el lugar que les corresponde y el orden será restaurado en Winesburg. Y también la decencia. Y la dignidad. Y ahora, valientes y desinhibidos hombretones, podéis levantaros y desaparecer de mi vista. Y si alguno de vosotros decide que quiere marcharse para siempre, si alguno de vosotros decide que el código de conducta humana y las reglas de civilizada compostura que esta administración trata de imponer estrictamente para mantener el espíritu de Winesburg no son apropiados para un valiente hombreton como él... ¡por mí estupendo! ¡Qué se marche! ¡Fuera! ¡He dado las órdenes! ¡Recoged vuestra rebelde insolencia y marchaos de Winesburg esta misma noche!

El presidente Lentz había pronunciado las palabras «diversión insensata» con tanto desprecio como si fueran un sinónimo de «asesinato premeditado». Y tan manifiesta era su aversión a la «rebelde insolencia», que podría haber estado enunciando el nombre de una amenaza dispuesta a socavar la moralidad, no sólo de Winesburg, Ohio, sino de la mismísima gran república.

SALIDA DE DEBAJO

Aquí cesa la memoria. Una ampolla tras otra de morfina inyectada en el brazo había sumido al soldado Messner en un prolongado estado de profunda inconsciencia, aunque sin suprimir sus procesos mentales. Desde poco después de la medianoche, todo yacía en un limbo excepto su mente. Antes del fin, antes de que fuese imposible hacerle volver y no pudiera recordar más, la serie de dosis de morfina se habían instilado en el depósito de su cerebro como un combustible mnemónico mientras calmaban con éxito el dolor de las heridas de bayoneta que casi le habían sesgado una pierna del torso y le habían reducido a añicos los intestinos y los genitales. Las trincheras en la cima de la colina donde habían permanecido durante una semana detrás del alambre espinoso en una abrupta sierra del centro de Corea habían sido invadidas de noche por los chinos, y había fragmentos de cuerpos esparcidos por doquier. Cuando se les atascó el subfusil de tiro automático, él y Brunson, su compañero, estuvieron perdidos: no se había visto rodeado por tanta sangre desde la época de su infancia en la carnicería, cuando contemplaba la matanza ritual de los animales de acuerdo con la ley judía. Y la hoja de acero que le rajó era tan afilada y eficaz como cualquiera de los cuchillos con los que en la tienda cortaban y preparaban la carne para sus clientes. Los intentos de dos sanitarios de contener la hemorragia y hacer una transfusión al soldado Messner fueron finalmente inútiles, y el cerebro, los riñones, los pulmones, el corazón, todo, dejó de funcionar poco después de que amaneciera el 31 de marzo de 1952. Ahora estaba completamente muerto, fuera de debajo y más allá del recuerdo inducido por la morfina, víctima de su conflicto definitivo, el más feroz y horripilante de todos los conflictos. Le cubrieron la cabeza con el poncho, recogieron las granadas que llevaba en el cinto de lona y que nunca había tenido ocasión de lanzar y se apresuraron a ocuparse de Brunson, que expiró a continuación.

En la lucha por la empinada colina numerada en la abrupta sierra del centro de Corea, ambos bandos sufrieron tal cantidad de bajas que convirtieron la batalla en una calamidad fanática, como lo era la misma guerra. Los pocos vencidos y heridos que no habían muerto a bayonetazos o saltado por los aires, finalmente, antes de que amaneciera, abandonaron la Montaña de la Matanza — como llegó a conocerse aquella colina numerada en las historias de nuestra

guerra de mediados de siglo— cubierta de cadáveres y tan vacía de vida humana como lo había estado durante los muchos millares de años antes de que surgiera una causa justa para que cada bando destruyera al otro. De los doscientos hombres que formaban la compañía del soldado Messner, sólo sobrevivieron doce, y todos ellos lloraban y estaban enloquecidos, incluido el capitán de veinticuatro años, cuyo rostro había aplastado la culata de un fusil manejado como un bate de béisbol. Más de mil soldados lanzaron el ataque comunista. El número de bajas chinas oscilaba entre ochocientas y novecientas. Una oleada tras otra llegaba y moría, avanzando al toque de las cornetas que atronaban « ¡Alzaos, los que os negáis a ser esclavos! », y se retiraban a través de un paisaje de cuerpos y árboles destrozados, ametrallando a sus heridos y a todos los que podían localizar de los nuestros. Las ametralladoras eran de fabricación soviética.

En Estados Unidos, a la tarde siguiente, dos soldados llegaron a la puerta del piso de los Messner en Newark para comunicar a los padres que su hijo había muerto en combate. El señor Messner no se recobraría jamás de la noticia. Entre sollozos, le dijo a su esposa: « Le dije que vigilara. Él nunca me escuchaba. Me rogaste que no cerrase la puerta con llave para darle una lección. Pero era imposible darle una lección. Cerrarle la puerta con llave no sirvió de nada. Y ahora ha muerto. Nuestro hijo ya no existe. Tenía razón, Marcus, lo vi venir... ¡y ahora te has ido para siempre! No puedo soportarlo. No sobreviviré a esto ». Y no sobrevivió. Cuando la tienda reabrió tras el período de luto, ya no volvió a bromear alegremente con los clientes. O bien guardaba silencio mientras trabajaba, salvo por la tos, o bien decía en un murmullo a quien estuviera sirviendo: « Nuestro hijo está muerto ». Dejó de afeitarse con regularidad y ya no se peinaba, y pronto, de un modo pusilánime, los clientes empezaron a dejar de comprar en la tienda y se buscaron otro carnicero kosher en el barrio, y cada vez fueron más los que compraban la carne y los pollos en el supermercado. Un día, el señor Messner prestaba tan poca atención a lo que estaba haciendo que el cuchillo resbaló en un hueso, la punta le penetró en el abdomen y tuvieron que ponerle puntos. En total, su horrida pérdida tardó dieciocho meses en torturar al desdichado hombre hasta matarlo; probablemente murió una década antes de que el enfisema se hubiera vuelto lo bastante agudo para matarlo por su cuenta.

La madre era fuerte y siguió viviendo hasta llegar casi a centenaria, aunque su vida también estaba destrozada. No pasaba un solo día en que no mirase la fotografía de graduación de su guapo hijo en el instituto, enmarcada y colocada sobre el aparador en la sala de estar, y, en voz alta y llorosa, preguntase a su difunto marido: « ¿Por qué le dejaste fuera de casa? ¡Un momento de rabia, y mira lo que pasó! ¿Qué más daba la hora a la que llegara a casa? ¡Por lo menos cuando llegaba estaba aquí! ¿Y dónde está ahora? ¿Dónde estás, cariño? Marcus, por favor, la puerta no está cerrada con llave... ¡vuelve a casa! ». Entonces se

acercaba a la puerta, aquella puerta con su maldito cerrojo, la abría del todo y se quedaba allí, esperando su regreso, aunque sabía que nunca tendría lugar.

Sí, de no haber sido por esto y por aquello, todos estaríamos juntos y vivos para siempre y todo sería perfecto. ¡De no haber sido por su padre, por Flusser, por Elwyn, por Caudwell, por Olivia...! De no haber sido por Cottler... ¡de no haberse hecho amigo del excelso Cottler! ¡Si Cottler no se hubiera hecho amigo suyo! ¡Si no hubiera permitido que Cottler contratara a Ziegler para que le sustituyera en el servicio religioso! ¡Si hubiera asistido en persona al servicio religioso! Si hubiera ido a la iglesia cuarenta veces y firmado todas ellas, hoy estaría vivo y recién retirado de su carrera de abogado. ¡Pero no podía! ¡No podía creer como un niño en una deidad estúpida! ¡No podía escuchar sus himnos lameculos! ¡No podía sentarse en su sagrada iglesia! Y las plegarias, aquellas plegarias con los ojos cerrados... ¡una putrefacta y primitiva superstición! ¡Locura Nuestra, que estás en el cielo! ¡La ignominia de la religión, la inmadurez, la ignorancia y la vergüenza de todo ello! ¡Lunática piedad acerca de nada! Y cuando Caudwell le dijo que debía hacerlo, cuando Caudwell volvió a llamarle a su despacho y le dijo que le permitirían seguir en Winesburg sólo si se disculpaba por escrito ante el presidente Lentz por haber contratado a Marty Ziegler para asistir a los servicios religiosos en su lugar, y si, además, como una forma de instrucción así como una penitencia, asistía al servicio religioso no cuarenta sino un total de ochenta veces, asistía al servicio religioso prácticamente cada miércoles del resto de su carrera universitaria, entonces, ¿qué alternativa tenía Marcus, qué otra cosa podía hacer más que, como el Messner que era, como el estudioso de Bertrand Russell que era, golpear con el puño la mesa del decano y decirle por segunda vez « Váyase a la mierda » ?

Sí, el bueno, viejo y desafiante « Váyase a la mierda » americano, y eso sentenció al hijo del carnicero, muerto tres meses antes de cumplir los veinte años, Marcus Messner, 1932—1952, el único de sus compañeros de clase que tuvo la desgracia de que lo mataran en la guerra de Corea, que finalizó con la firma de un armisticio el 27 de julio de 1953, once meses antes de que Marcus, de haber sido capaz de soportar el servicio religioso y mantener la boca cerrada, se hubiera licenciado por la Universidad de Winesburg, muy probablemente como primero de su promoción, y hubiera pospuesto así el aprendizaje de lo que su padre sin estudios se había empeñado tanto en enseñarle: la terrible, la incomprensible manera en que las elecciones más triviales, fortuitas e incluso cómicas obtienen el resultado más desproporcionado.

NOTA HISTÓRICA

En 1971, la agitación social, las transformaciones y las protestas de la turbulenta década de 1960 llegaron incluso a la Winesburg tradicionalista y apolítica, y en el vigésimo aniversario de la ventisca de noviembre y del Saqueo de las Bragas Blancas, se produjo un imprevisto alzamiento durante el que los muchachos ocuparon la oficina del decano de los varones y las chicas la oficina del decano de las mujeres, todos ellos exigiendo los «derechos de los estudiantes». El alzamiento consiguió que la universidad estuviera cerrada toda una semana, y luego, cuando se reanudaron las clases, a ninguno de los cabecillas de uno y otro sexo que habían negociado el final del alzamiento, proponiendo a las autoridades del centro la liberalización de nuevas alternativas, se le castigó con la expulsión ni la suspensión. Por el contrario, de la noche a la mañana, y para horror tan sólo de las autoridades por entonces retiradas de la administración de Winesburg, el requisito del servicio religioso fue abolido, junto con todas las demás restricciones y las normas que regulaban los asuntos internos y la conducta de los alumnos, que habían estado en vigor durante más de cien años y que se aplicaron tan fielmente durante el mandato conservador de las tradiciones del presidente Lentz y el decano Caudwell.

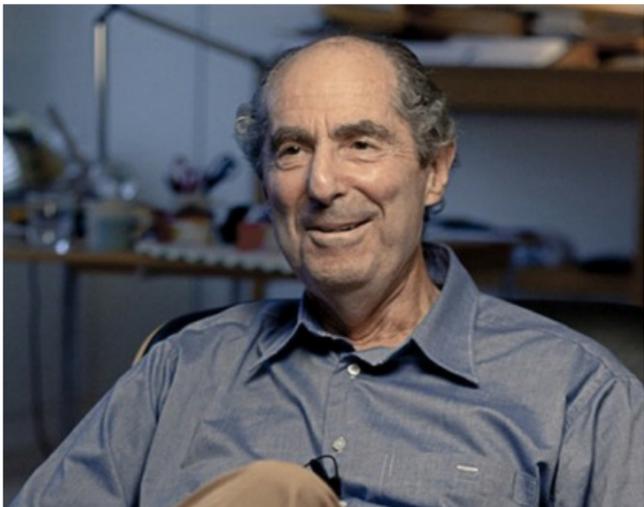
AGRADECIMIENTOS

El himno nacional chino que aparece en estas páginas es una traducción realizada en el período de la segunda guerra mundial de una canción compuesta por Tian Han y Nieh Erh tras la invasión japonesa en 1931; existen otras traducciones de la canción. Durante la segunda guerra mundial la cantaron alrededor del mundo los aliados de China en su lucha contra el imperio japonés. En 1949 fue adoptada como himno de la República Popular China.

Gran parte del diálogo atribuido a Marcus Messner en las páginas 79—80 se ha tomado casi literalmente de la conferencia de Bertrand Russell *Why I am not a Christian*, pronunciada el 6 de marzo de 1927 en el Ayuntamiento de Battersea, Londres, y recogida por Simon and Schuster en 1957 en un volumen de ensayos con el mismo título, compilado por Paul Edwards y dedicado en gran parte al tema de la religión.

La lectura que hace Marcus Messner a su madre que lo visita en Winesburg con ocasión de su operación de apendicitis proceden del capítulo 19 de *The Growth of the American Republic*, quinta edición, de Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager (Oxford University Press, 1962).

Nota: La versión española de *Por qué no soy cristiano* es de EDHASA, 4^[a] ed., Barcelona, 1980. Traducción de Josefina Martínez.



PHILIP MILTON ROTH (Newark, NJ, Estados Unidos, 1933). Philip Roth es un escritor norteamericano proveniente de una familia judía emigrada de la región europea de Galitzia (Ucrania). Cursó estudios en las universidades de Rutgers, Bucknell y Chicago donde obtuvo el grado de Master en Letras, y trabajó como profesor de Literatura Inglesa. Después, en Iowa y Princeton, enseñó escritura creativa y fue profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Pennsylvania. En 1992 abandonó la enseñanza y se dedicó por completo a la literatura.

Su primera obra, *Goodby, Columbus* (Adiós, Colón) (1959), escrita después de dos años de servicio en el Ejército, es un libro de relatos sobre la vida de los judíos en Estados Unidos, ganó en 1960 el National Book Award.

Sus textos reflejan preocupación e interés por la identidad personal, cultural y étnica con una escritura con capacidad para mostrar una compleja visión de la realidad. Por lo general, cada uno de sus libros es recibido con duras acusaciones de los sectores más conservadores y tradicionales de la comunidad judía; una comunidad a la que el propio escritor americano pertenece.

Philip Roth ha ganado los principales premios literarios de Estados Unidos: el National Book Critics Circle Award (1987 y 1992), el Faulkner Award (1993 y 2000) y el National Book Award (1960 y 1995). En 1997 se le concedió el Pulitzer por la obra *Pastoral americana*. Además ha obtenido los premios Karel Capek (1994) y Franz Kafka (2001), de la República Checa, el Premio Médicis a la

mejor novela extranjera (Francia, 2002), el Premio Sidewise para historias alternativas (Reino Unido, 2005) y el Premio Nabokov (EE. UU., 2006). En 2007 recibió el PEN/Faulkner Award for Fiction, por *Everyman*, y el PEN/Bellow Award. El 2011 recibió el Man Booker International Prize y el 2012 el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Propuesto para el Premio Nobel de Literatura en numerosas ocasiones, sus obras forman parte de la « Library of America », uno de los mayores reconocimientos a que puede acceder un escritor en Estados Unidos.